No me Quieras

RAQUEL R. GALLAGHER

Serie No me Quieras 1

No me Quieras

RAQUEL R. GALLAGHER

Serie No me Quieras 1

NO ME QUIERAS

Serie No Me Quieras 1

RAQUEL R. GALLAGHER

COPYRIGHT

NO ME QUIERAS

Serie No Me Quieras 1

© Raquel R. Gallagher

1ª edición marzo 2015

Imagen de portada: © www.fotolia.com

Diseño de Portada: KD Editions

Maquetación: KD Editions

Queda prohibida la reproducción, copia, uso, distribución, comercialización, comunicación pública o cualquier otra actividad que se pueda hacer con el contenido de esta obra, sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A todas las Claras de este mundo, porque siempre hay otra opción.

SINOPSIS

¿Qué sucede cuando tu peor enemigo duerme cada día a tu lado y en tu misma cama?

Clara Balboa es una universitaria de diecinueve años atrapada en una relación monstruosa. Álex, su novio, es un chico guapísimo, con un cuerpo de infarto y la apariencia de un actor de Hollywood. Pero tanta perfección no es más que fachada, una bajo la que se esconde un monstruo despiadado, controlador y egoísta que disfruta convirtiendo la vida de Clara en un infierno.

Para ella no hay escapatoria. No hay forma humana de escapar de ese infierno. O eso pensaba hasta que Hugo apareció en su vida para proporcionarle un halo de esperanza y mostrarle una cara del amor que hasta el momento desconocía.

ÍNDICE

"Justo cuando la oruga creyó que era su final… se convirtió en mariposa."

PRÓLOGO

Clara despegó los párpados muy lentamente. El contacto con una superficie dura y fría bajo su cuerpo la obligó a despabilarse a marchas forzadas. Había oscurecido. Lo último que recordaba era que los tímidos rayos del sol de la tarde caían de forma oblicua a través de los visillos, llenándolo todo con su claridad. Parpadeó con nerviosismo, tratando de enfocar su mirada entre los claroscuros que imperaban ahora en la habitación, y se dio cuenta de que algo iba mal. Realmente mal.

Entre la dolorida pesadez que apelmazaba todo su cuerpo y la extraña perspectiva que, de repente, obtuvo del mobiliario que la rodeaba, comprendió que se encontraba tumbada en el suelo cuan larga era, a los pies de la cama. Trató de moverse, pero parecía que su cuerpo la hubiera abandonado y ya no obedeciera los disparatados mandatos de su cabeza. Las extremidades le dolían y, tan entumecidas como las sintió de repente, parecía que hubieran sido rellenadas con plomo. Las sienes le zumbaban, provocándole un dolor de cabeza que la traspasó por completo. Paladeó muy despacio y el sabor metálico de la sangre le dio la bienvenida en su desagradable despertar. Con evidente dificultad y un terrible dolor atravesando su cuerpo, se llevó una mano a los labios para acariciarlos a pequeños toquecitos y con dedos temblorosos. Ahí estaba la señal de alerta: la sangre los empapó de inmediato; el temeroso contacto le anunció también la generosa hinchazón del labio inferior.

Cerró los ojos con fuerza para cortar el paso a las lágrimas. Había pasado otra vez. De nuevo, y sin que ella lo hubiera podido evitar, en el segundo piso del edificio *Amanecer*, se había desatado el infierno.

Sollozó, tratando de no hacer demasiado ruido, no fuera a ser que el *monstruo* se encontrara todavía cerca. Su intento de contener el

llanto provocó que varios hipidos silenciosos la hicieran convulsionar. Azuzado por las sacudidas, su cuerpo empezó a despertar, y con él, el terrible dolor que habitualmente sobrevenía después de la tormenta. A esas alturas, y ya lúcida del todo, se sintió como si la hubiera atropellado un autobús, dejándola allí desmadejada a los pies de la cama, como un muñeco roto. Así se sentía.

Apoyándose sobre los codos, trató de incorporarse. No se quedaría tranquila hasta que lograra ponerse en pie y pudiera comprobar frente al espejo el alcance de los daños acaecidos esta vez. Debería poder disimularlos frente al mundo, o de lo contrario, *él* se lo haría pagar. Maquillaje, gafas oscuras, la melena despeinada sobre el rostro a modo de efectiva tapadera y la cabeza eternamente inclinada para no llamar la atención… vamos, lo de siempre. Y por más que le doliera todo el cuerpo debía tratar de caminar y moverse sin levantar sospechas, apretar los dientes, tragarse el dolor y continuar; a cualquier leve indicio de cojera o movimiento más torpe de lo normal, *él* volvería a cebarse con ella. Y no estaba segura de cuánto tiempo más podría soportarlo antes de desfallecer. Quizás la próxima vez no llegara a despertar.

CAPÍTULO 1

Se desperezó muy despacio, estirando los brazos y las piernas hasta el infinito, mientras gruñía por lo bajito y ponía en garras los dedos de los pies, tal y como haría un gato perezoso al despertar de un largo sueño. Tras inhalar en profundidad y permitir que su espíritu se inflamara con la claridad incipiente de un nuevo día, rodó en la cama y se encontró con el lado izquierdo completamente vacío. Palpó las sábanas y la almohada y las notó frías. Álex ya se había marchado. En realidad no había nada de raro en ello. Esa semana tenía turno de mañana en el *C.H.U.S*. [1] y, a pesar de que ella misma madrugaba para ir a la facultad, Álex siempre se le adelantaba cuando tenía ese turno.

Álex, Álex, Álex… Deslizó la mirada por la fotografía que la observaba burlona desde la mesilla de noche del lado izquierdo. Era del verano pasado, en las *Rías Baixas*. Álex la abrazaba desde atrás, rodeándola por la cintura y apresándole las muñecas con posesividad, mientras miraba a la cámara sin dejar de sonreír con su eterno aspecto de actor de Hollywood. Ella también sonreía, aunque un poco retraída y bastante menos despampanante, dejándose envolver por el inmovilizador abrazo de su chico. En realidad, atrapada por completo entre sus brazos.

Un fugaz estremecimiento recorrió su columna mientras deslizaba los ojos por la silueta fotografiada de Álex. Había que reconocer que era guapísimo. Referente a eso, no había que mezclar churras con merinas. Nadie podía poner en duda que su cuerpo era un cuerpo de escándalo; metro ochenta, espalda ancha, fina cintura, pecho amplio y duro como el de un toro, hombros enormes y torneados, vientre firme y adornado de abdominales… Puso los ojos en blanco y continuó enumerando mentalmente las maravillosas cualidades físicas de Álex, tan dignas de adoración entre el género

femenino, -sobre todo entre sus viciosas compañeras de clase-. Rostro perfecto, ojos azules, pelo impecable y seductora sonrisa ladeada digna de anuncio de pasta de dientes. "*Una perfección ficticia, una estúpida quimera,* pensó con amargura, *para quien conoce lo que de verdad esconde en su interior. La misma belleza atrapante y peligrosa de las*

plantas carnívoras, cuya única finalidad en la vida es lucirse para engatusar al estúpido insecto de turno". Y ella había sido el estúpido insecto, la boba alevilla deslumbrada por las hermosas formas de un colorido capullo.

Replegó los labios al interior de la boca y exhaló por la nariz. Sus compañeras se lo dejaban caer de continuo con un deje de envidia e incomprensión: *"…Eres muy afortunada por estar con un pibón como ese, está bueno que te cagas… ¿Tú te has fijado bien? ¡Si parece un modelo de ropa interior!"* Puso los ojos en blanco. Seguramente así se lo habrían imaginado cientos de veces a su espalda esas mentes calenturientas: en ropa interior, e incluso apostaría a que la mayoría de las ocasiones, sin ella. Aunque lo que seguramente pensaban en realidad aquellas asquerosas se acercaba más al: "*¿Cómo demonios un tío bueno como ese puede estar con una poquita cosa como Clara? ¿Qué coño habrá hecho para que semejante tiarrón se fije en ella? Él es tan perfecto y ella tan… (*Gesto de repugnancia por parte de quién hablara*)…mosquita muerta corrientucha".*

Sí, era muy afortunada por estar con él, excepto cuando Álex se enfadaba y descargaba sus frustraciones con ella, lo que últimamente sucedía muy a menudo. Sin poderlo evitar, se estremeció, al tiempo que una delatora piel de gallina vestía todo su cuerpo. Se acarició los brazos para aliviar el escalofrío que le sobrevino y suspiró. Por supuesto era consciente de que Álex tenía a menudo sus razones para enfadarse. En realidad casi siempre existía algún motivo para que lo hiciera. ¿Para qué negarlo? Ella era un desastre ambulante, una mente caótica capaz de sacar de quicio a cualquiera. Sus padres se lo echaban en cara a menudo siendo solo una adolescente: *"…tienes la cabeza llena de pájaros, así no se puede andar por la vida ni llegar a*

ningún sitio que merezca la pena. ¿Cuándo dejarás de fantasear y te centrarás en lo que de verdad importa: la vida real? Tantos libros llenos de historias absurdas, tantos ridículos caballeros cortejando a sus damas, montados sobre caballos blancos y viviendo en mansiones que solo existen en tu cabeza… ¡a ver si te enteras de que nada de eso te dará de comer!…" Pero ¿quién podía pensar en comer teniendo delante, al amparo de las hojas de un libro, a un estirado señor *Darcy* o a un atormentado *Heathcliff*?

Sumados a los reproches que su amor por la literatura le acarreaba, había que destacar los sermones consecuencia de tener su habitación continuamente convertida en una leonera, por ser capaz de vivir entre tanto desbarajuste de ropa tirada por todas partes, zapatillas desparejadas, centenares de libros abiertos o apilados por doquier y *post it* con frases de sus autores favoritos pegados en todas las superficies en las que aceptaran ser pegados, hasta el punto de que su cuarto acababa sepultado por un millón de notitas de colores fosforescentes. Aquellas citas actuaban como guía y referencia en su propia vida o conducta, como faro capaz de orientarla en medio de la oscuridad… aunque ahora estaba claro que en algún momento debía haberse apartado de la luz.

Ni siquiera sabía cocinar, es más, ni siquiera era capaz de poner una sartén al fuego sin organizar un desastre de consecuencias catastróficas. Confusión, desorden, caos, fantasía, romanticismo… eran palabras que cualquiera podría asociar fácilmente con Clara Balboa sin parecer en absoluto desatinado.

Precisamente Álex era todo lo contrario: el tío más práctico y menos romántico que una podía llegar a imaginar. Un hombre que no entendía la utilidad de un libro más allá de ser usado para calzar mesas, y cuya única referencia a citas célebres de autor pasaba por las frases grotescas que adornaban sus camisetas. No podía existir pareja más desigual bajo las estrellas, la bella y la bestia, -solo que ella tenía muy poco de bella y él se excedía de bestia-. De hecho Clara se cuestionaba a menudo cómo demonios habían acabado juntos y cómo aún seguían estándolo después de tanto tiempo. Cómo un tío como él podía haberse fijado en alguien como ella, que si bien era mona, no

podía decirse que se tratara de ninguna exuberante belleza digna de su acompañante. Apenas metro sesenta, delgada, desgarbada, pelo castaño y habitualmente despeinado, tez pálida y ojerosa, ojos enormes… y conducta sumamente torpe en presencia de los demás; nada que ver con el musculado y siempre perfecto celador sexy. "*Sí, desde luego debería sentirme agradecida por el premio que me ha tocado. El gordo más gordo de la lotería*", pensó con ironía.

Lo cierto es que jamás deberían haberse encontrado, jamás deberían haberse liado ni haber prolongado la relación hasta el punto de irse a vivir juntos y obligarse el uno a soportar las peculiaridades del otro. Ahora maldecía una y mil veces aquel aciago día de instituto en el que se ella se cruzó en su camino, tropezando de bruces con él y derramando su *smoothie* sobre su fabuloso torso de Adonis…

Pero el caso es que estaban juntos, ¡lo estaban!, por un motivo o por otro, y ahora ella debía pagar las consecuencias del error más grande de su vida.

Meneó la cabeza apartando de sí tales pensamientos mientras exhalaba en profundidad y fijaba la vista en el lado vacío de la cama. De nada servía lamentarse ahora. Cuando un par de lágrimas traidoras acudieron a empañar sus ojos, barrió las sábanas a un lado y se lanzó fuera de la cama de un salto. Tenía clase a primera hora y no quería llegar tarde. Y todavía tenía que caminar un buen tramo antes de llegar al campus. Eso si contaba con la fortuna de que no lloviera, viéndose además en la fastidiosa necesidad de lidiar con un paraguas. Esbozó una sonrisa ladeada; lluvia, un paraguas y ella misma, suponían una penosa combinación. Y si encima se levantaba algo de viento, aquello ya podía derivar en una absoluta hecatombe.

Todavía en pijama y descalza, cruzó el pasillo arrastrando los pies, y cuando vio su imagen reflejada en el espejo oval que lo presidía, su corazón casi dio un vuelco. Pálida como un muerto, ojerosa, bolsas en los ojos y melena completamente desgreñada; y teniendo en cuenta la cantidad de pelo que tenía, a esas alturas debía parecer un león africano después de una refriega. O un muerto viviente recién levantado de su ataúd. Suspiró, aquel era su pan nuestro de cada día: asumir la realidad que le mostraba el espejo y

tratar de aderezarla un poco para que los demás la consideraran aceptable y no la recibieran con estacas.

Entró en la cocina para prepararse un zumo, beber un batido en brik o buscar en la nevera cualquier otra cosa rápida que no supusiera mucho esfuerzo ni la obligara a retrasarse. Era su primer año en la facultad y, a pesar de que ya estaban en el último cuatrimestre, no quería cargarse el curso por culpa de las faltas de asistencia. Y ya llevaba unas cuantas.

Su rostro se ensombreció bajo un acusado ceño fruncido cuando descubrió algo sobre la encimera: Álex le había dejado un vaso de zumo de naranja y unas magdalenas en una bandejita de madera. ¿Generosidad o remordimientos? Levantó las cejas, transformando de golpe su expresión ceñuda en una mueca de sorpresa y escepticismo, ladeó la cabeza y se mordió el labio inferior, llevándose una mano al pecho y la otra, al último hematoma que adornaba su brazo a modo de doloroso recuerdo. Una lágrima solitaria descendió por su mejilla y se apuró a interceptarla con los dedos. El ángel caído, duro, frío e implacable, a veces pretendía parecer un poquito, solo un poquito, menos diabólico. Aunque a ella ya no podía engañarla.

Hugo se dirigía a casa después de la última clase de esa mañana cuando, al cruzar por delante de los paneles acristalados de la cafetería, la vio. Frenó en seco, ajustándose la correa de la mochila al hombro mientras se quedaba paralizado en medio de la acera y miraba hacia el interior del local como un auténtico pasmarote, provocando que su cuerpo supusiera un inesperado obstáculo para la colorida marea de estudiantes que se dirigían a sus clases en esos momentos. ¿Qué otra cosa podía hacer cuando su propio cuerpo parecía actuar con voluntad propia?

Torció los labios en una media sonrisa. Allí estaba ella: la chica que, sin haberlo esperado ni pretendido, le había robado todo atisbo de cordura desde el inicio del primer cuatrimestre. Clara Balboa. El nombre resonó con fuerza en su cabeza mientras la breve sonrisa inicial se ensanchaba hasta el punto de que su fulgor llegó a adueñarse

también de su mirada. Clara Balboa. Le gustaba paladear su nombre como si se tratara de un bocado dulce de esos que se deshacen en la boca y provocan que todos tus sentidos se despierten de golpe. ¡Y ciertamente ella provocaba que todos sus sentidos despertaran de golpe en su presencia, aún encontrándose a bastante distancia! Era algo así como salir de pronto de un local abarrotado, con una atmósfera recargada, y recibir en el rostro una violenta bofetada de aire fresco plagado de esencias, de esos que te espabilan de golpe y te obligan a reaccionar.

Hacía mucho tiempo que tenía la certeza de haber quedado atrapado en su gravedad, girando de continuo a su alrededor, –aunque a la debida distancia-, como un satélite hipnotizado y sin remedio. Cada vez que pretendía dar un paso… aparecía ella. Cada vez que trataba de seguir con su vida… vislumbraba a lo lejos su melena castaña y su dulce aroma a coco, y toda su cordura se desmoronaba. Tenía que admitirlo. Ella, Clara Balboa, había vencido, aún sin ser consciente de su participación en aquel lance; ya no existía, ni él quería encontrar, forma humana de huír de su órbita imantada.

No podía decirse que ella tuviera nada especial capaz de hacerle sobresalir por encima de los cientos de chicas de la facultad de Filología, o quizás, pensó frunciendo el ceño, resultaba tan especial a sus ojos precisamente por ser distinta de todas las demás. Tan reservada, tan completamente abstraída en su propio mundo hasta el punto de parecer incapaz de encajar con el resto de la humanidad, tan despistada… y tan extraordinariamente torpe. No pudo evitar esbozar una sonrisa rebosante de ternura ante este último pensamiento. Algo había en ella que conseguía atraerlo. Quizás su capacidad innata para sufrir de continuo calamidades inverosímiles, o quizás ese inevitable instinto de protección que conseguía despertar en él cada vez que se encontraba en su perímetro. Tal vez se tratara de que, a sus ojos, era una criatura sencillamente preciosa, a pesar precisamente de su sencillez o de su aspecto de continuo desordenado; o quizás a causa del incríble hecho de que ella no parecía ser consciente de su belleza y de la ternura y la atracción que despertaba en los demás.

Jadeó y cabeceó, siendo muy consciente a esas alturas de sus

sentimientos. Hacía tiempo que quería acercarse a ella y no sabía cómo. Tenía miedo de asustarla. De que lo viera como un intruso dispuesto a romper la perfecta y segura crisálida en la que porfiaba por mantenerse encerrada; cuando él, simplemente, deseaba entrar en ella y formar parte de su vida. De su mundo.

Apretó la mandíbula y ajustó la correa con firmeza al hombro sin desviar la mirada de la silueta de la muchacha. Estaba sola, -como era costumbre en ella-, sentada frente al mostrador con la espalda encorvada y los hombros ligeramente cargados hacia delante, -también como era costumbre en ella-, usando su melena como barrera separatoria entre ella misma y la realidad, como si el mundo entero tan solo estuviera compuesto por su persona y por un millón de figuras etéras pululando alrededor con las que ni siquiera era necesario interactuar. Mantenía la cabeza inclinada y vuelta a un lado, lo que provocaba que la hermosa marea castaña de cabello ocultara casi por completo su rostro mientras removía con gesto distraído el refresco que su amiga la camarera acababa de servirle. Replegó los labios hacia el interior de la boca mientras inspiraba en profundidad por la nariz, calibrando sus posibilidades. El hormigueo que sintió en la planta de los pies fue motivación suficiente. Quizás fuera ahora o nunca. Quizás era tan solo cuestión de echarle narices y probar suerte.

—Adelante, Hugo —se animó a sí mismo, hablando en realidad para el cuello en pico de su camiseta.

—Entonces, ¿todo en orden? —preguntó Lenny a su mejor amiga, mirándola de soslayo y con desconfianza, después de servirle su frappé de fresa en el mostrador de la cafetería de la facultad, donde trabajaba por horas para sacarse un sobresueldo.

Clara ni siquiera levantó la mirada de su vaso, si no que se limitó a coger la pajita entre los dedos y remover con gesto distraído el espeso contenido rosado.

“No hay nada en orden en mi vida. Cada día es igual de absurdo e insufrible que el anterior.”

—Ajá —se limitó a responder.

Pero Lenny no las tenía todas consigo. Conocía a Clara desde hacía demasiado tiempo y sabía cuándo esa odiosa nube negra cargada de tempestades planeaba sobre su cabeza. Y, a decir verdad, sabía que esa nube llevaba ahí sin moverse por lo menos desde hacía tres años. Eran amigas desde el instituto, desde poco antes de que los padres de Clara fallecieran en un horrible accidente de tráfico en su Oleiros natal. Y desde entonces fue testigo de cómo Clara Balboa, hija única de unos padres, a su vez, hijos únicos, pasaba a quedarse completamente sola en el mundo, sin otro apoyo más que ella misma y el machista presuntuoso de Álex Maciñeira, que se había erigido, desde hacía tres malditos años, como la sombra inseparable y funesta de su pobre amiga.

—¿Seguro? —preguntó alzando una ceja—. Mira que te conozco.

—Todo va bien, no seas paranoica —protestó, de forma demasiado precipitada y enérgica como para sonar indiferente. Y a continuación dio un sorbo largo y ruidoso a su refresco, quizás para hacerle comprender a su amiga su fastidio ante el cariz que empezaba a tomar la conversación y su negativa a participar en ella. Dirigió una mirada de soslayo al móvil, que permanecía encima del mostrador, a su lado. Pulsó un botón lateral y, ante la oscuridad que imperó en la pantalla, chasqueó la lengua, consciente de lo que se le venía encima. *"¡Maldita sea! Otra vez no"*—. ¿Qué hora es? Este dichoso teléfono se ha quedado sin batería otra vez…

Lenny meneó la cabeza mientras insistía en frotar, una y otra vez con un paño, el ya de por sí reluciente mostrador del bar. El tono nervioso de su amiga, así como su voz repentinamente trémula, no le pasó desapercibido.

—Más de la una, supongo, puesto que los de Derecho han salido hace ya un buen rato.

"*¡Joder!*"

—Si necesitas hacer una llamada puedes usar el mío.

Clara negó con rapidez mientras se apuraba a succionar los últimos rescoldos de su refresco a través de la pajita, provocando un curioso borboteo, muy similar al que ahora ejecutaban sus tripas a

causa de la anticipación y el miedo.

“No necesito hacer una llamada. Necesito que el maldito tiempo se pare o que este móvil no se dedique a joderme la vida cada dos por tres.”

—No, es solo que… —frunció el ceño y su expresión reflejó de pronto una extraña inquietud. Un mal disimulado desasosiego. Sin embargo se obligó a tragar ambos con el último sorbo y negar con la cabeza—. Bueno, da igual. No pasa nada.

—¿Seguro?

—¡Todo va bien! —repitió. Y esta vez sus labios se elevaron en una sonrisa nerviosa. *“¡Dios, Dios, Dios… nada va bien!”*

Lenny frunció el ceño y fijó en su amiga una mirada que Clara se encargó de evitar en el acto. Nada podía ir bien. Y ella lo sabía. Nada, mientras Álex la siguiera tratando del modo en el que lo hacía. Los demás podrían pasar por alto lo que llevaba tiempo sucediendo entre los dos, pero para alguien tan despierto como ella, y que además quería a Clara como a una hermana, no podían pasar desapercibidas ciertas señales de alarma; pese a que la prudencia y el nulo aliento de su amiga la obligaran a mantenerse asquerosamente al margen. ¿O acaso Clara creía que era tonta y que no sabía lo que, en demasiadas ocasiones, pretendía ocultar bajo sus gafas de sol? ¡Por el amor de Dios! ¿Gafas de sol en Santiago de Compostela? ¡Si la mitad del tiempo el cielo estaba encapotado como si presagiara el fin del mundo, y la otra mitad, las nubes no dejaban de gotear en ese incesante y molesto sirimiri que lo empañaba todo! Tampoco había ignorado ciertos moretones en los brazos de su amiga, que ella intentaba ocultar, en vano, bajo mangas largas en pleno verano, ni sus hematomas en la frente, que también trataba de ocultar bajo los mechones despeinados de su cabello; mucho menos aún esos labios hinchados que presentaba en ocasiones y que ella achacaba a calenturas estacionales. ¿A quién pretendía engañar? ¿Resbalones en la ducha? ¿Tropiezos contra el quicio de la puerta? ¿Traspiés por las escaleras? Sí, de acuerdo, Clara era más torpe que un payaso con un pie del 45 encerrado en veinte metros cuadrados, pero en su boca y teniendo en cuenta sus circunstancias, esas excusas parecían sacadas de una novela negra, y resultaban más increíbles que las promesas de

un feriante.

—¿Te vienes hoy al cine? Echan una peli muy buena. Lo último de Tim Burton —preguntó de pronto, obligándose a cambiar de tema.

Clara levantó la mirada de su bebida y meneó la cabeza con brío, provocando que varios mechones desparejos ocultaran parcialmente su rostro. Con gesto metódico los recogió de nuevo por detrás de la oreja.

—No puedo. Álex trabaja de mañanas.

—¿Y qué? ¿Por qué él no salga, no puedes hacerlo tú? —bufó Lenny—. Pero él sí puede salir con sus amigotes cada vez que le apetece, ¿verdad? ¡Ouchhh vamos! ¿En serio vas a perderte a Johnny Deep? ¡Johnny Deep! —Abrió mucho los ojos para enfatizar la evidencia.

Clara masticó con parsimonia los últimos tropezones de hielo. El frío atravesó su mandíbula y ascendió hasta las sienes, taladrándole la cabeza. Inclinó la cabeza y fijó la mirada en la puntera rozada de sus converse favoritas.

—No creo que le guste que salga sola de noche entre semana.

— ¡Pero no sales sola, si no con tu mejor amiga ¿verdad?! —reprochó Lenny, estrellando el paño contra el mostrador—. ¡Por el amor de Dios, Clara, tienes diecinueve años, eres una tía guapa e inteligente! ¡Estás en la universidad! ¿No es esto lo que hemos soñado desde el instituto? —Clara enarcó una ceja. Ella nunca hubiera soñado con algo así, desde luego, salvo que se tratara de una maldita pesadilla —. ¡Tienes toda una vida por delante sin desperdiciarla al lado de ese… de ese maldito machista controlador!

Clara resopló y se puso en guardia. Sabía que Lenny no soportaba a Álex, nunca lo había hecho ni se había molestado en hacerlo, en realidad; y para colmo de males, la repulsa entre los dos era recíproca y altamente cruenta, por lo que al final tenía que acabar soportándolos a ambos, a sus lenguas viperinas y a las flechas envenenadas que se lanzaban de continuo. Pero había algo que Lenny parecía no entender, y era el hecho de que ella *no* tenía elección.

—No hables así de él, Lenny, sabes que le debo mucho. —Empujó con un dedo el vaso vacío y a continuación, barrió la carpeta

de apuntes que permanecía sobre el mostrador para afianzarla contra el pecho a modo de escudo.

—¿En serio? ¿Quieres que nos paremos a analizar lo que le debes y lo que te ha arrebatado?

Clara inclinó la mirada, consciente de que los platillos de la báscula quedarían muy descompensados.

—¡No le debes nada, maldita sea! —siseó la camarera entre dientes, intentando no alzar demasiado la voz entre el bullicio existente a esas horas en la cafetería—. Eres una tía estupenda, Clara, no tienes necesidad de aguantar a ese cavernícola. Mereces vivir y ser feliz.

"¿Vivir y ser feliz? ¿Con Álex de por medio? ¿Cómo, Dios, cómo sería posible algo así?"

—Deberías coger tus cosas y salir de ese piso de una maldita vez —insistió—. Y te lo digo muy en serio.

—Ya… —le dijo, más por decir algo que por otra cosa.

—Sabes que puedes venirte al mío cuando quieras.

Clara permaneció en silencio un instante, como si de verdad barajara, aunque fuera de forma remota, esa posibilidad. En realidad la había barajado en secreto tantísimas veces… Pero de inmediato negó con la cabeza, desechándola por completo. Lenny no entendía. No era capaz de hacerlo. Sintió el intenso picor fraguándose detrás de sus párpados y el nudo de la impotencia agarrotando su garganta una vez más. Eran sensaciones que se repetían cada vez que aquel dichoso tema salía a la luz. Y por desgracia, salía cada día. ¡Dios santo, las cosas no eran tan fáciles! El piso de Lenny sería el primer sitio donde empezaría a buscarla. Y no quería ni pensar las consecuencias de su fuga en cuanto la encontrara. ¿Huir de él? Aquello no era más que una estúpida utopía. Huir de él era imposible

—No entiendes nada, Lenny. —Se llevó una mano a los párpados para apretarlos con fuerza, aplastando las primeras lágrimas. Agobiada ante su propia impotencia, su cobardía y su indefensión, negó con la cabeza—. Tengo que irme. —Cogió el móvil del mostrador y se lo guardó en el bolsillo trasero de los vaqueros al tiempo que se dejaba resbalar por el taburete hasta tocar suelo—. Álex llegará pronto

y no quiero que se preocupe por mí.

Lenny espurreó en voz alta su escepticismo.

—¿Tienes miedo de que se preocupe si no te encuentra en casa o de que reaccione como un energúmeno?

Clara ahogó un hipido y luchó por no llorar. Su ceño fruncido y el temblor visible de sus rodillas evidenciaron a su amiga que lo más probable era que se tratara de la segunda opción.

—Se trata de eso, ¿verdad?

—Te veré mañana —cortó dando por zanjada la conversación.

Y se dio la vuelta con ímpetu dispuesta a abandonar la cafetería, cuando un inesperado obstáculo la golpeó de frente obligándola a retroceder varios pasos a causa del impacto. Sus apuntes y su dignidad quedaran totalmente esparcidos por el suelo.

"*¡Maldita sea!",* protestó en su cabeza, sintiendo ya los colores de la vergüenza encendiendo su cara. Se acuclilló para recoger los apuntes todo lo rauda que su torpeza le permitió, cuando su mano rozó sin quererlo otra mano que se afanaba en ayudarla con el desastre. Retiró la suya de inmediato, rechazando aquel contacto como si en realidad hubiera metido la mano en un fogón de ascuas encendidas.

—Lo lamento, no pretendía estorbarte… —se excusó el recién llegado, recogiendo los folios del suelo para entregárselos con diligencia.

Cuando ella alzó la mirada, sus ojos se encontraron a un mismo nivel con los brillantes ojos negros de un joven que la miraba con gesto divertido. ¿Se estaba riendo de ella? ¡Oh, claro que sí, seguramente pensaría y con razón, que era la tía más patosa del mundo! Sin poder evitarlo se ruborizó aún más intensamente mientras se apresuraba en guardar las hojas, sin orden ni concierto, en el interior de la carpeta.

—Ha sido culpa mía —hizo ademán de levantarse con tan mala fortuna y tanta impetuosidad, que al hacerlo, golpeó con su cabeza la barbilla del chico. El impacto fue brutal o al menos sonó como si le hubiera roto todos los dientes. Sintió ganas de llorar. En esos momentos no sabía ni dónde meterse—. ¡Dios, lo siento, lo siento…!

Resultaba imposible que pudiera alcanzar un tono bermellón más intenso. Santo Cielo, ¿cómo podía ser tan patosa? ¿Cómo podía resultar tan ridícula?

—No pasa nada —cortó él, sin dejar de sonreír de forma amistosa a pesar del topetazo que acababa de recibir. No quería avergonzar más aún a la pobre chica, que parecía temblar como la gelatina. Y todo por unos cuantos apuntes desperdigados—. ¿Siempre eres tan…?

—¿Patosa? —jadeó, metiendo los folios, ahora ya hechos un gurruño, en la carpeta—. Sí, me temo que sí. —suspiró en profundidad, completamente desmoralizada—. Lo siento, tengo mucha prisa —se excusó—. Lo siento, de verdad.

Acto seguido se ciñó la carpeta al pecho y abandonó la cafetería a todo correr.

El joven permaneció clavado donde estaba, observando cómo aquella muchacha huía literalmente de la cafetería entre el revuelo de su melena y del inmenso foulard que rodeaba su cuello en varias vueltas. Parecía tan nerviosa y asustada que casi sintió compasión de ella. La misma compasión que había sentido otras muchas veces, cuando la había visto tropezar y caerse cuan larga era en medio de una clase, o darse un coscorrón contra cualquier superficie saliente o, simplemente, trastabillar y acabar tirando al suelo en medio de un gran estruendo cualquier objeto perfectamente apilado. En realidad sabía que era un auténtico desastre y que poseía algo así como un imán para los trastazos; pero aún con todo ello, o quizás por eso: por su aparente fragilidad, por su aspecto de pajarillo asustado, desorientado y magullado, le gustaba desde hacía tiempo.

Resopló paciente. ¿Y sus ojos? ¡Santo Dios, hasta entonces, desde su punto de observación en la lejanía, jamás había podido apreciar la hipnótica belleza de sus ojos! Los tenía color chocolate fundido. Color chocolate caliente. A juego con su pelo. Los había imaginado oscuros en cientos de ocasiones. Dos pozos sin fondo en los que se tiraría de cabeza sin dudarlo un solo instante. Ahora, después de haberla tenido frente a él por vez primera, había podido comprobar que no se trataban de dos pozos insondables de negrura infinita, sino de dos

volcanes de cacao en los que adoraría dejarse fundir.

Se llevó la mano a la barbilla lastimada y sonrió para sus adentros. En el aire flotaba todavía esa dulce fragancia a coco que conocía a la perfección y que, en sus horas de soledad, evocaba en su cabeza. Suspiró resignado. Después de tanto tiempo observando desde las trincheras por fin había reunido valor para acercarse a Clara. Y el resultado había sido el mismo que en tantas ocasiones se había formado en su cabeza cada vez que se atrevía a recrear el momento: un desastre total.

—¡Hugo, aquí, estamos al fondo, colega!

Desde el interior del local, un nutrido grupo de chicos reclamó a voces su atención. Se ajustó la mochila al hombro y se dirigió al fondo de la cafetería, donde sus bulliciosos amigos le esperaban. Mientras avanzaba, la imagen atribulada de Clara se repetía en su mente, una y otra vez, como si hubiera sido cosida al interior de sus párpados y ya no pudiera escapar de su influencia. Había soñado con ella tantas noches… Soñado con poder tocarla, con poder tenerla frente a él, solo para él, con poder admirarla esta vez desde un ángulo más cercano, poder hablarle y mirarse en la dulce lava chocolateada de sus ojos…

¡Y ahora que había tenido oportunidad de hacer realidad tantos meses de espera no había sido capaz de decirle nada original! Tan solo embestir con ella y tirarle al suelo toda su disparatada comparsa de apuntes. Y encima, insinuar que era torpe. Se llevó la mano al cabello y se lo acarició con ansiedad.

“Hugo, me parece que te has lucido, macho…”

Otro día, quizás, la suerte estaría de su lado para poder hacer las cosas como Dios manda.

CAPÍTULO 2

Clara abrió la puerta usando su propia llave e intentando hacer el menor ruido posible. En realidad sabía que era una bobada, puesto que Álex ya estaría en casa y se habría dado perfecta cuenta de su ausencia.

"*Dios, Dios, Dios… ayúdame, ayúdame*".

Tragó saliva y cerró la puerta tras de sí, amortiguando cualquier ruido bajo el peso de su propio cuerpo. Por fortuna, apenas sonó un inaudible *clic*. Cruzó el vestíbulo de puntillas y rogó que la tarima no crujiera delatando su presencia. Afortunadamente pudo salvar aquel breve trecho sin ninguna incidencia, así que dejó escapar el aire muy despacio de sus pulmones y se animó pensando que quizás no estuviera todo perdido. Dejó el manojo de llaves y la carpeta en el sofá, con movimientos tan quedos y cuidados como los que haría un gato en plena cacería, y se dispuso a entrar en la cocina cuando una voz grave a su espalda la obligó a dar un respingo para quedarse, después paralizada.

"*¡Mierda!*".

—¿De dónde vienes?

Tragó saliva, obligándose a volverse muy lentamente para encararlo. Sentía el corazón desbocado y la sangre hirviendo, golpeando con ferocidad en los pulsos y en las sienes. Álex se encontraba detrás de ella. Permanecía desnudo, cubierto tan solo por la breve toalla de baño que envolvía su cintura. Su pose, pese a ser relajada, resultaba amenazante, quizás a causa de sus considerables dimensiones. Mantenía los brazos en jarras y su cuerpo permanecía perlado de miles de gotas, fruto de una ducha reciente. En su boca se dibujó una sonrisa de triunfo que bien podría reflejar un efectivo "*te*

cacé. Te cacé y ahora te jodes".

—De la facultad —respondió de forma automática.

Álex esbozó una sonrisa sesgada y avanzó un paso hacia ella, obligándola a retroceder otro tanto de forma sistemática.

—¿A estas horas? Son las dos y media —dijo, cruzando los brazos sobre su pecho descomunal para mirarla en profundidad. Clara sintió que se le secaba la boca. Sin poderlo evitar, se sobrecogió ante la feroz intensidad de su mirada.

—No me he dado cuenta de la hora que era, lo siento —se excusó con voz trémula, evidenciando una vez más ante él su debilidad y su sumisión.

Álex la miró de forma aviesa, y la sonrisa siniestra que descubrió en su semblante, así como el brillo pérfido de sus ojos azules, no fueron capaces de insuflarle a Clara ni un mínimo de templanza. Al contrario, fueron la primera señal premonitoria de lo que sucedería a continuación.

—Te he llamado mil veces —empezó diciendo, y mientras hablaba, avanzaba hacia ella con la determinación de un león a punto de abalanzarse sobre su presa. Sus ojos azules centelleaban, su mandíbula permanecía firmemente apretada, al igual que sus puños. Clara empezó a hablar de forma atropellada a causa del miedo y la anticipación, mientras continuaba retrocediendo, gesticulando y temblando a partes iguales.

—¡El móvil se quedó sin batería, no pude…!

Cuando su espalda tocó la pared, sintió que ya no había escapatoria. Entonces todo sucedió apenas en una fracción de segundo. Álex cayó sobre ella como una bola de demolición, aprisionando con una mano su barbilla hasta el punto de hacerle daño en las mejillas e impedirle hablar. Y a pesar de que ella interpuso sus manos entre los dos a modo de barrera defensiva, su torso se aplastaba contra ella, impidiéndole respirar con normalidad. Con cierta brusquedad, introdujo una rodilla entre sus piernas para inmovilizarla ya del todo.

—¿Con quién estabas? —rugió contra su boca en un registro bajo y sombrío. Clara no podía hablar. Aquellos largos dedos de hierro

apretaban su mandíbula con saña, impidiéndole separar los labios, hechos un gurruño, e incluso mover la cabeza—. ¿Tienes un amante? Dime, Clarita, ¿te estás follando a alguien en la universidad sin que yo lo sepa?

Clara intentó farfullar algo, siquiera una disculpa, o negar con la cabeza, pero aquellos dedos apretaban con fuerza sin dar opción a réplica. En el interior de su pecho su corazón bombeaba como un loco, golpeando como lo haría un mazo descomunal contra un cepo de madera. Sintió que las rodillas se le doblaban y que, de no ser por la pierna de Álex que, entre las suyas, la mantenía erguida muy a su pesar, se hubiera desplomado como un fardo.

—Dime, ¿quién es el que te está follando? ¿Te gusta cómo te lo hace? ¿Es mejor que yo?

Poco a poco apareció una maliciosa sonrisa en su cara. Clara gruñó, tratando de hacerle entender su equivocación, pero Álex no parecía dispuesto a dejarse convencer. Nunca se dejaba convencer. La única verdad válida era la que él mismo se formaba en su cabeza y hasta que la vena neurótica pasara, Clara sabía que no había nada que hacer. Solo esperar, esperar y rezar para que no fuera demasiado lejos esta vez.

Introdujo la mano libre bajo el amplio jersey de Clara, masajeándole los pechos con brusquedad, apretando, aplastando y amoldando su mano sobre ellos. Demostrando su dominio y su potestad. Clara enrojeció, gimió de impotencia y sintió el corazón en la garganta. Deseó mover las caderas en señal de protesta, patalear, sacudirse, quitárselo de encima… pero el miedo la mantenía atenazada.

Él le soltó la barbilla con la misma brusquedad con la que la había tomado momentos antes para, en un movimiento rápido y preciso, atrapar sus muñecas y levantarlas por encima de su cabeza, aplastándolas contra la pared. Clara gimió de dolor, sintiéndose vulnerable, indefensa y completamente expuesta, pero al menos ya no tenía aquella prensa de hierro sobre la boca. Ahora *tan solo* sentía un hormigueo brutal sobre los labios y un fuerte dolor en la mandíbula.

—Así, quietecita, sin chillar. Ya lo sabes, o de lo contrario tendré

que castigarte por ser una niña mala —sonrió de forma sesgada—. Y no quieres que te castigue, ¿verdad?

Clara negó con rapidez. Sus ojos permanecían inyectados en sangre y abiertos de forma desorbitada a causa del miedo. Empezó a respirar de forma entrecortada, resoplando por la nariz, jadeando, mientras un escalofrío, fruto de la anticipación, la sacudía por completo.

—Pues a mí sí me gustaría castigarte —continuó él—. Es más, creo que sé cuál es el castigo que más te gusta, zorrita.

Empezó a besarla con lascivia, devorando y mordiendo sus labios mientras se abría paso con la lengua hacia el interior de su boca. Clara se esforzó por recibirle a pesar del incipiente sabor a sangre que notó, arrastrado por la lengua invasora de él. Luchó por adaptarse a la violencia de sus labios con la esperanza de poder tranquilizarlo, de poder calmar su devastadora violencia ofreciéndole un poco, o todo, de sí misma. Pero sentía la boca demasiado dolorida como para seguirle el juego con eficacia.

Sentimientos encontrados se atropellaban en su interior pugnando por salir; por un lado estaba la brutal dependencia que sentía hacia Álex, su eterna deuda por todos esos años que llevaban juntos en los que él le había brindado techo y comida. Pero por otro… Las lágrimas empezaron a descender de forma atropellada por sus mejillas. Cerró los ojos y absorbió el dolor que asolaba su alma. Por otro, estaba esa continua sensación de que aquello no estaba bien. Era consciente de que, al ver a Álex, ya no sentía esas antiguas mariposas en el estómago consecuencia del enamoramiento; si no un escalofrío que atravesaba todo su cuerpo, consecuencia del miedo. Y vivir con miedo, cuidando siempre las palabras, cuidando las miradas, cuidando cada movimiento, temerosa de recibir un golpe ante la menor metedura de pata… no era sano ni aceptable. Deseaba actuar con normalidad, sin tensiones, sin temor a represalias. Deseaba mostrar sus emociones, decir lo que sentía sin miedo a las consecuencias que sus actos pudieran acarrear. Deseaba una historia de amor como la de sus libros. Deseaba vivir sin miedo. Libre y sin miedo.

Álex la agarró de la cadera con su mano libre, introdujo los

dedos por la cinturilla del pantalón y, en un gesto rápido, se libró del botón y la cremallera. Clara dio un respingo y se resignó a su suerte. Era obvio lo que Álex pretendía, y sabía que sería brusco, pero dentro de lo peor que podía pasarle, aquello era lo menos malo.

—Dime qué es lo que te gusta, Clara… —susurró contra sus labios, mientras introducía la mano entre sus piernas buscando la zona más íntima. Cuando sus dedos se introdujeron en su interior sin ningún tipo de preámbulo o delicadeza, Clara dio un respingo y ahogó un gemido—. ¿Esto te gusta? Dime, ¿te gusta que te folle así?

"¡No! ¡No! ¡No!" gritó en su cabeza, tratando de ignorar las lágrimas que no dejaban de correr.

—¡Respóndeme, no te hagas la santurrona! ¿Te gusta?

Se obligó a asentir mientras se tragaba la rabia y la vergüenza. Los dedos de él entraban y salían de forma salvaje, apretando, moviéndose en círculos cada vez más rápido, más profundo, de forma más brutal, mecidos por la humedad que los impregnaba y que actuaba como lubricación e incentivo para el invasor.

—¡Sí, ya veo que te gusta porque estás mojada! ¡Eres una guarrilla, Clara! ¿Lo sabías? —apretó los párpados hasta ver chiribitas en la negrura, y deseó morir—. Pero no voy a darte el premio que deseas, porque no te lo mereces, hoy has sido una niña mala.

Sacó los dedos de su sexo con brusquedad dejando la zona, una vez libre de su invasión, regada por un ligero escozor. Con un movimiento rápido se liberó de la toalla para exponer ante Clara su formidable verga inflamada y cimbreante.

Ella apretó los dientes e inhaló por la nariz. Lo único que quería era que fuera rápido.

—El premio será para mí, y seré yo el que lo disfrute, tú te limitarás a darme placer —se inclinó por debajo de su cintura y la despojó de los pantalones y las bragas, deslizando ambas, hechas un gurruño, hasta las rodillas—. ¡Quítatelos! —ordenó con voz grave, mientras se levantaba de nuevo para contemplar a sus anchas lo que era suyo. Clara dudó apenas un segundo. Sabía que era mejor obedecer sin titubear para evitar el castigo, que sin duda superaría con creces lo que estaba por venir. Empezó a mover las piernas para

liberarse del obstáculo que formaban los pantalones y la ropa interior, ayudándose de los pies. Dio un paso a un lado y los dejó en el suelo.

—Te deseo, eres una zorra afortunada porque me sigues poniendo a cien —ronroneó complacido contra su oreja, jadeando presa de su propio delirio. Se apretó más contra ella, empujando la cabeza sonrosada y llorosa de su sexo contra los suaves rizos de su entrepierna—. Déjame entrar, Clara, o sabes que entraré a la fuerza —sonrió como un auténtico lunático—, quizás eso es lo que te gusta, ¿verdad? Que entre a la fuerza, que te someta a mí.

De forma instintiva y, desoyendo sus burradas, ella separó los muslos. Álex no perdió el tiempo: embistió con fuerza hasta que su miembro, en toda su formidable longitud, desapareció completamente entre las pálidas piernas de Clara. Ella abrió mucho los ojos ante la violenta invasión, ahogando el dolor en lo más hondo de su garganta, apretando los dientes para silenciar los gritos que deseaban huir de sus entrañas.

Apretado por la cálida sedosidad de ella, Álex empezó a moverse como un poseso, embistiendo con rudeza, gruñendo y jadeando ante el esfuerzo feroz que infringía a cada acometida. Y cada embestida suponía un nuevo y violento impacto contra la pared que obligaba a Clara a jadear y a contener el aliento.

La sujetó con firmeza por la cadera y salió de ella, y esta vez la penetró con más fuerza, obligándola a gritar.

—Eres mía —gruñó contra su oreja, agarrando su pierna por detrás de la rodilla para afianzarla más contra su cuerpo—, y siempre lo serás. Mía o de nadie. ¿Te queda claro?

Dejó escapar otro gruñido ronco, salió de nuevo y de nuevo volvió a entrar de golpe en ella, una y otra vez, con un ritmo de castigo brutal y ejecutado a propósito. Clara cerró los ojos y luchó por aceptar su aciago destino. Un destino del que no podía escapar.

Álex no tardó demasiado en alcanzar su propio clímax. Incrementó el ritmo, empujó más y más deprisa y, con una última embestida más profunda, se quedó paralizado, derramándose dentro de ella.

Clara apretó los ojos con fuerza, aplastando las lágrimas y

tratando de retenerlas en su interior. Cuando notó que todo había terminado al fin, dejó escapar un inaudible suspiro de alivio. Álex salió de ella y, con un aspaviento rápido, le soltó los brazos, que cayeron sin vida a ambos lados de su cuerpo. Dolorida por la tensión postural a la que habían sido sometidos, agradeció la liberación, y aprovechó para acariciarse las magulladas muñecas.

Lo vio inclinarse para recoger la toalla y ceñírsela alrededor de la cintura, ocultando su aún latente erección. Ni siquiera la miró. Mucho menos pareció arrepentirse de lo que acababa de hacer.

—No vuelvas a llegar tarde —gruñó en un registro bajo y sombrío—. Y procura hacer algo con ese móvil tuyo, quiero saber dónde estás a cada momento, ¿me oyes? O la próxima vez no seré tan condescendiente.

Se marchó hacia la habitación, caminando con esa pose chulesca de matón de barrio que le caracterizaba.

Clara se dejó resbalar por la pared hasta acabar sentada en el suelo. Todavía medio desnuda, dobló las piernas contra el pecho y se abrazó con fuerza las rodillas. Ni siquiera le importó que sus nalgas desnudas absorbieran el frío de la tarima.

"La próxima vez no seré tan condescendiente."

¿En serio creía que lo era? ¿En serio creía que existía algo aceptable en su comportamiento?

Ladeó la cabeza para apoyar la cara sobre las rodillas y continuó llorando en silencio, conteniendo hipidos y sollozos que brotaban desde lo más hondo de su alma y que luchaban por desgarrar la coraza impuesta y salir al exterior. No debían salir, o de lo contrario, sufriría las consecuencias. Si algo detestaba Álex eran los lloriqueos tontos.

Apretó los párpados con fuerza para tratar de retener dentro de sí todo el dolor. Y en verdad que en ese instante el dolor era inmenso y difícil de contener. Ya no se trataba tan solo del terrible daño físico que acababa de sufrir, sino de la vejación, del ultraje, de lo poco o nada que significaban sus sentimientos para alguien frío y despiadado como Álex. Se sentía devastada, como esas tierras sin dueño que permanecen yermas después de un horrible saqueo. Y ciertamente así se sentía ella en esos momentos: saqueada y despojada a la fuerza de

la poca dignidad que todavía le restaba.

Aovillada sobre sí misma, se meció adelante y atrás, abrazándose las rodillas con fuerza mientras las lágrimas descendían silenciosas por su cara como si brotaran de un surtidor. Sentía un escozor terrible entre las piernas, seguido de un dolor mordiente. Apretó la mandíbula y se obligó a pensar que el dolor pasaría en breve, era solo cuestión de minutos; por desgracia, no sucedería lo mismo con el horrible recuerdo de aquel momento. Acababa de forzarla, ¡por el amor de Dios!, con el simple propósito de mostrarle su supremacía, de dejar claro quién mandaba allí, de recordarle que ella no tenía ni voz ni voto bajo su techo. Tan solo la innegable obligación de agachar la cabeza y obedecer. Y soportar carros y carretas sin decir ni mu.

Al menos, pensó con amargura, esta vez no la había dejado inconsciente en el suelo, malherida o con el cuerpo hecho un cromo. Al menos no le había roto un brazo, dejado un ojo a la funerala, ni provocado un esguince en el cuello, tal y como había sucedido ya en alguna que otra ocasión, en la que incluso había tenido que arrastrarse y reptar para algo tan elemental como beber agua u orinar.

Aunque hoy, y más que nunca, hubiera deseado perder la consciencia y desmayarse durante el primer manoseo. O morir de una vez por todas para no verse en la necesidad de sufrir aquel calvario ni un solo día más. Estaba tan cansada ya de todo que no se sentía con fuerza de soportarlo durante mucho tiempo más.

Hugo permanecía tumbado boca arriba sobre su cama, con los brazos doblados hacia atrás ejerciendo de improvisada almohada. Mientras fijaba la mirada en los elevados techos de su habitación de estudiante, una sonrisa tierna asomaba a sus labios.

Hoy deseaba haber dicho o hecho algo original y coherente para captar la atención de Clara. Había tenido la oportunidad delante de sus narices y temía haberla desaprovechado. Aunque por otro lado, pensó torciendo la sonrisa, había conseguido captar su atención con absoluta rotundidad; aunque no de la forma deseada. Había impactado contra ella tan fuerte que por un momento temió acabar

arrojándola al suelo. Aunque al final y por fortuna solo acabaron en el suelo sus apuntes. Meneó la cabeza con impaciencia. Clara y su capacidad para encontrarse con todo tipo de obstáculos, la mayor parte del tiempo invisibles e inofensivos para el resto de los mortales. Peligrosos tan solo para ella misma y para su precaria integridad física. ¿Cómo podía ser tan negada, o patosa, o despistada?

Aunque esta vez el obstáculo había sido real; ¡y tan real! Cuando la vio retroceder a causa de la fuerza y lo inesperado del impacto, y su hermosa melena desplegarse y caer cubriendo su cara, sintió una punzada de culpabilidad en el pecho. Cuando después se inclinó para tratar de socorrerla en sus desdichas y, por descuido, rozó su mano, sintió una vertiginosa oleada de calor encendiendo todas y cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo, hasta acabar instalándose en su pecho y azuzar el ya de por sí agitado corazón. Fue como una corriente eléctrica, pero no una descarga de unos pocos grados, sino, tranquilamente, de noventa y pico o incluso cien. Punto de fusión.

Pero fue tan solo cuando sus ojos color chocolate fundido se posaron en él que tuvo la certeza de que su corazón acababa de saltarse varios latidos. Y también de que su vida y sus sueños, por primera vez en meses, ya no parecían tan lejanos e inalcanzables. Estaba enamorado hasta las trancas. Con semejante certeza como estandarte, cerró los ojos y se dejó envolver por un dulce sueño en el que sus fantasías se hacían realidad.

CAPÍTULO 3

La luz verde parpadeante del móvil le anunció a Clara que tenía un mensaje de *whatsapp.* Deslizó el dedo por la pantalla táctil y la foto de perfil de Lenny, con su pelo corto estilo chico teñido de rubio platino y *tupé* enorme, su sonrisa llena de dientes, sus labios pintados con un *rouge* rojo fuego y los dedos formando la V de victoria, llenó la pantalla en una ventana emergente.

Quería saber si finalmente la acompañaría al cine.

Clara miró por encima del hombro de forma instintiva. Había aprendido a mantenerse alerta y andar con pies de plomo en su propia casa, y aunque eso era algo que resultaba muy lamentable, había optado por hacerlo en un puro instinto de supervivencia. Álex se había quedado dormido en el sofá, viendo el fútbol, vestido con unos pantalones cortos de deporte y la camiseta de su equipo favorito. La última porción de pizza se le había quedado suspendida entre los dedos, sobre el regazo, a la espera de un bocado que la aparición de Morfeo había frustrado. Allí sentado, con los pies estirados sobre la mesa, al lado de la caja vacía de pizza, parecía tranquilo e incluso inofensivo. Nada más lejos de la realidad.

Tecleo solo dos letras y un solo instante después, Lenny volvió a preguntar.

—¿No, porque no te apetece o no, porque no te deja?

Clara suspiró y volvió a mirar temerosa por encima del hombro. Afortunadamente el monstruo todavía dormía. Se apresuró a teclear.

—No insistas, por favor —murmuró de forma silenciosa, escribiendo eso mismo en el teléfono.

—No te deja, ya lo he pillado —escribió su amiga acompañando sus palabras de un emoticono con cara de *"voy a matar al primero que pase a falta de poder matar a ese hijo de puta"—. Oye, estoy abajo, si quieres puedo subir y decirle cuatro cosas a ese imbécil.*

Clara torció los labios en una sonrisa nerviosa. Era obvio que Lenny tenía mucho más nervio que ella, pero estaba claro que en un enfrentamiento con Álex, poco o nada tenía que hacer aquella muchacha impetuosa. Solo de imaginarlo se le puso la piel de gallina.

—¡No se te ocurra subir! Por favor.

No pudo evitar enviar un emoticono alzando las manos en señal de oración.

—¿Ha pasado algo? ¿Te ha hecho algo? —preguntó Lenny de inmediato.

Clara se mordió el labio inferior. Jamás le había ofrecido detalles de lo que sucedía en su vida de puertas adentro, pero era obvio que Lenny sabía mucho más de lo que a ella le hubiera gustado. Su amiga no era tonta, y quizás tampoco hiciera falta ser muy lince para acabar sumando dos y dos. Cualquiera con dos dedos de frente podía llegar a intuirlo.

—No. Todo está bien —respondió cerrando los ojos y deseando que así fuera.

Un ligero crujido desde el sofá la distrajo. Miró con rapidez por encima del hombro y vio a Álex removiéndose en un inquieto estado de duermevela. Había tenido la precaución de tener el móvil sin sonido, en casa siempre se guardaba de tenerlo así, pero estaba claro que el sexto sentido de aquel hombre, con un desarrollado olfato para fastidiar sus planes, no le dejaba ni un minuto de respiro o libertad dentro de su jaula de oro. El corazón empezó a bombear como un loco, y como locos, empezaron también a teclear sus dedos.

—No seas tonta y vete ya o te perderás la última sesión.

—Odio a ese tío, lo sabes ¿verdad? ¿Por qué no le atropella una maldita ambulancia o le arrolla una camilla en su maldito hospital?

Aquello le arrancó algo parecido a una sonrisa.

—Ojalá se indigeste con los anabolizantes, maldito hijo de perra.

Lenny estaba como una cabra, pero era su única amiga y la quería a pesar de su impetuosidad. Volvió a mirar hacia el sofá y esta vez el corazón casi le dio un vuelco. Álex estaba desperezándose como un gato.

—Oye, si miras en la Wikipedia encontrarás usos muy valiosos para

el arsénico —continuaba la otra, empeñada en su porfía.

—*¡Vete de una vez, o te quedarás sin ver a Johnny Deep!* —escribió todo lo rápido que pudo. Si él la sorprendía escribiendo a escondidas…

Sin respuesta. Y Álex seguía retorciéndose en el sofá, a punto de despertarse ya del todo. Paseó con nerviosismo la mirada de su móvil al sofá, sintiendo cómo las tripas se retorcían frenéticamente en su interior y la sangre latía en sus sienes. Del corazón mejor no hablar, porque ya ni siquiera permanecía dentro del pecho: a esas alturas bombeaba directamente en su garganta. Si Álex descubría aquella conversación, ella iba a pasarlo muy mal.

Cuando Lenny decidió dejarlo estar y se despidió, Clara tecleó la respuesta lo más rápido que pudo, a pesar del tembleque que dominaba sus dedos y de las hormigas que correteaban en su estómago, azuzadas por el miedo y la anticipación. A causa de ello le habían sobrevenido también unas terribles ganas de orinar. Se apresuró a salir de la aplicación y pulsar repetidas veces encima del nombre de Lenny hasta que le dolió el dedo.

"*¿Eliminar conversación?" ¡Sí, sí, sí! ¡Eliminar, eliminar!*

Suspiró de alivio cuando todas las pruebas de aquella charla fugaz quedaron suprimidas.

—¿Clara? —La voz soñolienta de Álex, reclamándola desde el sofá, la puso en guardia—. ¡Nena, ven aquí!

—¡Ya voy! —se apresuró a responder, alzando la voz sobre el jaleo procedente del televisor. Bloqueó el móvil y lo dejó de nuevo sobre la encimera, enchufado al cargador—. Ya voy.

"Directa al Infierno".

Clara miró con expresión desapasionada el sándwich mixto que Lenny había colocado frente a sus narices en una de las mesas de la cafetería del campus. La última clase había terminado a las diez y ahora estaba libre hasta la hora de volver a casa. Pero no le apetecía volver. No tenía ganas de permanecer encerrada en aquella jaula de

setecientos euros al mes en la que Álex pretendía mantenerla a buen recaudo.

¡Álex, Álex, Álex! Aquella mañana ya le había enviado cinco mensajes, todos con los interrogantes: *"¿Dónde estás?"* o *"¿qué haces?"* camuflados en medio de cada frase. Suspiró, apoyando en una mano su cabeza cargada de pensamientos nefastos. No había nada de romántico o emotivo en su preocupación, tan solo el innegable y funesto deseo de controlarlo todo, o mejor dicho: de controlarla a ella. Podría haberle pedido perdón, podría haberse disculpado por el trato vejatorio que le dio al volver a casa, ¡la había violado, por el amor de Dios!, pero por supuesto, no lo hizo. Jamás se disculpaba. Era como si, una vez hecho el daño, todo se borrara de su cabeza. Resultaba hiriente ver cómo después seguía comportándose como si nada, pretendiendo que ella, a su vez, también hiciera lo propio. Solo que Clara no podía. Procuraba actuar con moderada normalidad por el bien de su integridad física, pero era incapaz de mirarlo a la cara o actuar como si tal cosa cuando el recuerdo de sus agresiones todavía estaba presente en su cabeza y en su cuerpo.

Por tercera vez desmontó los diferentes niveles del emparedado, despojándolo del pan para hurgar en su interior con gesto desapasionado. Aquel sándwich era una alegoría de su maldita vida: un mal plan a punto de desmoronarse entre sus manos sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Resopló aburrida y siguió desarmando aquella pequeña construcción alimenticia. Ahora le tocaba el turno al jamón de york.

—Lamento decirte que no vas a encontrar ningún tesoro en su interior. —Aquella voz la sorprendió de pronto, apartándola de su improvisado pasatiempo para obligarla a dar un respingo. A punto estuvo de lanzar la loncha de jamón por los aires; por fortuna, esta se limitó a estrellarse contra la mesa.

—¿Cómo dices? —alzó la mirada del plato para encontrarse con unos brillantes ojos negros que no le eran del todo desconocidos. Avergonzada, rapiñó el jamón con toda la destreza que le fue posible, y que no era mucha, para ocultarlo en medio del desbarajuste de

comida.

El chico sonrió, y su sonrisa consiguió sacudir a Clara de arriba a abajo. Sorprendentemente se trataba del chico amable que le había ayudado con los apuntes el día anterior, el mismo al que casi deja sin dientes a causa del tremendo cabezazo que le propinó al levantarse. Ante este último pensamiento se puso roja como un tomate. *"¡Maldita sea, gracias diosa Fortuna por tus indeseados rubores!"* Nerviosa, desvió la mirada hacia su plato.

—Ahí dentro —dijo señalando el maltrecho sándwich—, no creo que hayan escondido nada digno de semejante descuartizamiento.

Clara esbozó una sonrisa tímida y asintió, sin levantar la mirada. En verdad aquello no había ya por donde cogerlo. Devolvió el queso, el jamón y el pan, a su lugar de origen y aplastó todo el conjunto con la mano para tratar de concederle la forma primigenia. Solo consiguió crear un auténtico desastre para la vista.

—¿Puedo acompañarte?

Ella le dirigió una mirada rápida. El corazón iba a mil dentro de su pecho; tan fuerte latía que por un momento temió que toda la cafetería, bastante concurrida en ese instante, fuera consciente de sus pulsaciones. ¿Quería sentarse con ella? ¿Por qué? ¿Para qué? Después de haber sido consciente el día anterior de su falta de coordinación y de haberse ganado un trastazo como premio a su amabilidad, ¿todavía le quedaban ganas de seguir torturándose con su compañía?

—¿Es un sí, o un no? —preguntó levantando una ceja a modo de interrogante.

Clara boqueó sin ser capaz de articular palabra; se le quedó mirando embobada, con el ceño fruncido y el labio inferior descolgado. Debía parecer una estúpida. Exhaló en profundidad para continuar atormentándose. ¿Y si Álex se enteraba? Podría, podría… Santo Dios, no quería ni pensarlo. Finalmente señaló la silla vacía frente a ella con un gesto de la mano.

"No tiene por qué enterarse, no estás haciendo nada malo".

—Si no te importa sufrir algún tipo de percance… —dijo, consciente de la fama que debía tener ya en toda la facultad pese a ser su primer año en ella.

—Creo que podré soportarlo —Hugo se apresuró a ocupar la silla de enfrente, dejando su mochila en el suelo, apoyada contra la silla.

—Allá tú, —respondió alzando las cejas en un gesto escéptico mientras se recolocaba en su asiento. Aprovechó la comodidad de su posición para echarle un vistazo rápido. Era alto y delgado. Su cabello, oscuro, lucía ligeramente despeinado y bastante largo a la altura de la nuca y sobre las orejas, con un flequillo desfilado ocultando parte de la frente. Lucía barba de varios días y sus ojos eran los más oscuros y penetrantes que Clara había visto jamás.

—¿Un mal día? —preguntó de pronto.

Clara parpadeó con nerviosismo, tratando de devolverse al presente y dejar de mirarlo con tanta atención. ¿Por qué diablos lo miraba así? ¿No se daba cuenta de que, entre la coloración de su cara y su mirada embobada, se estaba poniendo en evidencia?

—Lo digo por tu falta de apetito. —Señaló el maltrecho sándwich con un movimiento de cabeza.

—No tengo hambre —respondió quedamente antes de devolver, ceñuda, la mirada al plato. Se sentía una idiota, pero es que en realidad no estaba acostumbrada a relacionarse con otros chicos desde hacía mucho. Y la verdad, aquel en particular tenía el inquietante don de ponerla más nerviosa de lo normal y necesario. ¿Por qué? ¿Porque era guapo? ¿Porque era amable? ¿O quizás por ambas cosas a la vez?

“Seguramente porque es el primer tío que se acerca a ti desde hace tres años.”

—¿Te incomoda que me siente contigo? Porque si quieres puedo levantarme ahora mismo y dejarte tranquila…

Rauda, levantó la mirada hacia él y negó con la cabeza con demasiada vehemencia.

“¡Santo Dios, va a pensar que estás desesperada!”. Pensó avergonzada y arrepintiéndose en el acto de su impetuosidad. Para tratar de disimular su bochorno, se dirigió de nuevo a él.

—¿Qué tal tu…? —carraspeó incómoda mientras señalaba con timidez su propia barbilla. Y su intención de disimular su vergüenza quedó anulada por completo bajo la intensa coloración de sus mejillas.

—Por fortuna, mi dentadura sigue intacta. —Lo corroboró

mostrando la blancura de sus dientes en una sonrisa radiante.

Ella inclinó la mirada, acariciándose la nuca con impaciencia y deseando que el suelo se abriera bajo sus pies. De no ser por el intenso calor que abrasaba su cara podría intentar al menos sentirse solo un poquito más cómoda. Pero con aquellos dos braseros en el rostro, que a esas alturas destacarían como dos luces de emergencia, no existía ni la menor probabilidad de convertir aquel momento en placentero.

Por fortuna, Lenny se presentó en ese instante para tomar nota al recién llegado. Clara fue consciente del gesto de sorpresa que se dibujó en su cara al verlos sentados en la misma mesa. También de esa pérfida expresión de *"vaya, vaya, vaya"* que iluminó sus ojos mientras recorría a Hugo de arriba abajo. Si algo tenía Lenny era el hecho de ser incapaz de disfrazar sus emociones. ¡Y vaya que no las disfrazaba! En ese momento solo le faltaba pintarlas en el cielo como si estuviera emitiendo la *batseñal.*

—¿Qué puedo ofrecerte? —Su sonrisa resultó tan descarada que Clara no pudo evitar abrir los ojos como platos y clavar la mirada en su acompañante, tratando de descubrir algún atisbo de incomodidad en él. Por fortuna, parecía inmune a los coqueteos de Lenny.

—Una coca cola para mí, y tráele a ella lo que quiera —dijo, sin desviar un ápice de ella sus ojos negros.

—Lo mismo —se apresuró a decir.

—Y me llevo el sándwich, supongo —comentó Lenny, cuya expresión reflejaba la sorpresa y la satisfacción más absolutas. Si le hubiera tocado la lotería, sus ojos no habrían brillado más—. Deberías haber escogido la carrera de Bellas Artes en lugar de una Filología, Clarita. Has creado una escultura que no tiene desperdicio. Aunque me temo que, como tentempié, no resulta demasiado apetecible.

Clara achicó los ojos tratando de retarla con la mirada, pero Lenny hizo caso omiso a la amenaza. Una vez hubo recogido el plato y mientras se alejaba en dirección a la cocina, la vio volverse hacia ella para alzar las cejas y gesticular con los labios como una loca, exigiendo una explicación y magnificando expresiones de incredulidad. Clara se limitó a sonreírle con timidez, consciente de no poder hacer otra cosa al saberse observada por su acompañante. Ya

habría tiempo para regañarla más tarde.

—No me he presentado —dijo él de pronto, alargando una mano por encima de la mesa—, me llamo Hugo.

—Clara —correspondió ella, deslizando su temblorosa mano entre los dedos del chico. Él los retuvo un poco más de lo normal antes de soltarla y aquello provocó un aumento de su ritmo cardíaco.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —preguntó nerviosa, colocándose un mechón de pelo por detrás de la oreja, sin saber a dónde mirar.

"¿Cómo es posible?", pensó. Y acto seguido: "*Bueno, quizás a estas alturas todo el campus conoce ya a la gafe de primero."*

Hugo sonrió. El acercamiento no estaba yendo del todo mal, a pesar de que ella parecía bastante incómoda, a juzgar por la cantidad de veces que se tocaba el pelo y desviaba la mirada a todas partes y a ningún sitio a la vez.

—Estamos juntos en varias clases. —Su sonrisa se ensanchó, iluminándolo todo. También podría haberle dicho que hacía mucho tiempo ya que se había fijado en ella y que le parecía preciosa; pero eso solo conseguiría asustarla y ruborizarla más de lo que ya estaba en esos momentos. Y si bien lo segundo no le importaba lo más mínimo, no quería arriesgarse a que sucediera lo primero—. Aunque por lo visto tú no te has dado ni cuenta.

Clara esbozó una sonrisa nerviosa, sin dejar de mirarlo con perplejidad ni de sentir ese extraño aleteo en el estómago.

—Lo siento. No soy muy buena para las caras… —jadeó a modo de disculpa— y mucho menos para los nombres —frunció el ceño y de nuevo se colocó un mechón rebelde por detrás de la oreja—. ¿Dices que estamos juntos en…?

—Literatura inglesa —empezó a enumerar con los dedos—, lenguas clásicas, francés…

Ella se humedeció los labios e inclinó la mirada, avergonzada, sin dejar de asentir.

—Vaya, pues lo siento, pero yo no… —replegó los labios y se encogió de hombros, sin saber cómo terminar la frase.

Siempre había sido el colmo de los despistes; ya en el Instituto

era incapaz de recordar los nombres de la mayoría de sus compañeros de clase, ni qué decir ahora en la facultad, donde el número de alumnos se duplicaba. Además, tenía que reconocer que jamás había intentado relacionarse con ninguno de ellos; de hecho, su única amiga en el campus -y en todo Santiago-, era Lenny, quizás porque ella era amiga de todo el mundo, pero en lo que se refería a sociabilizar en las clases… Siempre se había limitado a entrar con la cabeza gacha y los apuntes firmemente apretados contra el pecho a modo de escudo protector, arrinconarse en una esquina, lejos de las miradas de todos y perfectamente aislada como para no ser tenida en cuenta y, desde allí, seguir durante toda la hora con la cabeza en la misma posición, permitiendo que la melena lacia ocultara casi por completo su rostro. Cuando terminaba la clase, procuraba ser la última en abandonar el aula, evitando llamar la atención y sin levantar la mirada más allá de las punteras de sus *converse*. Y sí, pese a todo, pese a no levantar la mirada del suelo y aislarse a posta del resto del mundo y de sus moradores, no había día que no tropezara y se pusiera en ridículo ante alguien, en ocasiones enredándose simplemente en sus propios pies.

—Otro amante de la literatura… —fue lo único que se le ocurrió decir, mientras escoltaba sus palabras con una sonrisa temblorosa—. Y conforme a tus palabras… —no pudo evitar jadear avergonzada—, acabamos de compartir clase de latín hace apenas media hora.

Él se limitó a asentir, divertido.

—Vaya, lo siento, soy muy… —encogiéndose de hombros otra vez.

—¿Patosa? —la interrumpió risueño, recordando su encontronazo en aquel mismo lugar. Su sonrisa se ensanchó aún más, formando dos atractivos hoyuelos bajo la barba.

“*Dios, no debería sonreír así*”

—Lo dijiste tú ayer.

—Iba a decir despistada. —Una sonrisa intranquila asomó a sus labios, perfectamente secundada por el indeseable tono escarlata de sus mejillas. *“¡Joder!”*—. Pero sí, me temo que eso también.

“Eso sobre todo.”

Lenny llegó con las bebidas y le guiñó un ojo sin ningún

disimulo, lo que acabó por ponerla más nerviosa todavía. Mientras depositaba los vasos y los botellines sobre la mesa, miraba a Hugo y a Clara de forma alternativa, levantando las cejas y ladeando la cabeza hacia él en pequeños *tics*, como si quisiera enviar a su amiga un mensaje en algún código secreto; que de secreto, en realidad, no tenía mucho, teniendo en cuenta las exageradas muecas de la camarera. Clara frunció el ceño y apretó los labios. ¿Qué pasaba con aquella loca? ¿No se daba cuenta de que la podían descubrir? ¿De que el propio Hugo -santo Dios, qué vergüenza-, la podía descubrir? Se llevó una mano a la frente a modo de visera, tratando de ocultar su propio bochorno, y dejó que su trasero resbalara en la silla hasta volverse pequeñita.

"¡Tierra, trágame de una vez y para siempre! ¿Por qué no te abres y acabas con esto?"

Además, aquella rubia descocada no hacía más que mirar al chico de arriba abajo con esa mirada suya tan… tan… ¡de examinar la mercancía! Resopló y meneó la cabeza con desaprobación, obligándose a no pensar en nada que pudiera provocarle un solo rubor más, o de lo contrario, su cabeza acabaría por autodestruirse en combustión espontánea.

—Cóbrame todo —dijo Hugo, dirigiéndose a una excesivamente sonriente Lenny.

Clara reaccionó con cierta torpeza, llenando el aire de aspavientos para negar con las manos. Su efusividad consiguió tirar uno de los vasos de tubo, que por fortuna todavía estaba vacío.

—¡Oh, no, por favor!—exclamó. Sintió como su rostro incrementaba su ardor cuando posó su mirada en los ojos de Hugo—. No tienes por qué invitarme, de verdad.

—¡Por supuesto que sí! —le guiñó un ojo consiguiendo desestabilizarla y silenciarla por completo—, soy un caballero.

"¡Oh, por supuesto que lo eres!", pensó, empezando a comprender lo que *Tess D` Urbervilles* pudo sentir cuando vio por primera vez a su *Ángel.*

—Deberías dejar que te invitara yo, después del golpe del otro día —replegó los labios y apretó los párpados, avergonzada ante el

simple recuerdo de lo sucedido.

—Dicen que las mejores cosas llegan de golpe, ¿no? —Bromeó. Ante la enternecedora turbación de ella, Hugo no pudo evitar sonreír —. Por favor, insisto. Otro día invitas tú.

“¿Otro día? ¿Va a haber más días?”

Ella se limitó a humedecerse los labios e inclinar la mirada. Lenny cogió el billete y se alejó de la mesa contoneándose pero, cuando se encontraba a cierta distancia, se giró hacia ellos y levantó el pulgar mientras asentía frenéticamente con la cabeza, dando a entender a su amiga que aquel muchacho contaba con su total aprobación. Clara jadeó e inclinó aún más la cabeza para que la melena le cubriera la cara por completo.

CAPÍTULO 4

Hugo se removió incómodo en su asiento. Aunque en realidad la palabra correcta no era *"incómodo",* si no al borde del caos más absoluto. Observar a Clara, -tan cerca y tan alcanzable por primera vez-, deleitarse con sus sonrojos, -perennes en sus mejillas desde el inicio de la conversación-, apreciar cómo entornaba los párpados ocultando sus preciosos ojos, -que de tan oscuros parecían casi opacos-, o cómo se mordía el labio inferior en un gesto inconsciente, lo sometía a una penosa contención. ¡Se moría por besarla! Por atrapar entre los dientes su labio inferior, ese que ella misma no dejaba de torturar de forma inconsciente, y tirar de él con suavidad. Se moría por cerrar sus párpados con tenues besos de mariposa y aletear con los labios por toda su cara, bañada de rubores. Se moría por acariciar su pelo y recolocarle esos mechones sueltos por detrás de la oreja. Se moría por hundir la nariz en esa marea castaña, esa que ella no dejaba de tocarse, espolvoreada con la dulce fragancia a coco que habitualmente la acompañaba y que se había convertido en faro en la oscuridad para aquel navegante perdido.

El último resquicio de cordura que perduraba en su cabeza le obligó sin embargo a descartar de inmediato esa agradable posibilidad, para continuar con la mirada prendida de forma inocente en su delicado rostro en forma de corazón. Por eso inhaló en profundidad tratando de ignorar el sensual aroma del coco, apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos y descansó la barbilla en el pedestal que acababa de improvisar para contemplarla con absoluta comodidad mientras ella hablaba. Era simplemente hermosa. Y sin duda parecía mucho más frágil y vulnerable que la mayoría de las chicas que conocía. Su piel era tan diáfana que parecía incapaz de

proteger su alma de todas las inclemencias que la rodeaban. Y que, por supuesto, dada su capacidad para atraerlas, eran muchas. No pudo evitar esbozar una breve sonrisa cuando descubrió la arruguita de su entrecejo, esa de la que ni siquiera ella parecía ser consciente y que siempre estaba ahí; o la timidez inherente en su pose, manifiesta a través de sus hombros encorvados y ligeramente cargados hacia delante. No obstante parecía bastante cómoda y, cuando hablaba, gesticulaba moviendo mucho las manos. ¿De qué le estaba hablando en ese instante? ¿De la influencia que habían tenido autores como Austen o Keats para incentivarla a estudiar Filología inglesa? Y en cuestión de segundos un salto digno de olimpiada y empezaba a explicarle su devoción por las películas de Tim Burton o la música de *Love of Lesbian.* Su afición incontrolable por el chocolate negro o su pánico a las alturas. Lo mismo daba; podría estar refiriéndole las trágicas desdichas de los campos de concentración alemanes, que en su boca resultarían igual de atractivos.

Una amplia sonrisa asomó a sus labios y Clara pareció recibirla complacida, inclinando la cabeza y ruborizándose todavía más. Su piel adquirió en el acto un delicioso tono a cereza y leche que Hugo se moría por acariciar y besar. Turbado, se mordió el interior de las mejillas para obligarse a pensar en otra cosa. Al menos no parecía asustada. Con un poco de suerte todo iría bien y no saldría huyendo despavorida ni él recibiría un cabezazo como la última vez.

Cuando ella levantó la cabeza de nuevo y su mirada se encontró con la suya, pudo verse reflejado en el amplio espejo de sus ojos castaños. La ternura que le embargó al verse reflejado en sus pupilas despertó de nuevo en él unas poderosas ganas de besarla. ¡Podía ser tan fácil! Tan solo tenía que inclinarse hacia adelante, atrapar su rostro entre sus manos y acariciar con los suyos esos labios perfectos, sonrosados y apetecibles, que ella no dejaba de mordisquear en un deje nervioso. Cerró los ojos y apretó los párpados durante una fracción de segundo, obligándose a contenerse y a ser prudente. "*A camino largo, paso corto, no lo olvides, Hugo",* repitió ese mantra en su cabeza una y otra vez. No quería estropearlo todo. No ahora que ella parecía tan cómoda y relajada en su presencia.

Clara abandonó el campus norte a todo correr, lo que, teniendo en cuenta su elevado grado de patosidad, resultaba un auténtico suicidio. Había mirado el reloj de la cafetería por primera vez en toda la mañana hacía escasamente cinco minutos. ¡Las dos menos cuarto! Tuvo que frotarse los ojos y parpadear un par de veces para cerciorarse de que aquel enorme reloj funcionaba como era debido y, cuando estuvo convencida de ello, por poco se le infarta el corazón. Apenas tuvo tiempo de levantarse de su asiento, -eso sí, llevándose consigo la mesa y todo su contenido-, antes de despedirse de Hugo con un atropellado: *"¡Es-muy-tarde-tengo-que-irme-lo-siento*!" que él logró traducir con ayuda de su intuición.

¡Y ahora que corría como alma que lleva el diablo no era capaz de entender cómo se había entretenido hasta el punto de correr el riesgo de llegar tarde otra vez! Bueno, sí se lo podía imaginar. Torció los labios en una sonrisa. Había gastado las últimas tres horas en compañía de aquel chico, de Hugo, y tenía que admitir que el tiempo se le había escapado como agua entre los dedos. Tres horas como tres minutos. *"Insensata, ridícula",* se regañó a sí misma mientras apretaba la carpeta contra el pecho y se deslizaba a todo correr por la calle Carvalho Calero, esquivando las decenas de coches aparcados en aquella tranquila zona cercana a la facultad.

Pese a todo, tenía que reconocer que había sido extraño, divertido… y reconfortante. Era la primera vez que quedaba con otro chico desde que Álex irrumpiera en su vida, y de eso hacía ya mucho tiempo. Y también, siendo honesta consigo misma, era la primera vez que se había sentido tan cómoda en presencia de otro hombre. Durante esas tres horas había podido expresarse con naturalidad, sin miedo a recibir una bofetada o un desprecio verbal a cambio de cualquiera de sus opiniones. De hecho, era la primera vez en mucho tiempo que había podido manifestar sus impresiones libremente, y la primera vez también que un interlocutor masculino las escuchaba atento, como si en realidad le importaran. ¿Le importarían a Hugo de

verdad? Álex nunca la escuchaba. Cuando ella intentaba referirle su día a día o le hablaba de algún particular, él empezaba a escucharla con cierta atención, o fingía que la escuchaba mientras se dedicaba a otros menesteres, para en cuestión de segundos empezar él mismo a hablar de sus cosas hasta el punto de silenciarla y anularla por completo. Cuando salían con sus compañeros del hospital era aún peor. Ahí ella ya procuraba directamente no hablar y permanecer callada en un rincón, pues sabía que como abriera la boca y expresara su parecer, fuera de la condición que fuera, él la fulminaría con la mirada mientras se tragaba el mal genio. Después, al llegar a casa, se desataría el infierno. O bien la acusaba de coquetear con cualquier integrante del sexo masculino que se hubiera encontrado en las inmediaciones, o bien la culpaba de avergonzarlo en público al expresar sus estúpidos pensamientos. Porque, por supuesto, sus pensamientos siempre eran estúpidos.

Por eso había sido toda una novedad poder ser ella misma por una vez. Cierto que al principio le había costado abrirse. Eran demasiados años de obligada contención como para hacer caso omiso de las viejas costumbres. Pero Hugo la había animado a hablar, a expresarse, a conversar de mil cosas distintas, a cual más ridícula e intrascendente tal vez. ¡Pero no había importado! No la interrumpió ni varió la expresión ensimismada de su cara cuando enumeró sus autores favoritos, ni siquiera cuando recitó de corrido el soneto 112 de Shakespeare, su predilecto, tampoco cuando le dijo que Tim Burton le fascinaba por esa percepción tan distorsionada de la muerte, de la vida y de la realidad. Él la escuchaba con los ojos abiertos de par en par y una sonrisa perenne en los labios. Le había hecho mil preguntas y había escuchado paciente sus respuestas, se había interesado por sus gustos literarios, musicales y cinéfilos. Y no solo reía de buena gana las ocurrencias de Clara, sino que había provocado que ella misma se riera de todo, de sí misma en realidad, en varias ocasiones. ¡Y qué gusto poder reír por una vez, a carcajada limpia, sin preocuparse por nada! Ciertamente hacía mucho, mucho, mucho tiempo que no se reía así. O que no se reía, simplemente.

Una ligera vibración en el bolsillo trasero de sus vaqueros la

obligó a detenerse. Se llevó la mano atrás y rescató el móvil. Mensaje de Whatsapp. La foto de perfil de Lenny llenó la pantalla en una nueva ventana emergente. Deslizó el dedo por la pantalla táctil para descubrir qué quería ahora aquella camarera loca, aunque, conociéndola, podía sospecharlo.

Sus mensajes repletos de emoticonos insinuando algo entre Hugo y ella la hicieron sonreír y ruborizarse como una colegiala. Aquella sonrisa de lela que lucía mientras tecleaba y caminaba a buen ritmo era algo tan inusual que acabó mordiéndose el labio inferior a modo de reproche.

—Solo hemos tomado varios refrescos y hablado de Jane Austen, Bronté y Hardy. Ya sabes, romanticismo inglés —escribió, junto a un emoticono de fingida inocencia.

—¡Pues habéis hablado de eso durante tres horas! Aburridos filólogos…

—Es que su obra da mucho de sí —respondió sonriendo abiertamente al imaginar cómo Lenny pondría los ojos en blanco—. *Parece que tenemos muchas cosas en común.*

Escribir esa última frase y entender su significado fue todo un shock para Clara. Su corazón dio un vuelco en el pecho y el aliento se le quedó suspendido en los labios.

"Pareces una cría, por el amor de Dios…"

Se llevó una mano a la cara para tratar de refrescarse mientras continuaba trotando calle arriba, bajo los árboles que proporcionaban una agradable sombra, dispuestos en perfecta hilera a mano derecha.

—He visto cómo te miraba. ¡Y cómo le mirabas tú a él!

Clara leyó los comentarios de Lenny mientras su corazón zumbaba como un loco dentro del pecho. ¿Y qué era eso que se retorcía en su estómago? ¿Mariposas? ¿Mariposas aleteando?

"¡Oh no, oh no! Solo faltaba ya que se escuchara un violín de fondo para que en el interior de su cuerpo se desatara la tormenta perfecta".

Se llevó una mano a la frente y resopló, desviando la mirada al muro de piedra, recubierto de hiedra, que se alzaba a su izquierda. No era posible. Una lucecita de alerta se encendió en su interior. Aquello no estaba bien.

Cierto que Hugo era atractivo, había algo en su aspecto *indie* que la atraía mucho. Por supuesto también influían bastante su sonrisa afable, sus profundos y brillantes ojos negros, clavados con intensidad en ella, o su cabello despeinado y demasiado largo sobre la nuca y encima de las orejas. Recordó sus simpáticos hoyuelos en las mejillas, semi ocultos bajo una barba de varios días, y su atuendo informal. Esos vaqueros rotos y justos, esa camiseta oscura de manga larga pegada al cuerpo, ese collar de cuentas negras alrededor de su cuello o esas zapatillas *converse* negras, idénticas a las suyas. En un acto reflejo se miró los pies y suspiró.

"Parece que tenemos muchas cosas en común".

Aquello no estaba bien. Estaba jugando con fuego y, con lo patosa que era, estaba claro que acabaría por quemarse. Por quemarlos a ambos. Porque no sabía si Lenny estaba en lo cierto y Hugo la había mirado de un modo especial, ¡pero lo que sí estaba claro era que a ella sí le gustaba Hugo, y solo le había faltado babear para demostrarlo! A pesar de saber que aquello no estaba bien. O incluso sabiéndolo a ciencia cierta. Pero acaso ¿no es el sediento que lleva muchos días sin beber el que se lanza con mayor desesperación a la primera charca de agua que encuentra? Y ella llevaba mucho, mucho tiempo, sedienta de afecto, de respeto… ¡tan solo de alguien que le hiciera caso, por el amor de Dios! Puede que semejante atracción resultara muy desesperada e incluso precipitada por su parte, pero ¿acaso no se sentía de verdad desesperada? ¿Acaso resultaba tan raro que tratara de aferrarse con ahínco al único tablón que salía a flote para ella? ¿Acaso resultaba tan raro que se ilusionara como una niña por primera vez en mucho tiempo?

—Eres una boba y no te enteras de nada. Le gustas, ¡y mucho! Si no le gustaras no me habría pedido tu teléfono.

Tal fue el impacto que produjo en ella aquel mensaje que el móvil se le cayó al suelo. ¡Cómo no! Era torpe incluso estándose quietecita. Lo recogió y buscó señal, desesperada, pero las manos le temblaban tanto que temió no ser capaz ni de sostenerlo. La pantalla se iluminó y suspiró aliviada. Todo estaba en orden. ¿Seguro? ¡No, nada estaba en orden! ¡Maldita sea, su vida estaba a punto de

sumergirse en el caos más absoluto! Y peligroso. ¡Bang! Mejor hubiera sido que Lenny le pusiera la pistola directamente en la sien y apretara el gatillo.

—*No sabes el lío en el que vas a meterme, tía loca…*

Álex la mataría. Estaba segura de ello. Por supuesto Lenny no sabía que Álex tenía la costumbre de revisarle el móvil cada cierto tiempo, o de lo contrario le habría evitado el lío. Como encontrara algún mensaje comprometedor, alguna foto o algún número de contacto con usuario masculino, se desataba el infierno. No, no había estado muy acertada al darle su número de teléfono aunque, en su favor, tenía que decir que no podía culparla: Lenny no sabía de la misa a la mitad.

—*Lo más malo que podría pasarte sería que te llamara* —emoticono guiñando un ojo—, *y no veo yo que haya nada de malo en eso, ¿no?*

Meneó la cabeza y dejó escapar el aire muy lentamente de sus pulmones. Asunto obligado, porque el corazón bombeaba tan fuerte que apenas dejaba sitio en el pecho para nada más. Tendría que andarse con ojo a partir de ahora. Sin desfruncir su ceño y, valiéndose de sus torpes dedos trémulos, borró toda la conversación entre ella y Lenny. Era eso o arriesgarse a cargársela.

Y a pesar de sus tribulaciones, del temor que la gobernaba y del disgusto que la conducta irreflexiva de Lenny provocaba en ella, no pudo evitar que una sonrisa asomara a sus labios mientras se dirigía a casa corriendo. En un acto reflejo se mordió el inferior. Debía de estar loca, o ser una estúpida suicida, pero se sentía feliz. Hugo había pedido su teléfono y era lo mejor que le había sucedido en mucho tiempo.

"Definitivamente pareces una cría después de su primera cita", se reprochó. Y acto seguido se ruborizó aún con mayor intensidad, si acaso algo así era posible. *"¿Cita? ¡No ha sido ninguna maldita cita, Clara Balboa, si no una inofensiva casualidad!".*

Hugo contempló largo rato aquella serie de números

garabateados y sonrió feliz. Jamás habría imaginado que una simple sucesión de nueve números pudiera reportarle un grado de felicidad y satisfacción similares. No había resultado demasiado fácil conseguirlos, no obstante. Lenny era bastante desconfiada y sin duda actuaba como la perfecta y mejor amaestrada cancerbera de su amiga. Quizás, y al igual que pasaba con él mismo, la aparente fragilidad de Clara conseguía despertar en ellos un instinto protector de lo más salvaje.

Había tenido que echar mano de la mejor de sus sonrisas y de su olvidada capacidad persuasoria para ablandar el corazón de aquella rubia dicharachera. Por fortuna, las sonrisas parecían funcionar bastante bien con ella.

—¿Para qué lo quieres? —insistió, dirigiéndole una mirada torva.

—Pues para lo que se quieren todos los números de teléfono, supongo.

—Ya… —Se vio obligado a soportar sin rechistar el descarado escrutinio de la camarera. Le miraba de arriba abajo y de abajo hacia arriba, deteniéndose más de lo debido en ciertas zonas de su anatomía que no debería mirar, mientras achicaba los ojos y replegaba los labios al interior de la boca. Estaba claro que se dedicaba a examinarlo con insolencia, como si de una res se tratara; y de ese mismo modo, como si ante ella hubieran expuesto una cabeza de ganado en vez de una persona de carne y hueso, parecía valorar la mercancía con ojo experto. No quería ni pensar cuántas veces al día aquella tía loca se dedicaba a hacer cosas así. Inclinó la cabeza y sonrió divertido. Aquello era surrealista, pero estaba dispuesto a soportarlo con tal de conseguir el dichoso número de teléfono. Línea directa con Clara, y tal vez con su corazón.

—¿Y bien? —preguntó al cabo de un rato, abriendo los brazos y exponiendo las palmas. Sea cual fuere el resultado, aquella tía disparatada había tenido el tiempo suficiente para sacar sus conclusiones. Y estas debieron ser de lo más positivas puesto que, sin mediar palabra, la camarera tomó un post it amarillo y empezó a garabatear sobre él. Una vez hubo terminado, se lo entregó, no sin

antes fijar en él una mirada severa.

—Clara es mi mejor amiga, no le hagas daño o te las verás conmigo.

Por fortuna, aquella rubia de mirada disciplinante no pudo apreciar el brinco que el corazón de Hugo dio en su pecho una vez tuvo el papel en su poder. Había sido digno de triple mortal, por lo menos.

De forma teatral, Hugo se llevó la mano a la frente, imitando el saludo militar.

—Te lo digo muy en serio —amenazó ella—. Si te doy el número de Clara es porque me gustas y creo que puede ser bueno para ella salir con otra gente.

Hugo esbozó una sonrisa ladeada. ¿Le gustaba? ¡Menudo triunfo! Exhaló por la nariz, tratando de contener la carcajada. Estaba claro que era lo menos que aquella loca podía decirle después de su descarada evaluación.

—Favor que me haces con tus palabras —dijo, pretendiendo hacer una broma. Pero Lenny hablaba muy en serio.

—No sé qué intenciones tienes, pero si quieres un polvo rápido será mejor que te busques a otra, ¿de acuerdo?

Hugo alzó las cejas sorprendido. ¡Alto y claro, teniente O`Neill!

—No es mi intención hacerle daño —torció los labios en un gesto apático—. Y no busco un polvo rápido.

—Más te vale —ella afianzó los brazos sobre el pecho y alzó la barbilla—. De lo contrario te cortaré algo que seguramente tienes en mucho aprecio por ahí abajo.

Hugo, por toda respuesta, esbozó una amplia sonrisa. Definitivamente, aquella camarera estaba como una cabra. Alzó el papel y lo agitó en el aire.

—Gracias —dijo, y acto seguido se lo guardó en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Cuando Lenny lo vio abandonar la cafetería, soltó todo el aire que, de forma inconsciente, había retenido en su interior durante los últimos segundos.

—Ojalá tú puedas salvarla —y acto seguido se volvió para

atender una nueva comanda.

CAPÍTULO 5

Cuando Álex llegó a casa, pasadas las dos de la tarde, Clara ya llevaba diez minutos trajinando en el comedor. Gracias al cielo le había dado tiempo suficiente para refrescarse después de la alocada carrera que se había pegado desde el campus norte. Se cepilló el pelo con fruición, se lavó la cara para borrar cualquier síntoma de sofoco o cansancio y se apresuró a poner la mesa. Álex acostumbraba a pillar algo de comer de camino a casa, algún plato combinado en la cafetería del hospital, una pizza o incluso comida china. Clara no sabía cocinar ni un huevo frito y a él no le gustaba ponerse frente a los fogones después de su turno de trabajo.

Por eso, cuando abrió la puerta y saludó en plan Pedro Picapiedra anunciando su llegada, Clara ya le esperaba sonriente en el comedor, al lado de la mesa puesta, formal y sonriente como una geisha o una perfecta mujercita de su casa. En realidad no se sentía ni su maldita mujercita ni la señora de aquel piso, que jamás había considerado suyo, sino una simple esclava de los deseos de aquel hombre al que debía pleitesía. Dependía de él. Simple y llanamente. Y aunque muchas de sus compañeras de clase babeaban por pasar un rato debajo de un tío como él, o por abrirse de piernas a la primera insinuación, ella hacía auténticos esfuerzos por soportarlo y mantenerle contento, a sabiendas de que siempre terminaría por descargar con ella sus frustraciones. No tenía escapatoria. Era simple instinto de supervivencia. El más débil tratando de sobrevivir al lado del más fuerte. Nada más.

Esta vez Álex no apareció solo. Junto a él llegó otro tipo, otro armario empotrado tallado a su misma imagen y semejanza. Clara le miró con extrañeza. No le había visto antes, pero a juzgar por la conversación que traían, seguro que se trataba de alguien del hospital. O de un colega de gimnasio.

—He invitado a comer a Héctor —dijo a modo de saludo y le propinó una fuerte cachetada en el trasero que la obligó a dar un respingo. No pudo evitar ruborizarse ante un gesto tan machista ofrecido delante de un invitado pero el otro hombre se limitó a secundar aquel despliegue de virilidad con una sonrisa.

"¡Cerdos asquerosos!"

—He cogido comida en la cafetería. Todavía está caliente.

Clara asintió y se escabulló a la cocina para buscar otro servicio más. Cuanto menos tiempo estuviera en medio, mejor. Y el hecho de que Álex viniera acompañado de un amigo era buena cosa: así estaría entretenido y de buen humor, por lo que ella dispondría de cierto margen y tiempo para pensar en otras cosas más agradables. ¿En Hugo, tal vez?

La comida trascurrió de forma bastante amena, teniendo en cuenta que ella no dijo ni *esta boca es mía*, sino que se limitó a permanecer encogida en su silla escuchando las bravuconadas de aquellos hombres, que competían por ver cuál era el más machito de los dos. Después de un buen rato escuchándolos, Clara decidió que lo dejaría en empate. Dos moles de acero, despampanantes y hermosas a la vista, pero con un cerebro tan pequeño y retrógrado como el de un hombre de las cavernas.

En un momento dado, empujada quizás por el aburrimiento que la embargaba hasta el punto de obligarla a ahogar varios bostezos, o tal vez por el simple afán de mostrarse cortés ante un invitado de Álex, tomó la botella de vino y, con ella en alto, se dirigió al tal Héctor.

—¿Más vino?

El tío clavó en ella una mirada salaz y acto seguido asintió con una sonrisa. Clara miró a Álex de forma inconsciente y se arrepintió en el acto de su iniciativa.

"¡Mierda! ¿Qué has hecho?"

Él la fulminaba con la mirada, apretando tanto la mandíbula que por un instante temió que se le saltara un empaste. Tragó saliva mientras servía el vino al invitado y sentía ese conocido picor detrás de sus párpados; el temblor de su mano era ya tan evidente que acabó

por derramar un poco sobre el mantel. Las tripas empezaron a retorcerse en su vientre a consecuencia del miedo, y por un momento temió orinarse, o algo más, encima. Como pudo, a pesar del temblor que hacía entrechocar sus rodillas, se retiró a la cocina con el pretexto de buscar un trapo para limpiar el pequeño desastre.

"¡Mierda!", gimió en su cabeza mientras abría y cerraba cajones en busca de un maldito trapo. *"¡Mierda, mierda, mierda!"*.

No se había ausentado ni dos minutos del comedor cuando Álex apareció en la cocina, desplazándose tan lentamente como el felino que cerca y acecha a su incauta presa. Y eso era ella en esos momentos: una presa fácil.

—¿Qué ha sido eso? —siseó entre dientes, deslizando los dedos sobre la encimera, como si pretendiera disimular sus intenciones. Como si hubiera forma de disimularlas.

Clara contuvo un hipido y trató de hablar, pero las excusas se atropellaban en su boca formando un nudo. Tan solo consiguió balbucear sonidos inconexos mientras alzaba las manos a modo de rendición y defensa.

—¿Te atreves a coquetear con mi compañero de trabajo? —Clara negó con la cabeza, muerta de miedo y pálida como un difunto—. ¿En mi cara? ¿Y en mi propia casa? —a esas alturas ya jadeaba ya de miedo y anticipación—. ¿Cómo puedes ser tan puta?

Y secundó su frase descargando un puñetazo sobre la encimera.

—Yo no…

No pudo terminar, puesto que una mano de acero cayó de inmediato sobre su boca, silenciándola y obligándola a debruzarse con violencia sobre la encimera. Un dolor infinito y cortante la traspasó, llenando sus ojos de lágrimas y su pecho de latidos descontrolados. Se llevó dos dedos temblorosos a los labios y el dolor se incrementó hasta el punto de hacerle gemir. Cuando los retiró, aparecieron bañados de sangre. Se había hecho un corte en el interior del labio superior, seguramente al impactar contra los dientes, consecuencia del golpe.

—¡Debería…! —masculló levantando de nuevo la mano sobre ella en claro ademán amenazante. De forma instintiva trató de proteger la cabeza de los golpes con las manos, pero no fue necesario

puesto que ninguno llegó. Álex se limitó a dejar caer la mano a un costado mientras estiraba y encogía los dedos en un penoso intento de contenerse—. ¡Apártate de mi vista antes de que te arranque la cabeza, maldita ramera!

Clara se revolvió como pudo a pesar del horrible dolor que quemaba su boca y del miedo que la atenazaba y le impedía moverse. Temblaba como una vara verde, incapaz de controlarse, y las lágrimas brillaban en sus ojos. Por supuesto, quería mantenerse lo suficientemente fuerte como para no permitirse llorar delante de él. No iba a darle esa satisfacción. Hoy no.

Se enderezó con penosa dignidad a pesar del temblor que la sacudía de arriba abajo, y empezó a caminar cruzando los pies. ¡Todos sus músculos parecían haberse agarrotado de pronto! Cuando se vio en la necesidad de pasar a su lado para abandonar la cocina, el corazón empezó a bombear como un loco, y por un instante temió hacérselo todo encima. Ni siquiera le miró, tampoco él la miró a ella, y abandonó la estancia cumpliendo su propósito de no soltar ni una sola lágrima, aunque la presencia de cientos de ellas fuera más que evidente en sus ojos.

Inhaló fuerte para obligarse a cruzar el comedor hacia la habitación. Por fortuna no tuvo la necesidad de encararse con Héctor, puesto que la zona de paso quedaba justo a su espalda. Mejor así, o de lo contrario estaba segura de que aquel energúmeno corearía también la actuación de su compañero. ¡Todo un despliegue de masculinidad la que había llevado a cabo el celador Maciñeira, sí señor!

El camino a la habitación se le hizo eterno. No supo si a causa de la torpeza de sus pies, poco dispuestos a colaborar, o por la difícil tarea de contener las lágrimas. Lo que sí tuvo claro fue que, al traspasar por fin el umbral, la frágil barrera que la separaba de aquel demonio, se sintió brevemente a salvo. Valiente estupidez: estaba convencida de no estar a salvo de él en ningún lugar del mundo.

Se descalzó las zapatillas empleando la punta de los pies sobre el talón, y se metió en la cama, aovillándose bajo las mantas como un bebé. Una vez a salvo en su crisálida, empezó a llorar por fin. Libremente, sollozando, hipando y ahogando su dolor y sus gritos

contra la almohada. El labio superior latía y dolía horrores. Estaba convencida de que, dentro de un rato, habría duplicado su tamaño. El sabor de la sangre imperaba sobre cualquier otra sensación. Abrió los ojos para dejar de llorar y observó fijamente los dibujos de las mantas. Estaba entumecida. Solo sentía dolor. ¿Hasta cuándo, hasta cuándo iba a durar aquel Infierno? ¿Cuánto más debería soportarlo? Lloró, gimió y, por un momento, deseó estar muerta, como lo había deseado tantas otras veces. Cada día que pasaba estaba más convencida de que la muerte sería la única salvación para ella. La única vía de escape, el único modo de verse libre de aquel hombre; a su vez, el único ser-pariente-familiar, cercano en su vida… menuda maldita broma del destino.

Por fortuna Álex no la incomodó con su presencia durante el resto del día. Fue buena cosa al final que Héctor se encontrara en casa pues de ese modo consiguió desviar la atención de Álex de su persona. Odiaría que, como hacía otras veces, después de aquel golpe se hubiera acercado a ella buscando zalamerías y comportándose como si nada hubiera pasado. Él podía ser un hipócrita como la copa de un pino, pero ella cada vez tenía menos estómago para actuar con falsedad.

Al cabo de un rato el piso se quedó completamente en silencio. Clara había creído entender algo de que se iban a jugar al Paintball con otros compañeros del hospital. Y estaba bien. Al menos así descargarían su violencia unos con otros en lugar de hacerlo contra sus familiares. ¡Menuda panda de imbéciles, ojalá se mataran entre sí!

La aventura de aquellos dos pareció alargarse hasta la madrugada, puesto que Álex no regresó a dormir en toda la noche. Clara lo supo porque en toda la noche fue incapaz de pegar ojo. Y por supuesto agradeció que Álex no regresara. No le apetecía dormir a su lado y sentir la cálida y funesta presencia de su cuerpo. Quizás incluso tener que hacer de tripas corazón y verse obligada a atender sus exigencias carnales. Seguramente se hubiera ido de fiesta y acabara empatando la noche con su turno de trabajo. No era la primera vez que lo hacía. Se rodeó las rodillas con los brazos, abrazándolas muy

fuerte, levantándolas hasta casi rozar con ellas el rostro y pensando que era mejor así. ¡Que se fuera, que dejara de quererla de una maldita vez y le permitiera ser libre y empezar a vivir! ¿Acaso aquello era amor?

Se giró en la cama, un dolor insoportable asoló su alma, y se abrazó a la almohada. Lloró hasta quedarse dormida, deseando la muerte o que todo cambiara. En un instante de fortaleza se atrevió a pensar en Hugo y en el breve latido de ilusión que había experimentado esa misma mañana. ¡Qué lejos le parecía todo eso ahora! ¡Y qué ridículo y fuera de lugar! La ilusión por esa vida mejor que se había atrevido a soñar se desvanecía ante sus ojos como se deshace la bruma ante los violentos manotazos de la cruda realidad. Y realidad solo existía una: la que cada día le dejaba claro que, a sus diecinueve años, la vida era un auténtico calvario.

Al día siguiente Clara se abstuvo de ir a clase. Había estado acertada al suponer que el labio se le acabaría hinchando más y más con el correr de las horas, por desgracia tenía bastante experiencia en ese aspecto, por lo que prefirió quedarse en casa ante la imposibilidad de disimular la horrible hinchazón. Cierto que siempre podría decir que se había caído. Todo el mundo sabía que era una patosa redomada, a nadie le extrañaría tal excusa, pero es que en el último mes ya se había *caído* varias veces y tampoco quería que la tomaran por una pupas. Además, estaba segura de que Lenny no se tragaba del todo sus pretextos y, a pesar de que no manifestaba gran cosa al respecto más allá de su odio visceral hacia Álex, su fruncimiento de ceño y su mirada fulminante eran prueba más que evidente de ello. Y también estaba Hugo. No quería que la viera así y, al ser compañeros de clase, seguramente la acabara viendo, por lo que no iba a arriesgarse. Empezaba a gustarle demasiado como para afrontar su mirada interrogante si llegara a verla con el labio como un pimiento morrón.

Permaneció en cama toda la mañana en un soporífero estado de duermevela. Apenas había dormido durante toda la noche y ahora se

sentía grogui. Durante los breves minutos que había podido conciliar un sueño ligero ni siquiera había podido descansar, puesto que ni en sueños podía librarse de la presencia acosadora de Álex. ¡Dios, ni en sueños podía huir de él!

Un ruido sordo gruñó en alguna parte bajo las mantas, sacándola de su abatimiento. A tientas, buscó entre los pliegues formados por las sábanas y su propio cuerpo hasta encontrar el causante y sacarlo al exterior. La luz verde parpadeante le anunció un nuevo mensaje de whatsapp. Deslizó el dedo por la pantalla y un número desconocido apareció en una ventana emergente. Amplió la foto de perfil y el atractivo rostro que le sonrió desde la pantalla del móvil hizo brincar su corazón. Era Hugo. ¡Mensaje de Hugo!

"¡Oh Dios, no! ¡Oh Dios, no!".

—No has venido a clase —rezaba el simple texto.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se había dado cuenta. *"¡Pero claro que se había dado cuenta! ¿Qué te creías? Después de haber charlado durante tres horas con él, después de haber hablado de mil cosas y de nada a la vez, después de haber encajado aparentemente tan bien… ¿pensabas que ni siquiera se iba a dar cuenta de que la patosa de la última fila se había ausentado de las optativas?"*

—Tampoco te he visto en la cafetería —continuaba.

Dios, tenía que contestarle algo. Era consciente de que él sabía que acababa de leer sus mensajes, por lo que tenía que dar señales de vida o acabaría por preocuparlo.

—No me encuentro muy bien esta mañana —escribió, pasando sus dedos por el labio hinchado.

—¿Estás enferma?

Se mordió el labio inferior y trató de contener el descenso imparable de las lágrimas. *"Esta enfermedad no se elimina con antibióticos."*

—No te preocupes.

—Claro que me preocupo, teniendo en cuenta tu facilidad para meterte en líos—leyó, sintiendo como algo muy grande le florecía en el pecho. Replegó los labios al interior de la boca y apretó los párpados hasta llegar a ver chiribitas en la negrura. Por toda respuesta le envió

un emoticono sonrojado. Lo más apropiado teniendo en cuenta que el día anterior se había pasado las tres horas colorada como un tomate. Pero cuando él volvió a preguntarle si estaba bien dejó de sentirse acalorada. La rabia le borboteaba en la garganta y unas tremendas ganas de contar lo que sucedía le picaron en los dedos. Ahogó un gemido mientras el mar de lágrimas descendía en atropellada cascada por sus mejillas.

"¡No puedo hacerlo!", gritó en su cabeza, *"¡no puedo! ¡Es tu infierno, no el suyo, no el de nadie!"*

—Clara, no me has respondido. Todo ¿ok?

Exhaló en profundidad, sorbiéndose los mocos y tratando de ordenar sus pensamientos. No estaba siendo justa con él. Tenía que parar aquello de una vez. Si seguía dándole alas acabaría por encariñarse con ella. Esbozó una sonrisa cáustica. Lamentablemente en su caso ya era tarde: ella ya se había encariñado.

—Gracias por tu interés, pero no debes preocuparte más por mí.

Releyó la respuesta antes de enviarla. ¿No estaba siendo demasiado brusca o desagradecida? Seguramente sí, pero no era justo preocuparlo ni retenerlo a su lado más tiempo del necesario. No, cuando ella no era una mujer libre ni podría corresponder a su preocupación del modo que él desearía. Mejor cortar de raíz.

—Quiero preocuparme —leyó tras interminables minutos de espera.

—No soy buena para ti —escribió con el alma rota, siendo consciente de que con esa frase dejaba escapar su mejor oportunidad para comenzar una nueva vida.

—Deja que eso lo juzgue yo.

—No, Hugo. Lo digo en serio. Deberías olvidarme. Deberías alejarte.

Escribir aquellas palabras provocó un dolor desgarrador en su corazón. Porque estaba pidiéndole algo que no deseaba en absoluto. Se tapó la cabeza con las mantas y rezó para que el destino estuviera de su parte, al menos por una vez. Por fortuna, la respuesta de él, que se hizo esperar una dolorosa eternidad, consiguió encender un rayo de esperanza en su alma.

—No puedo.

Una sonrisa temblorosa, y a la vez radiante y sincera, se entremezcló con el mar de lágrimas que bañaba su cara. Se mordió el labio inferior mientras pateaba con los talones el colchón, presa de un arranque de júbilo.

"*No quiero que lo hagas*", pensó. Y apagó el móvil.

Hugo lanzó con furia el teléfono móvil hasta estrellarlo contra la pared de su cuarto. No le importaba que se hubiera roto. ¿Y qué? En esos momentos también sus esperanzas y sus sueños corrían serio peligro de resquebrajarse en cien mil añicos. ¿Que la olvidara? ¿Que se alejara de ella? ¿En serio acababa de pedirle algo así?

Dejó escapar un juramento al tiempo que barría con el brazo los libros que permanecían perfectamente apilados sobre su mesa de estudio. ¡Maldita sea! ¿Acaso creía que eso era posible? ¿Acaso creía que él tenía intención de hacer algo así?

Soltó un gruñido gutural, surgido directamente de lo más profundo de sus entrañas, antes de llevarse las manos al cabello y aferrarlo a puñados, con desesperación. No iba a dejarla escapar. ¡No podía hacerlo! Ella era la persona que él quería, la que se había erigido desde hacía tiempo como única dueña y señora de sus pensamientos y de su corazón. No iba a alejarse, y mucho menos olvidarla. ¡Por el amor de Dios! ¿Acaso se había vuelto loca? ¿Acaso pensaba que las cosas eran tan fáciles? Pateó varios objetos dispersos por el suelo, lanzándolos por todas partes a modo de proyectil, antes de sentarse de golpe sobre la cama, apoyando la cabeza cargada de turbios pensamientos sobre ambas manos. ¡Estaba completamente enamorado de una chica a la que no acababa de entender, maldita sea!

—¿Todo bien ahí dentro? —la voz de Lois, su compañero de piso, mostrando su preocupación desde el otro lado de la puerta, lo apartó de sus cavilaciones. Se obligó a inhalar en profundidad para renovarse por dentro y alejar de sí todo el veneno que le corroía las

entrañas.

—Todo bien.

—Cualquiera lo diría. Aquí ha sonado como un terremoto.

Suspiró. Un terremoto que acababa de quebrar uno de los pilares sobre los que se asentaban sus esperanzas. Se llevó el puño a la boca y lo mordió con saña.

—No ha sido nada. Solo unos libros que se han caído.

Quedaban todavía otros tres pilares en pie. Tres pilares sobre los que sostener aún sus sueños.

—Si tú lo dices.

Hugo exhaló lentamente. ¿Y qué iba a decirle si no a su compañero? ¿Que la chica de sus sueños acababa de pedirle que se alejara de ella, que la olvidara? Lo tomaría por un estúpido romántico, como lo que seguramente era en realidad.

Se dejó caer hacia atrás hasta el punto de quedar completamente tumbado sobre la cama. Cerró los ojos y se dejó engullir por sus pensamientos como si de un absorbente agujero negro se trataran. A esas alturas, tanto Lois como su grupito de amigos, sabían perfectamente de su atracción por Clara. Lo habían vacilado demasiadas veces en la cafetería cuando lo sorprendían mirándola embobado, -lo que sucedía cada dos por tres-, como para obviarlo. Y a pesar de sus continuas burlas y sus comentarios obscenos, -en los que ella siempre acababa sin ropa-, sus compañeros habían tratado mil veces de darle el empujoncito que le faltaba para acercarse a ella y romper el hielo de una maldita vez.

—*A estas alturas va a terminar el curso y tú sin acercarte a ella* —solían decirle—. *¿Qué demonios estás esperando? A la pobre chica acabará por vencérsele la fecha de caducidad…*

—*No creo que muerda, Hugo* —decía otro—, *puedes acercarte tranquilamente. Aunque no se puede decir lo mismo de ti, eh picarón. Seguro que no dejarías ni la muestra.*

—*¿Por qué no le recitas uno de esos poemas que estudiáis en clase de literatura? La tendrás babeando por ti en menos que canta un gallo. A las tías suelen gustarles esas bobadas románticas.*

Y el más cretino del grupo remataba la faena con un *“pues no sé*

qué le ves, la verdad, puesto que la chica es más bien normalita tirando a floja". Y solo lo había dicho una vez, puesto que Hugo le había persuadido con un puñetazo en el estómago en tono de juego, aunque lo suficientemente fuerte como para disuadirlo de continuar por ese camino.

Abrió los ojos de golpe para fijarlos en el elevado techo sobre su cabeza. Los últimos meses estaban repletos de recuerdos e imágenes de Clara surgiendo por todas partes. Recuerdos de sus pasos torpes cruzando los pasillos a toda prisa, como si pretendiera que su imagen fuera para los demás una visión fugaz y perecedera; recuerdos de sus aparatosas caídas y de su posterior azoramiento para tratar de recuperarse del ridículo y recobrar la dignidad perdida; recuerdos de ese inocente y sensual movimiento de cabeza con el que se retiraba el cabello de la cara, o de esos ojos color chocolate en los que se zambullía cada vez que ahora la miraba. Cerró los ojos de nuevo y retrocedió en el tiempo para trasladarse a un lugar un poquito más lejos de la hermosa y tranquila ciudad de Santiago de Compostela. Sus recuerdos volaron entonces hasta su Noia natal, tan solo un mes antes, hasta el luminoso y bello pueblo de Noia; más concretamente hasta un lujoso chalet en las afueras donde una madre cariñosa y un padre entusiasta le esperaban para darle un abrazo cada vez que las clases le permitían visitarlos.

Aún engullido por los recuerdos no pudo reprimir una sonrisa sincera. Incluso sus padres habían notado un cierto cambio en él durante los últimos tiempos. Su madre, bastante más receptiva para esos menesteres seguramente dada su condición de mujer, lo había tomado del brazo la última vez para llevárselo a pasear por los extensos jardines de la residencia familiar y tratar de sonsacarle algo.

—¿Todo bien, hijo mío? Te noto más abstraído que de costumbre.

Se recordó a sí mismo maldiciendo la perspicacia de su progenitora.

—Ha sido por los exámenes, mamá, he estado estudiando mucho.

La señora recibió el comentario con una sonrisa velada y un brillo audaz en la mirada. No era tonta y sabía que algo pasaba con Hugo para que de repente pareciera que su mente permanecía en

suspenso cada dos por tres. En realidad no parecía distraerse con nada; ni con los paseos en velero por la ría, ni con los cambios que la señora pretendía realizar en el ala sur del chalet en aras a un nuevo cuarto de ocio, y que enumeraba con júbilo a su hijo tratando de contagiarle su entusiasmo. ¿Una nueva mesa de billar? ¿Eso te placería, hijo? ¿O tal vez un futbolín tamaño extra grande? Pero parecía que a Hugo aquella reforma le importaba más bien poco. Si su madre hubiera decidido montar un cuartito rosa repleto de *Hello Kittys* y otras bobadas, su semblante no hubiera sufrido ningún cambio. Estaba claro: se había enamorado. Y eso la hacía sumamente feliz. Hugo era guapo, inteligente, y pertenecía a una familia acomodada. Lo único que le faltaba para tenerlo todo era la compañía de una buena chica a su lado. Sus padres nunca le habían visto en compañía de ninguna chica durante el instituto, así que la noticia de una novia sería muy bien recibida en su casa.

—*Espero que durante tu próxima visita traigas a esa chica a casa para presentárnosla. Nos gustaría mucho conocerla* —le había soltado su madre de golpe, sin paños calientes, demostrándole una vez más que el diablo es mucho más sabio por viejo que por diablo.

—Vamos a ir al bar de la esquina a tomar unas birras. —La voz de Lois, del otro lado de la puerta, le apartó de la amodorrante nebulosidad de sus recuerdos—. ¿Te vienes?

Hugo exhaló despacio, vaciando todo el aire de sus pulmones.

—No puedo, tengo que hacer algo importante antes.

CAPÍTULO 6

Después de haberse mensajeado con Clara -y tras leer y releer mil veces sus mensajes-, después de que ella hubiera apagado el teléfono destrozando así todo intento de comunicación posterior, tras comerse la cabeza hasta la saciedad en la intimidad de su cuarto y torturarse con recuerdos en los que siempre aparecía ella, decidió que lo mejor que podía hacer era ir a hablar directamente con Lenny. Sabía que la camarera era su mejor amiga y que tan solo ella sería capaz de arrojar un poco de luz sobre lo que en verdad sucedía. Algo sucedía con Clara. Cierto que era una persona peculiar y de eso no le cabía la menor duda a esas alturas; pero había algo en ella tan extraño y desconcertante que sin duda debía tratarse de la antesala de algo más.

Clara era preciosa, aunque estaba claro que ni siquiera era consciente de su propia belleza. Adoraba su larga melena castaña, despeinada a todas horas, cayéndole sobre el rostro en lacios mechones. Algo que debía resultarle muy práctico a la hora de tratar de ocultarse del resto de la humanidad. Adoraba sus perfectas cejas oscuras, su nariz diminuta y respingona, sus labios pequeños y carnosos y esa silueta etérea y casi sin curvas. ¡Le gustaba todo de ella! Su forma de caminar con esos sempiternos andares cansinos y patizambos, sus vaqueros rotos, sus *converse* negras y sus camisetas amplias. Le gustaba. Y mucho. Y ahora que por fin se había decidido a acercarse a ella, no iba a tolerar que le obligaran a retroceder sin un motivo aparente.

“Aléjate de mí”.

“Olvídame”.

¿Por qué?

Tras pasar la última media hora hablando con la camarera rubia abandonó la cafetería del campus norte con el corazón en un puño y una oleada de rabia e indignación asolándolo por dentro. Lo que Lenny acababa de revelarle le había enervado hasta límites insospechados, convirtiendo la sangre que corría por sus venas en auténtico fuego líquido, y su desesperación, en peligrosas ganas de matar a alguien. ¿Acaso sería posible? ¿Acaso las suposiciones de aquella disparatada camarera podían contener algo de realidad?

De ser así, y no se había cortado un pelo a la hora de echárselo en cara, la rubia mandona era una auténtica cobarde. Si realmente sospechaba que Clara estaba sufriendo malos tratos, debería haber intervenido en lugar de quedarse mirando sin hacer nada, observando de forma pasiva las pruebas que, según ella, eran más que evidentes. ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no había ido a la policía? ¿Por qué no se había puesto en contacto con quien correspondiera a través de esos teléfonos de ayuda contra la violencia de género que publicitan por todas partes? ¡Menuda amiga era en realidad si intuía todo por lo que Clara estaba pasando y se quedaba de brazos cruzados sin hacer nada! Así se lo había dicho, quizás en un tono demasiado brusco y acalorado, pero sin duda a la altura de sus emociones en ese instante.

Lenny se había limitado a inclinar la cabeza, visiblemente avergonzada, y echarse a llorar como una idiota. Por fortuna no había nadie en la cafetería a esas horas, por lo que la camarera pudo desahogarse libremente y él escucharla sin sentirse culpable. Según ella, el novio de Clara era algo parecido a un luchador de la *WWE,* seguramente con tan poco cerebro como civismo, y si Clara no le había abandonado aún, era tan solo porque le tenía un miedo atroz y porque tampoco tenía a donde ir. Estaba sola en el mundo. Sin familia, sin más amigos que ella misma. Las pobres excusas de Lenny se veían prontamente atacadas por los reproches de un alterado Hugo que, sin dejar de mesarse el cabello e intercambiar el peso de un pie a otro, no hacía más que resoplar y mirar desquiciado a todas partes. ¿Que estaba sola? ¡Maldita sea, pues con mayor motivo! ¡Debería haberla ayudado y no hacerle ver que aquel troglodita era su única opción!

—Estoy segura de que Clara no siente nada por él desde hace mucho tiempo —le aseguró. Y él pareció relajarse. Su corazón había recibido una profunda puñalada al enterarse de que Clara tenía novio, pero el terrible hecho de saber que estaba sometida a malos tratos resultaba muy superior a los celos que pudiera sentir. La quería tanto que hubiera aceptado su derrota tras saber que tenía pareja; con todo el dolor de su corazón la hubiera dejado ir. Había llegado tarde y era algo contra lo que no podía luchar. Pero saber que aquel tío le pegaba y que, encima, ella no sentía nada por él más que una enfermiza y dolorosa dependencia, le obligaba a no permanecer indiferente.

Además, había insistido la lluvia llorica, a esas horas ya completamente a merced del caudal de lágrimas que surgía en desbandada de sus ojos y de los temblores que su estado de nerviosismo le provocaba, no había manera humana de ayudar a quien no permitía ser ayudado. Mil veces había intentado abrirle los ojos a su amiga de lo penoso y humillante de su situación, y mil veces Clara había recibido sus consejos con un velo de dolor e incertidumbre nublando sus ojos. Estaba claro que ella quería huir, decía Lenny entre jadeos y sollozos, pero no encontraba la fuerza ni el peso necesario para llevar a cabo semejante decisión y tomar de una vez por todas las riendas de su vida. Por lo visto Lenny ya le había ofrecido su propio piso muchas veces como vía de escape, pero Clara siempre había rechazado su ofrecimiento. Posiblemente, para no involucrar a su amiga en sus propios problemas. Parecía muy típico de ella: sufrir en silencio para no perturbar a los demás.

Hugo se llevó la mano a la cabeza para mesarse el cabello con impaciencia. Aquello no podía estar pasando. Lo había visto cientos de veces en las noticias, pero siempre recibía aquellos sucesos como algo lejano que no podría llegar a afectarle de forma personal. No, hasta ahora, cuando la implicada era la chica que le gustaba. Pero… ¿y él? Ahora que lo sabía, o que al menos era partícipe de las sospechas de Lenny, ¿iba a quedarse de brazos cruzados sin hacer nada? ¿Como un miserable cobarde? ¿Iba a permitir que Clara, *su* Clara, continuara viviendo aquel infierno sin hacer nada por evitarlo? ¡No, por su vida que no! ¡Mataría a aquel hijo de puta si era necesario!

Le preguntó a Lenny la dirección de Clara y, aunque en un principio ella se mostró reacia a dársela, no hizo falta ejercer demasiada presión para que aquella tonta llorosa terminara por escribírsela en una servilleta. Por fortuna, la culpabilidad y los cargos de conciencia resultaban a menudo los mejores aliados.

La calle Pelamios no quedaba demasiado lejos, de hecho Clara hacía ese recorrido a pie cada día, pero Lenny le advirtió que Álex, así parecía llamarse aquel cretino, trabajaba esa semana de turno de mañanas en el *C.H.U.S.* por lo que llegaría a casa pasadas las dos, como mucho a las dos y media. Miró el reloj. Acababa de dar la una. No tenía mucho tiempo.

El edificio *Amanecer* era de los más antiguos de aquella calle, y sin duda, una construcción nada acorde con lo que rezaba su nombre. Más bien deberían haberlo bautizado *Ocaso, Eclipse* o siendo sinceros, *Catástrofe nuclear.*

Se trataba de una mole rectangular de tres plantas, líneas rectas y pasadas de moda, revestida completamente con pequeños azulejos color chocolate y separada de la calle principal por una pequeña valla de forja que pretendía resguardar una franja, de no más de cuatro pies de ancho, a modo de jardín. El portal era diminuto y de decoración ochentera, su endeble puerta de aluminio permanecía sin cerradura, por lo tanto, abierta de par en par. Ni siquiera había ascensor. Meneó la cabeza y empezó a subir de dos en dos las feas escaleras de terrazo que le separaban del segundo piso. No estaba allí precisamente para analizar el penoso diseño de aquella construcción ni para perder el tiempo echando de menos un estúpido ascensor, si no para intentar averiguar si había algo de cierto en las suposiciones de Lenny y, en caso de que fueran verdad, arrancar de allí a Clara de inmediato. ¡Por su vida que si todo lo que Lenny decía era verdad, no iba a consentir que Clara permaneciera en aquel piso un solo día más!

Una vez hubo llegado a la segunda planta buscó con desesperación la puerta correspondiente. No le quedaba demasiado

tiempo así que no podía permitirse perderlo.

Clara permanecía envuelta en su enorme bata de casa de franela color gris, moteada de topos blancos. El cinturón le daba dos vueltas alrededor de la cintura y las mangas le quedaban enormes, pero era un recuerdo de su madre, además de resultar un tejido muy amoroso, por lo que no tenía la menor intención de prescindir de ella. Un ligero movimiento del otro lado de la puerta la sobresaltó. Miró el reloj de la cocina. Las dos menos cuarto. No podía tratarse de Álex. El corazón dio un brinco en su pecho, en realidad un triple salto mortal, aunque no a causa de la alegría que tal posibilidad pudiera proporcionarle. Brincó de miedo, de angustia, de desesperación. Se abrazó a sí misma y esperó. Que fuera lo que Dios quisiera.

Ningún sonido de llaves. Nada. Tan solo un inesperado y breve repique en la madera. No pudo evitar dar un respingo.

—Clara, ¿estás ahí? —escuchó, parecía casi un cuchicheo. Quien estuviera del otro lado debía estar hablando con la cara pegada completamente a la puerta.

Ella no contestó. Se limitó a abrazarse más fuerte y esperar. Quien fuera, acabaría marchándose.

—Clara, ¡soy Hugo! —Jadeó sorprendida. ¿Hugo? ¿Qué demonios…? Se mordió el labio inferior. ¡Lenny! Si aquella bruja le había dado ya su número de teléfono, ¿por qué demonios no iba a darle hasta su dirección? ¡Maldita idiota! Tendría que hablar con ella seriamente más tarde.

Se acercó a la puerta y, apoyando ambas manos sobre la madera, empezó a hablar apenas en un susurro.

—Hugo, no puedes estar aquí. ¡Vete!

—No me iré sin saber si estás bien.

Ella se mordió más fuerte el labio y frunció el ceño, desesperada. El corazón parecía a punto de volverse loco en su pecho.

—Ya te he dicho que estoy bien, ¡ahora vete!

—Pues va a ser que no te creo.

"¡Mierda!"

Clara apretó los dientes hasta que le dolieron las sienes. Miró el reloj. Álex estaba a punto de llegar. La mataría, los mataría a los dos si

se encontraba con ese panorama en su propia puerta.

—Hugo, agradezco mucho tu preocupación, pero ahora debes irte, te lo pido por favor, —y su voz sonaba, en verdad, desesperada —, mañana nos vemos en la facultad.

—No voy a esperar a mañana. No, sin saber por qué no has ido hoy a clase.

"¡Maldito cabezota! ¡Adorable cabezota!".

—Te he dicho que no me encontraba bien, por favor… ¡vete ya! —sintió ganas de llorar. Por muchas cosas: por estar mintiéndole, por miedo a lo que podría pasar, y pasaría, si Álex aparecía en ese instante; por las ganas que, íntimamente, tenía de abrirle la puerta y darle un abrazo, y dejarse abrazar; y por su impotencia, su cobardía y su imposibilidad para llevarlo a cabo.

—No te creo. Te tiembla la voz.

¡Toda ella temblaba en realidad! El corazón latía como un desquiciado, las tripas se retorcían en imparables contorsiones, las rodillas se entrechocaban, la garganta permanecía seca…

— No soy la mejor opción, Hugo, me temo que estás eligiendo mal —murmuró para sí misma, pero él la escuchó.

—¿Por qué? ¿Por ese tal Álex? —Clara se cuadró sorprendida y aterrada. ¿Qué sabía? ¿Cuánto sabía? Apoyó la frente contra la puerta y cerró los ojos, apretando los párpados con toda la fuerza posible.

—¿Y si te digo que no me importa?

—Te respondería que te equivocas —respondió apenas en un susurro.

—¡Entonces voy a vivir equivocado el resto de mi vida porque lo único que me importa eres tú!

Una lágrima solitaria descendió por la mejilla de Clara para morir en el borde tembloroso de su sonrisa. Inhaló fuerte por la nariz y, apoyando la mejilla contra la puerta, continuó sonriendo. Tenía la garganta seca y el corazón a punto de infarto, pero escuchar sus palabras le aligeró la carga que debía soportar, aunque al final no fueran a servir de nada.

—Tengo novio. Olvídalo, olvídame…

—He hablado con Lenny, Clara, sé muchas cosas. Más de las que

me hubiera gustado conocer, en realidad.

—Álex está a punto de llegar —murmuró, casi para sí misma.

—¡Perfecto, que venga! Si es verdad lo que he oído, me gustaría decirle cuatro cositas. Y de paso, partirle la cara.

Sus ojos se abrieron como platos y, en un acto reflejo, se llevó los dedos a su propio labio herido, todavía hinchado y dolorido.

—¡No, no, no, vete ya! ¡Te lo pido, te lo suplico!

—No voy a consentir que nadie te haga daño, Clara…

Ella se llevó las manos a la boca para ahogar un sollozo. Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos como si no hubiera un mañana. ¿Acaso no se habían secado aún después de lo del día anterior?

—¡Si de verdad te importo, vete! —jadeó entre sollozos—, y te prometo que mañana hablaremos. Te lo prometo.

Silencio. Se llevó la mano a los labios y mordió los dedos desesperada. El tic tac del reloj de la cocina sonaba cada vez más fuerte, como una funesta amenaza *in crescendo.*

—No quiero que nadie te lastime. ¡No voy a permitir que nadie te lastime! —le seguía susurrando pero su voz subía una octava a cada palabra—. ¡Y me importa una mierda que ese tío mida dos metros y sea grande como un toro, porque como vuelva a tocarte juro que le arrancaré la cabeza!

Aquello ya era demasiado. Clara inhaló una gran bocanada de aire, que tuvo que soltar de inmediato, tal era la ansiedad que sentía y la incapacidad de su cuerpo para retenerlo dentro. Se encontraba a punto de desmayo, de infarto, de embolia… ¡de cualquier cosa capaz de acabar con su vida!

—Mañana hablamos de lo que quieras, todo el tiempo que quieras, te lo prometo —susurró contra la puerta, acariciando la madera como si fuera el propio Hugo el que estuviera enfrente.

Silencio. Clara no podía saber que, del otro lado, Hugo se mesaba el cabello con desesperación mientras exhalaba profundamente por la nariz e intercambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—¿Me contarás la verdad?

—Lo prometo.

“¿De verdad lo haría? ¿Sería capaz de hacerlo? ¿O se trataba solo de una torpe excusa para conseguir que se marchara?”.

—¿Estarás bien?

Clara asintió, sin darse cuenta de que él no la podía ver. Cuando al fin se percató de su despiste, habló a media voz, adornando sus palabras con una sonrisa tímida.

—Lo estaré, si te vas.

—Tienes mi teléfono. Llámame si me necesitas y estaré aquí en un momento.

—Sí.

—¿Lo prometes?

—¡Vete ya, por favor!

—Contaré las horas hasta mañana.

“Para mí no existirá nada más que mañana”.

—Y que sepas que no estás sola. Ya nunca más lo estarás.

En el portal se cruzó con un tío con pinta de chulo de gimnasio que se le quedó mirando de arriba abajo. Es más, una vez se hubieron rebasado mutuamente, el musculitos se volvió para escrutarlo con descaro. Hugo permaneció impasible y soportó el escrutinio con dignidad, haciendo él otro tanto de lo mismo con el simple propósito de molestarlo, conteniendo a duras penas las ganas de lanzarse directo a su yugular.

¿Sería aquel imbécil el novio de Clara? ¿Aquel el orangután que, según Lenny, le pegaba? Siendo así no le extrañaba que se sintiera intimidada. Y aterrada, porque hasta a él le ponía los pelos de punta. Había algo en su presencia, algo tan funesto y tan negro, que hasta le pareció normal sentir aquel escalofrío en su columna sacudiéndolo de arriba abajo.

Apretó la mandíbula hasta que los dientes rechinaron y, tan solo gracias a la intervención de algún elemento divino que inmovilizó sus pies y apacentó sus ansias homicidas, permaneció quieto donde

estaba, limitándose a retar a aquel cretino con la mirada.

Al cabo de unos segundos se obligó a pasar de él y salir de allí tan rápido como pudieron moverse sus pies, con tal de no volverse y emprenderla a golpes con él, tal y como estaba deseando hacer en realidad. Cierto que le doblaba en dimensiones, que sin duda estaba atiborrado de hormonas y a saber qué otras mierdas, pero de tanta rabia como acumulaba en su interior, estaba seguro de que aquel imbécil no iba a salir de la refriega sin lo que él quería, y podría darle.

Una vez en la calle se obligó a abandonar el lugar a la carrera. No por miedo, si no por desesperación. Corrió como un demente, apretando los dientes hasta hacerles rechinar e inhalando por la nariz hasta que el oxígeno hirió sus fosas nasales. Sentía una bola de fuego en la boca del estómago, apretando, agobiando, quemando. Se sentía al límite. La rabia, la frustración, una ira insondable y un ineludible instinto homicida se agolpaban en su interior provocando un frenesí de emociones. Necesitaba gritar, golpear algo, desahogarse de cualquier forma posible…

Por un lado sentía unas ganas terribles de volver sobre sus pasos y desahogarse con aquel hijo de perra, era la mejor opción que se le pasaba por la cabeza; podría romperle la crisma, patearlo hasta que le dolieran las articulaciones, vencer con él toda esa rabia que borboteaba en su interior y dejarlo incapacitado para seguir maltratando a una mujer indefensa. ¡Maldito cobarde! ¿Qué había de meritorio o valeroso en algo así? ¿Pegarle le hacía sentirse mejor? ¿Le hacía sentirse más hombre? ¡Maldito hijo de puta!

Pero por otro estaba ese fino hilillo que separa la cordura de la demencia y que le gritaba desde el interior de su cabeza que no podía rebajarse a su nivel. Sería un golpe terrible para Clara; sería como demostrarle que no existía diferencia alguna entre él y aquel estúpido cavernícola de Álex. ¡Y por su vida que no se parecían en nada! Él jamás se atrevería a tocarla no siendo para ofrecerle una caricia. Ante este último pensamiento varias lágrimas fruto de una ira incontenible acudieron a empañar sus ojos. ¡Dios, no concebía cómo podía existir alguien capaz de mancillar bajo su mano a una criatura tan frágil y delicada como Clara!

Apretó el paso, desesperado, esquivando a duras penas a los escasos transeúntes que haraganeaban por la calle. No podía más; el alma se le escapaba por momentos, diluida en los peligrosos vapores de la ira. Una vez se hubo encontrado lo suficientemente lejos del edificio *Amanecer*, detuvo su carrera de golpe. Como si de pronto hubiera chocado de frente contra un potente muro de hormigón. Se inclinó sobre sí mismo para recuperar el aliento, apoyando ambas manos sobre las rodillas, cerró los ojos y dejó que el acelerado latido de su corazón lo invadiera todo. Temblaba. Todo él temblaba como una vara verde. Eran tantas y tan turbias las emociones que bullían en su interior que difícilmente se sentía capaz de guardarlas a buen recaudo. Se enderezó muy despacio sintiendo que necesitaba liberar toda aquella energía acumulada o, de lo contrario, corría serio peligro de explotar. Inhaló y exhaló un par de veces con furia y una urgente necesidad, tratando de renovarse por dentro, de oxigenarse, de purificar los malos pensamientos que lo embargaban.

A escasa distancia, a su derecha, divisó una pequeña zona verde, desierta a esas horas. Se dirigió allí con los pasos decididos de un demente y una rabia mortífera refulgiendo en sus pupilas. Una vez en el lugar, la emprendió a patadas y puñetazos con los bancos de madera y los troncos de los árboles, testigos impasibles de su necesario desahogo. Si aquel hijo de perra hubiera aparecido en aquel momento, ni el mismísimo Dios hubiera sido capaz de frenarlo.

CAPÍTULO 7

El entrechocar de las llaves en la cerradura resultó atronador, pero nunca tanto como el portazo que llegó a continuación.

Clara lo vio atravesar el vestíbulo como un energúmeno. Caminaba con los brazos ligeramente separados del cuerpo, los hombros inclinados hacia delante, la mandíbula apretada, las fosas nasales dilatadas y los ojos reducidos a una finísima línea transversal bajo la temible sombra de su ceño fruncido. Si hubiera sido verde y ella se encontrara de mejor humor, podría haberlo comparado con *El Increíble Hulk*.

De forma instintiva se apretó contra la pared. Una punzada de intuición cruzó por su cabeza con la rapidez de un rayo. ¡Hugo! Y entonces todo empezó a cobrar sentido. Y entonces el miedo que invadió sus entrañas pasó a ser atroz.

—¿Por qué no estás vestida? —rugió, y su voz imitó el sonido gutural y sobrecogedor del trueno.

—¿Qué…? ¿Por qué…? —No podía hablar. Era como si la lengua se le hubiera agarrotado, al igual que el resto del cuerpo, y ya no sabía hacer otra cosa más que temblar, resollar y estremecerse—. ¿Qué pasa…?

—¿Por qué cojones estás en pijama? —pregunto colérico, apuñalando con un dedo su hombro, tan fuerte que Clara acabó casi literalmente empotrada contra la pared. Dolía. Le estaba haciendo daño. ¡Y solo con un dedo!— ¿Has estado follando con otro en mi cama, zorra? ¿Es eso? —La expresión de horror en su cara no se hizo esperar y contrastaba vivamente con la furia que despedían los ojos de Álex—. ¿Así es como me pagas todo lo que hago por ti? ¿Tirándote a otro en mi propia casa?

Clara empezó a sollozar a viva voz. Sabía lo que se le venía encima y esta vez no estaba segura de poder soportarlo. Álex la agarró

con fuerza por un brazo y tiró de ella, lanzándola directamente al suelo, como si fuera un despojo humano. Su cara, al mirarla, reflejaba un odio profundo capaz de sobrecoger a cualquiera. Una vez en el suelo, se hizo un ovillo de forma instintiva. Había sido un acto reflejo, puro instinto de supervivencia. Y desde luego tremendamente acertado, teniendo en cuenta la lluvia de patadas que cayeron a continuación sobre su cuerpo.

—¡Eres una maldita desagradecida! ¡No te mereces ni el aire que te permito respirar!

Agarrado a la encimera con ambas manos, Álex cogía impulso para descargar su bota sobre Clara, sin importarle si los golpes caían sobre su rostro, su espalda o sobre su estómago. Parecía haberse vuelto completamente loco.

—¡No voy a consentir que me dejes en ridículo, maldita puta, antes te mato! ¿Me oyes? ¡Te mato!

Clara ni siquiera se podía mover. Se sentía dolorida y rota por dentro. Apenas podía respirar sin que un dolor lacerante atravesara sus costillas. Y ni siquiera se atrevía a apartar los brazos y abrir los ojos por temor a que una de las patadas le alcanzara en el rostro. Tan solo podía pensar en su cabeza: *"que acabe ya, por favor, que acabe ya…"*

Una vez se hubo cansado de golpearla, y solo entonces, Álex frenó la descarga letal.

—¡Te he cuidado desde la muerte de tus padres porque no tenías ni donde caerte muerta y me dabas pena! ¡Miserable! —empezó a echarle en cara como si aquella realidad justificara sus actos—. De no ser por mí, ¿qué habrías hecho, infeliz? ¿A dónde habrías ido?

Clara gemía en baja voz, procurando que sus sollozos y sus quejidos no sobresalieran por encima del gurruño informe de ropa en el que se había convertido. Las sienes le zumbaban y todo el cuerpo permanecía en un estado de inevitable entumecimiento. Si le hubiera atropellado un dumper, no se hubiera sentido peor ni más rota.

—¡Yo te lo voy a decir! ¡Te habrías muerto de hambre o te habrías metido a puta! —Gritó, y al no advertir reacción alguna por parte de ella, le pateó del nuevo la cadera—. ¡Te he traído conmigo, te

he ofrecido techo y comida, te pago tus malditos estudios! ¿Y qué saco a cambio? ¿Qué me pongas los cuernos con cualquier maldito niñato?

Exasperado, se agachó para agarrarla bruscamente por los brazos y obligarla a encararlo. Ni siquiera sus ojos inyectados en sangre, aterrados e hinchados a causa del llanto, consiguieron persuadirle.

—No voy a consentir que me faltes al respeto, Clara Balboa —siseó a escasa distancia de su rostro. Acto seguido su tono se adornó con falsa amabilidad—. Nada de esto tendría que pasar si te comportaras con gratitud, como una mujer decente y respetuosa con su pareja. Eres una maldita zorra desagradecida, pero yo te haré entrar en cintura —acercándose a ella le espetó un violento beso en los labios, que ella recibió conteniendo el aliento y aplastando las lágrimas bajo los párpados—. Te quiero… y esa es tu única salvación. De lo contrario ya estarías muerta.

Sacando fuerzas de quien sabe dónde, Clara consiguió balbucear entre sollozos:

—Por favor, no me quieras…

Álex la miró con intensidad durante un largo instante para, acto seguido, estallar en sus narices en una grotesca carcajada. Con un brusco empujón la liberó de su agarre, condenándola de nuevo a arrastrarse por el suelo.

—Te querré hasta que te mueras —murmuró a modo de amarga sentencia.

Luego se apartó de ella para mirarla con desprecio.

—Pobre de ti como salgas de casa sin mi consentimiento. ¿Me has oído?

En respuesta, Clara se aovilló hasta reducir su cuerpo a la pose fetal.

Seguramente complacido ante su supremacía y la sumisión que aquella infeliz le mostraba cada día de su miserable existencia, abandonó el piso cerrando tras de sí con un sonoro portazo.

Esa tarde tenía clase y la había perdido por culpa de Álex. Otra falta de asistencia más que sumar a las que ya llevaba acumuladas. Al

final iba a cargarse el curso por su culpa. Iba a tener que ir a los finales por su culpa.

Ahora estaba a punto de anochecer y seguía sin haber ni rastro de él. Era jueves y había fútbol, seguramente se habría ido de bares con sus amigotes y cuando volviera, lo haría borracho perdido. Un estremecimiento repentino la sacudió de arriba abajo. No quería ni pensar lo que podía pasar cuando él regresara en semejante estado.

Se retorció en el sofá intentando encontrar una posición que le permitiera sentirse un poquito más cómoda. Asunto imposible, porque no había ni un solo músculo en todo su cuerpo que no estuviera magullado. Es más, le dolían zonas de su cuerpo que ni siquiera sabía que existían. Hacía un rato, frente al espejo de la habitación, se había desnudado de cuerpo entero para evaluar los daños. Tenía muchos hematomas por todas partes, sobre todo en los muslos y en los brazos, algún que otro también en las nalgas y en la espalda. Replegó los labios al interior de la boca y sollozó. No era la primera vez que vivía aquello, pero ahora más que nunca y sabiendo que existían otras opciones, deseaba que fuera la última.

Pensó en Hugo y en sus palabras de esa mañana. Si supiera lo que Álex le había hecho, ¡todo lo que llevaba haciéndole durante tanto tiempo!, se volvería loco. No quería que le hicieran daño, había dicho, y parecía sincero. Llámame si me necesitas, dijo también, e igualmente le había parecido sincero.

Dudó mucho, en realidad varias horas, casi desde que Álex abandonara el piso a las dos y no apareciera ya en toda la tarde. Cuando finalmente se decidió y cogió el teléfono, los dedos le temblaban.

—*Soy una idiota, pero no he podido evitarlo* —tecleó, notando las amargas lágrimas que ya se formaban en los ojos.

De forma sorprendente, la respuesta no se hizo esperar. Lo que resultaba reconfortante. Necesitar a alguien, anhelar contar con él y tenerlo ahí en el acto, era algo a lo que no estaba acostumbrada. Algo maravilloso.

—*¿Qué es lo que no has podido evitar? ¿Qué ha pasado?* —Hugo se despabiló de golpe del letargo amodorrante en el que se había sumido

nada más llegar a casa. Había optado por dormir para desplazar su rabia a un segundo plano.

—*Estaba pensando en ti y no he podido evitar escribirte. Lo siento.*

Las lágrimas empezaron a brotar, imparables.

—*¿Por qué lo sientes? Me gusta que lo hagas. Yo pienso en ti a todas horas* —leyó, dejando que una breve sonrisa aflorara entre las lágrimas. Y el corazón, de nuevo, volvió a latir. Llevaba horas aletargado, pateado y dolorido. Como todo su cuerpo.

Sin embargo no era justo para él. Por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, Hugo se había fijado en ella sin saber el lastre que llevaba tiempo arrastrando, ni el tipo de problemas a los que se enfrentaba. Ahora que lo sabía, o que al menos lo intuía, no podía proclamarlo su paladín y pretender que la salvara sin darle opción de elegir. Sus palabras, escritas desde la más oscura tristeza, lejos de desanimarlo, le hacían hervir la sangre; y un atisbo de esperanza creció en su interior. ¿Y si realmente quería luchar por ella? ¿Y si realmente podía salvarla?

—*Clara, si fueras mía te lo demostraría cada minuto de cada día. Es más, voy a luchar por hacerlo posible.*

Aquellas palabras entraron en su alma como un soplo de aire fresco. Cerró los ojos y se dedicó a saborearlas con calma, deleitándose con el significado que encerraban, con el inmenso placer que a ella le reportaban. Tal vez había llegado el momento de abrir los ojos, de plantearse una nueva vida, de vencer los negros demonios del miedo que durante tanto tiempo la habían torturado, dejar atrás un pasado y un presente horrible y mirar hacia el futuro con esperanza. Porque tenía derecho a ser feliz y a soñar con un amor verdadero. Y porque Hugo parecía la persona adecuada para hacerlo. Estaba convencida de ello. Ya era hora de dejar de esconderse, ya era hora de sacar la cabeza del agujero y plantearse la posibilidad de un mañana. Hugo era su tabla de salvación. E iba a agarrarlo con toda la fuerza de que fuera capaz.

Por toda respuesta, le envió el emoticono de un enorme corazón palpitante.

Después de recibir el último mensaje de Clara, Hugo se lanzó literalmente de la cama. Se echó por encima la cazadora de cuero y abandonó la habitación con una firme determinación en mente. Quería verla. Necesitaba verla.

Era noche cerrada, pero eso no frenó para nada su imperiosa necesidad. Es más, la caída de la noche la volvía más vulnerable a sus ojos y acuciaba su latente instinto de protección. Los peores monstruos, pensó rememorando en su cabeza la imagen de aquel musculitos, muestran sus dientes por la noche. Aunque en el caso de la pobre Clara, encerrada entre aquellas cuatro paredes, su monstruo particular estaba a su lado a todas horas.

Eran más de las nueve cuando Clara percibió ruido del otro lado de la puerta. En un primer momento se tensó, pensando que podría ser Álex intentando entrar en casa. Y teniendo en cuenta las horas que llevaba fuera, su animosidad hacia la bebida y el hecho de que era jueves, día de fútbol y juerga por antonomasia, estaba segura de que regresaría bastante perjudicado. Lo que, por desgracia, aumentaba sus posibilidades de sufrir un nuevo percance. Y tal y como tenía el cuerpo a esas alturas, dolorido, entumecido y lleno de cardenales, no se veía con ánimo de soportarlo.

Pero no escuchó sonido alguno de llaves, ni ningún juramento del otro lado, así que cabía la posibilidad de que quizás, con un poco de suerte, no fuera él. Quizás podría retrasar su Infierno un poquito más.

—Clara… —escuchó un susurro del otro lado. Reconoció la voz de inmediato.

—¿Lenny? ¿Qué haces aquí? No deberías estar aquí.

Y era cierto. Álex no la soportaba, como tampoco soportaría su presencia en aquel rellano. Si además regresaba borracho como una cuba, no solo Clara correría peligro esa vez. Y era algo que no estaba dispuesta a permitir. Nadie debía sufrir por su culpa.

—Vete de una vez, Álex pude volver en cualquier momento.

—No va a volver —dijo la otra tan tranquila. Y Clara se envaró —, al menos no por el momento. Acabo de verlo en el pub de Carlos, cantando los goles como un imbécil y borracho como una cuba.

Clara suspiró resignada. Y horrorizada. Quizás aquella noche acabara siendo movidita, muy a su pesar.

—Ábreme, anda, que aquí hace un frío del carajo.

Clara se llevó la mano a los párpados, tratando de apartar de sí todo el cansancio acumulado durante horas. Acto seguido meneó la cabeza con resignación.

—No puedo. Se ha llevado mis llaves —admitió con vergüenza.

— ¿Te ha dejado encerrada? —jadeó—. ¿Mientras él se va por ahí? ¡Qué hijo de puta!

—Ya ves, esta es mi vida —dijo, y al instante se dio cuenta de que no solo lo había pensado, sino que lo había dicho en voz alta.

“¡Maldita sea!”.

—No sé que le viste a ese retrasado hinchado de hormonas.

Clara esbozó una sonrisa y se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la puerta. Por el sonido que se escuchó del otro lado, percibió que Lenny acababa de hacer otro tanto.

—Ya lo sabes, yo era muy joven, me sentía sola y perdida tras lo de mis padres.

—Ya —respondió Lenny—, y él era el tío bueno del insti. No digas más. Esa historia me la conozco. Pero ¿siempre ha sido tan cabrón? Porque de ser así, cariño, te juro que no lo entiendo.

Clara perdió la mirada en el infinito. No siempre había sido así, por supuesto que no. Aunque jamás había dejado de ser un tipo controlador y posesivo hasta el extremo y un celoso sin fundamento. No había fin de semana que no le montara algún pollo en la disco o que no acabaran discutiendo por los modelitos que ella escogía para salir y que, desde luego, eran lo suficientemente recatados para una chica de dieciséis años. Al final, tan solo por no oírle y evitar discusiones innecesarias, Clara había optado por descartar las minifaldas y los escotes de su armario de forma definitiva para centrarse en los vaqueros y las camisetas amplias. Ese había sido sin duda su primer fallo: su primera claudicación, concediéndole a él su

primera gran victoria.

Hasta hacía poco, las discusiones entre ellos se habían limitado a ataques verbales, en ocasiones bastante crueles y subidos de tono, ofensivos y violentos, pero ataques verbales al fin y al cabo. Hacía tan solo unos cuantos meses que él había llegado a las manos. Al principio había sido solo una bofetada, algo inesperado que no dejó de sorprenderla. Ella le restó importancia. Quizás se tratara de un hecho aislado debido a que esa primera noche en particular Álex se había pasado con las cervezas. Pero muy pronto a aquella primera bofetada le siguió otra, y luego otra más, hasta que acabaron por convertirse en algo habitual cada vez que discutían. Después vinieron las patadas, los puñetazos, los empujones y toda la vorágine de violencia que se desataba ahora cada dos por tres. Si ella hubiera tenido familia, alguien en quien escudarse, un agujero en el que esconderse, no lo habría soportado. Pero no tenía a donde ir ni valor para enfrentarlo.

Hasta que apareció Hugo.

—¿Clara?

—¿Mmmm? —se había olvidado de Lenny, tan ensimismada como estaba en la nebulosa de sus recuerdos.

—Hugo va en serio —dijo de pronto—. No va a dejarlo estar. Luchará por ti.

Parpadeó con nerviosismo. ¡Eso le recordó…!

—Gracias por darle mi número y mi dirección. ¿En qué diablos estabas pensando?

—¡Pues en ti, idiota, y en que mereces ser feliz! —dió un respingo, sorprendida por la vehemencia de Lenny—. ¿O acaso crees que no me doy cuenta de que no lo eres?

A veces le gustaría estrangularla y otras veces se la comería a besos.

—Apareció en la cafetería —continuó, recordando el mal trago que había pasado y la enorme culpabilidad que pesaba sobre sus hombros desde entonces—, y no dejó de hacer preguntas. Parecía haberse vuelto loco de repente; no sé lo que habréis hablado, Clara, pero ese tío estaba que se lo llevaban los demonios. Al final tuve que hablarle de Álex y de todo lo que pienso de él.

Clara suspiró, hundiendo la cabeza entre las manos.

—No debiste hacerlo.

Lenny dejó que todo el horrible peso de pensamientos, conciencia y culpabilidad que sobrecargaba su cabeza descansara también entre sus manos y en semejante pose apretó con fuerza hasta que le dolieron las sienes. Siempre había deseado ayudar a Clara, apartarla de aquel cavernario indigestado de anabolizantes, pero ni Clara se había dejado ayudar -como bien le dijo a Hugo en su momento-, ni ella porfió demasiado en realidad por inmiscuirse en aquella corrosiva relación. Sabía que tales alegatos no servían como justificación a su cobardía, y eso la mortificaba. Había tenido que aparecer en sus vidas un tío decidido como Hugo para hacerle entender lo cobarde que ella misma había sido durante todos esos años. Tan cobarde o más que la propia Clara, ya que al menos ella contaba con el pretexto de que el miedo a las agresiones la mantuvieran paralizada. Pero… ¿y ella?

—Tal vez no, pero es la única forma de acabar con esto de una vez.

—Tengo miedo, Lenny…

Lenny se envaró. Estaba claro que lo tenía, o de lo contrario, no habría soportado a aquel estúpido ni un solo día. Y llevaba ya tres años.

—Lo sé cariño, pero debes dejarte ayudar. Queremos ayudarte.

—No me entiendes. Tengo miedo de volcarme demasiado en Hugo y pretender convertirlo en mi salvador cuando apenas le conozco. Por más maravilloso que pueda aparentar ser, en realidad es poco más que un extraño.

Y tras decir esto dejó escapar un suspiro. Del otro lado de la puerta, Lenny replegó los labios e inhaló por la nariz.

—Yo creo que es un buen tipo. Y creo que él puede ayudarte.

—Pero, ¿no fue ese el mismo error que cometí con Álex? ¿Acaso no me refugié también en él cuando me sentía sola y desesperada? Y no quiero actuar a la desesperada, no quiero repetir el mismo patrón y saltar de la sartén al fuego.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Lenny—. ¡No les compares!

¡Hugo no tiene nada que ver con Álex! Tu celador siempre ha sido obsesivo, celoso, dominante y posesivo. A mí nunca ha conseguido engañarme. Ya en el instituto tenía mala mirada el muy… —se obligó a silenciarse por respeto a su amiga—. Yo creo que los sentimientos de Hugo son bonitos y sinceros. Está enamorado de ti, le gustas mucho, se le nota a la legua —un ruido del otro lado de la puerta le indicó a Clara que su amiga acababa de levantarse—, mira, está claro que lo ideal sería que te salvaras sola. Tú y solo tú puedes tomar la decisión de ponerle fin a este infierno. Pero ambas sabemos que por desgracia no eres tan fuerte como se necesita para llevarlo a cabo, ¿verdad? o de lo contrario ya lo habrías hecho antes.

Clara asintió de forma automática.

—Las dos sabemos que mal que nos pese, tú sola no conseguirás salvarte. Yo poco puedo hacer. Ofrecerte mi piso, si acaso, aunque ambas sabemos que Álex tardaría menos de medio minuto en presentarse allí —volvió a asentir en silencio—. Por eso deja que sea Hugo el que te dé el empujoncito necesario para romper con todo. Que seas tú la que dé el paso, porque así lo quieres y porque así lo has decidido, tú la que te des cuenta de que este no es el tipo de vida que deseas llevar; pero por Dios, Clara, no veo que hay de malo en que él sea tu estandarte y tu motivación para llevarlo a cabo.

Clara apoyó la coronilla contra la puerta, cerró los ojos y se permitió sonreír. Una tímida lucecita de esperanza parecía iluminar por ver primera el oscuro sendero que conformaba su vida. Quizás, tan solo quizás, la salvación no fuera una posibilidad tan lejana. Y en su mano estaba el acercarla.

—Además, yo creo que está tan pillado que no va a rendirse —ya no quedaba ni rastro de la solemnidad de hacía escasos segundos. Ahora Lenny se expresaba en un claro tono de mofa—. ¿Sabes ese cuadro de Delacroix en el que aparece una mujer medio desnuda guiando a su pueblo? Pues yo creo que Hugo enarbolaría con gusto tu bandera para guiarte hacia la libertad.

Clara esbozó una sonrisa ante las ocurrencias de Lenny. Hugo: torso al aire, bandera en alto y mirada olímpica. Estaba como una auténtica cabra.

CAPÍTULO 8

Un repentino alboroto en el pasillo la despertó de golpe. Parpadeó con nerviosismo tratando de adaptar sus ojos a los claroscuros de la habitación y echó un vistazo rápido a los enormes números rojos del reloj despertador de su mesilla noche que marcaba ya las doce y media. Hacía ya bastante que Lenny se había ido y que ella misma había optado por acostarse y descansar un rato aprovechando que el piso permanecía en silencio. Aprovechando que el diablo estaba fuera.

Reptó por el colchón hasta conseguir ponerse en pie. Encendió la luz y se dirigió al foco de donde surgía aquel repentino estruendo. Mientras avanzaba de puntillas no pudo evitar abrazarse a sí misma para tratar de insuflarse ánimos. No tenía miedo de que se tratara de ningún intruso porque sabía que tenía que tratarse de Álex, lo que en realidad le daba más miedo aún.

—¡Clara! ¿Dónde estás, maldita ramera? —La voz estropajosa que surgió entre las sombras del pasillo le confirmó de inmediato su sospecha. Asustada y temblorosa, se asomó bajo el umbral. Lo que vio a continuación la obligó a insistir en su abrazo mientras apretaba la espalda contra el marco de la puerta.

Álex arrastraba a duras penas su cuerpo y su pérfida alma por aquel estrecho corredor, apoyándose contra las paredes y cruzando los pies, en realidad arrastrándolos a la fuerza como si cada uno de ellos pesara una tonelada. Permanecía doblado sobre sí mismo y ni siquiera era capaz de levantar la cabeza para mirar al frente. Una apestosa vaharada a alcohol y a marihuana llegó en volandas hasta Clara, obligándola a llevarse la mano a la nariz para evitar aquel nauseabundo aroma. También pudo apreciar diversos lamparones de

vómito sobre su camiseta. Estaba claro que Álex, a pesar de su corpulencia, no toleraba nada bien los excesos. Aunque a decir verdad y a juzgar por el olor que arrastraba a su paso, parecía que aquella noche él solito se hubiera bebido un par de barriles de cerveza y fumado todo un invernadero.

—¡Clara, sal de tu escondite, puta del demonio! —seguía bramando desde su horrible ebriedad, aunque estaba claro que ni siquiera se había percatado de su presencia bajo el umbral—. ¡Ven aquí, que te voy a echar el mejor polvo de tu vida!

Se estremeció, aunque no se movió ni un ápice. Desde que ella se apostara bajo el umbral Álex no había avanzado ni un par de centímetros. Es más, no hacía más que balancearse sobre su precaria estructura, como uno de esos tentetiesos con los que juegan los niños pequeños. Ora adelante, ora atrás, siempre a punto de caerse de bruces en cada balanceo. Desde su posición pudo comprobar que tenía los ojos cerrados y que se esforzaba por respirar por la boca, lo que le obligaba a resollar y le provocaba nuevas arcadas.

—¡Clara, sal de tu escondite o te juro…!

La frase quedó suspendida entre las sombras, pues justo en ese instante Álex pretendió dar un paso al frente y acabó por caer en medio del pasillo, como un peso muerto, cuan largo era. Debido a la estrechez del mismo, durante la caída se golpeó la frente contra una de las paredes revestidas de gotelé, provocándose un pequeño corte sangrante y un inminente chichón. No dijo ni un *¡ay!* Caer y quedarse quieto fue todo uno. Clara se acercó a él con desconfianza y le tocó en el hombro con la punta del pie. El ronquido que soltó en ese mismo instante le confirmó que seguía con vida y que a esas alturas dormía la mona como un borracho cualquiera. Y, teniendo en cuenta que al día siguiente empezaba con el turno de tardes, seguramente seguiría durmiéndola hasta bien entrado el mediodía. Se inclinó sobre él para sujetarle por el pelo y levantarle la cabeza hacia atrás, exponiendo su rostro a la escasa luz del pasillo. El fuerte olor a alcohol que llegó hasta ella le provocó una arcada, que tuvo que reprimir volviendo la cabeza a un lado y cerrando los ojos. Segundos después se obligó a armarse de arrojo e insistir en su examen visual. El corte de la frente

sangraba bastante, pero no era muy profundo. Ni siquiera necesitaría puntos. Nada que no se pudiera solucionar con un ibuprofeno al día siguiente. En cuanto al chichón, cada vez se volvía más hinchado, morado y evidente, pero tampoco parecía tan trágico. Había tenido suerte, todos los monstruos parecían tenerla. Replegó los labios al interior de la boca y abrió los dedos muy despacio, provocando que la cabeza volviera de nuevo al suelo. Él ni siquiera reaccionó sino que siguió respirando trabajosamente sumido en los poderosos e inmovilizantes vapores del alcohol. Hubo un tiempo en el que adoraba besar y acariciar aquel rostro. Ahora, completamente a su merced, colorado, demacrado e hinchado a causa del alcohol, solo conseguía inspirarle un rabioso deseo de descargar contra él toda la frustración acumulada. Tendría que conformarse, no obstante, con la visión de aquel corte y con el amoratado chichón. Torció los labios en una sonrisa amarga. No estaba de más que por una vez aquel monstruo probara un poquito de su propia medicina, aunque fuera el alcohol, y no ella, quien se la diera a probar. Se inclinó sobre su cuerpo y, tras rebuscar en los bolsillos de sus vaqueros, recuperó sus llaves. Podría haberle tapado, haber protegido su cuerpo, ahora caliente a causa del alcohol, de las bajas temperaturas que se vendrían en la madrugada…

Meneó la cabeza desechando de inmediato la idea. Con el llavero en su poder, voló hacia la habitación y cerró la puerta con llave. Estaba convencida de que esa noche Álex no iba a suponer ningún peligro dado su estado de embriaguez, pero se sentía más segura interponiendo un cerrojo entre los dos. ¡Ojalá pudiera interponer el mundo entero! Al día siguiente acudiría a clase y, teniendo en cuenta el cambio de turno de Álex, con un poco de suerte no le vería hasta la noche. Una sonrisa ensanchó su rostro. Ese era un plan fabuloso y muy apetecible.

Antes de meterse en la cama y en un gesto tan cotidiano como ritual, se acercó a la ventana para mirar al exterior. Y entonces lo vio. El corazón dio un vuelco en su pecho, latiendo despacio y saltándose muy probablemente más latidos de los necesarios, vaciló un instante y luego reanudó su ritmo a una velocidad de vértigo. Hugo permanecía de pie en la acera de enfrente. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí,

pero seguro que el suficiente para ver entrar a Álex.

Clara se llevó la mano al pecho mientras contenía un jadeo. Por un momento le vio desviar la mirada hacia su mano para, de inmediato, volver a fijarla en su ventana. Y un brutal estremecimiento la sacudió de arriba abajo ante el penetrante poder de su mirada y ante su imposibilidad de sucumbir a ella. No pudo evitar morderse el labio inferior. Estaba tan guapo con su cazadora corta de cuero y aquellos vaqueros rotos… El hecho de que desviara la mirada de su cuerpo obedecía tan solo a la inevitable atracción que ejercía su atractivo rostro, asomando bajo un cabello despeinado.

Una sonora vibración sobre la mesilla de noche la distrajo. Moviéndose lo justo para no descoser su mirada de la mirada inamovible de Hugo, se apoderó del teléfono móvil. El mensaje de whatsapp llenó la pantalla.

—Le he visto entrar, ¿estás bien?

Clara le miró directamente y asintió, como si en vez de un mensaje escrito, Hugo se lo hubiera preguntado con palabras, mirándola a los ojos, como hacía ahora. Una sonrisa de alivio asomó a los labios de él. Acto seguido volvió a inclinar la cabeza tan solo unos segundos, el tiempo necesario para que el móvil de Clara vibrara en un nuevo mensaje de texto.

—Te prometo que siempre estaré aquí para ti. Cada vez que me busques, cada vez que me necesites estaré ahí para ti.

Paladeó aquellas palabras hasta asumirlas por completo. Nadie le había hecho sentir semejante calidez en el pecho con una simple frase. Nadie había soltado semejante ejército de mariposas en su estómago ni aflojado antes los engranajes de sus rodillas, provocando que se entrechocaran de ese modo. Tragó saliva y procuró obviar el intenso picor detrás de sus párpados. No eran lágrimas de sufrimiento. Esta vez no. Una nueva vibración en el teléfono la obligó a desviar medio segundo su mirada.

—Te quiero.

Jadeó. Su corazón brincó tan fuerte que por un instante temió que acabara por quebrar su esternón y salir al exterior como una víscera completamente independiente. ¿A qué se debían aquellos

triples mortales? ¿A qué, las enrevesadas piruetas que sus tripas obraban dentro de su vientre? Inhaló profundo por la nariz antes de dejar salir el aire muy despacio a través de los labios entreabiertos. ¿La quería? ¿De verdad la quería? ¿Cuánto tiempo se necesita para descubrir que quieres a otra persona? ¡Quién sabe! Diez años no bastan para unos y para otros un solo día es más que suficiente. ¿Y para él? ¿Y para ella? Puede que para el resto del mundo semejante declaración sonara precipitada. No para ella, que necesitaba escuchar algo así como un lagarto necesita la luz del sol para vivir o un pez las burbujas del agua para respirar; no para él, que llevaba queriéndola, adorándola y soñándola en secreto cada día desde el inicio del curso.

Relajó una mano sobre el cristal, procurando que la palma abarcara la silueta de Hugo, sus labios se curvaron en una sonrisa temblorosa y varias lágrimas de felicidad asomaron a sus ojos. Quería a Hugo. Lo sentía en todas y cada una de las fibras de su cuerpo.

—*Dime algo…*

Ella dejó escapar una sonrisa temblorosa, que desembocó al final en una risa amplia y desinhibida. Por toda respuesta, llenó de vaho el cristal y acto seguido dibujó sobre él un corazón enorme. Y era lo que sentía. Porque a esas alturas su corazón ya era completamente suyo; como lo eran también su alma y sus esperanzas.

A Hugo aquello le supo a gloria. La sonrisa que ensanchó su rostro fue prueba más que evidente de ello. Con gesto teatral se llevó las manos al pecho, al lugar donde latía su corazón, para acto seguido simular lanzárselo a la ventana.

"¡Menudo comediante!"

Clara acogió su gesto ahogando una carcajada bajo su mano. Una nueva vibración en el móvil la distrajo otra vez.

—*¡Te quiero, te quiero, te quiero…!*

Una sensación muy grande floreció en su pecho, como esas flores de primavera que permanecen todo el invierno bajo tierra, encerradas en su cebolla y con los primeros rayos de sol, surgen para mostrar al mundo una belleza inimaginable.

¡Qué maravillosamente sonaba y con qué alegría recibía su corazón aquellas palabras!

Cuando devolvió la mirada a la calle, lo vio abrir los brazos en cruz para exponerse completamente ante ella. Y aunque él no dijo nada, fueron sus labios los que magnificaron en silencio las palabras hasta otorgarles más sílabas de las que tenían en realidad:

—*¡T-e- q-u-i-e-r-o!*

Clara se llevó la mano a la boca para silenciar una segunda carcajada. Su corazón zumbaba como un loco aún a riesgo de infartarse. ¿Acaso se podía morir de felicidad? ¿Y qué mejor forma de morir, si no?

Le vio inclinar de nuevo la cabeza.

—*Nos vemos mañana* —no era una pregunta, sino una maravillosa certeza. Clara asintió con rapidez sin dejar de sonreír como una boba. Al fin sus días parecían poseer un nuevo aliciente. El hecho de saber que lo vería de nuevo ya era motivo suficiente como para desear despertar con vida cada mañana.

—*Creo que debería marcharme* —escribió. Ella asintió, se despidió con la mano y él le devolvió el saludo. Pero no se movió del sitio. Al cabo de unos segundos fue ella la que tecleó unas palabras:

—*¿No tenías que irte?* —Adornó su mensaje con un emoticono sonriente.

—*Debería hacerlo. Es muy tarde, mañana hay clase y aquí hace un frío de coj…* —alzó la mirada hacia ella, encogiéndose de hombros a modo de disculpa. Levantó una mano para despedirse mientras adornaba su gesto con una mirada digna de pobre perro apaleado esperando redención.

Clara meneó la cabeza sin poder dejar de sonreír.

"¡Menudo payaso estás hecho!"

—*¡Vete ya!*

Él se llevó una mano al corazón y se lo ofreció en la cuenca de sus manos. Después se inclinó de nuevo sobre el teléfono y tecleó en segundos:

—*Que duermas bien, princesa.*

Clara sonrió y le sopló un beso, que él atrapó en el aire, dando un cómico saltito. Acto seguido se abrió la cazadora y simuló guardarlo en uno de los bolsillos internos. Clara cabeceó sin dejar de

sonreír y solo cuando lo vio alejarse calle arriba, ligeramente inclinado hacia delante, con las manos en los bolsillos de la cazadora y caminado a buen paso bajo la luz anaranjada de las farolas, se recogió al interior de la habitación. Cuando se metió en la cama, apagó la luz y cerró los ojos, se dio cuenta de que había tres cosas de las que estaba completamente segura: primera, tenía que escapar de aquel Infierno, y definitivamente iba a hacerlo. Era su decisión, era su vida, y ella decidía salvarse. Segunda, Hugo la quería y estaba dispuesto a luchar por ella. Y tercera, estaba completa y perdidamente enamorada de él. ¡Era una locura! ¡Lo sabía! Algo típico de cría de instituto chiflada por su primer novio. Sonrió nerviosa y feliz. No era una cría, no era su primer novio, pero estaba enamorada de él.

La tenue luz de un día profundamente oscuro y brumoso la despertó. Había más niebla de lo normal a pesar de tratarse de Santiago, la ciudad de la bruma por excelencia; de hecho el aire parecía impregnado de humo y apenas se podía ver nada más allá de las narices de uno mismo. Jirones blanquecinos pendían de todas partes; de los edificios tristones, de los árboles desgarbados y larguiruchos, de los coches aparcados en batería… parecían trozos de algodón que alguien hubiera dejado cosidos al descuido sobre todas las superficies visibles. Pero a ella aquellos días le gustaban. En su mente fantasiosa le recordaban al Londres victoriano de Jack el destripador. Solo faltaban los carruajes traqueteando sobre un suelo adoquinado y caballeros embozados hasta los ojos para que el conjunto resultara perfecto.

Tras unos segundos de desvarío, se aseó y se vistió a toda prisa, sin albergar el menor deseo de permanecer en aquel piso más tiempo del estrictamente necesario. Una vez hubo terminado y se asomó al pasillo con todo el sigilo que su ánimo precavido y escaldado era capaz de mostrar, la silueta todavía inmóvil de Álex consiguió transmitirle un atisbo de alivio. Aquel tirano permanecía tumbado –o siendo más fieles a la posición: espatarrado-, en el mismo sitio, solo que ahora completamente boca arriba, con la boca abierta, babeando

y roncando como un cerdo. Perfectamente inofensivo. Torció los labios en una mueca. Aquel hombre no resultaría inofensivo ni muerto. Sería capaz de envenenar con su perfidia hasta a los gusanos encargados de devorar su carroña. Pasó por su lado con el cuidado de no hacer ruido, de no tocarle siquiera, con el fin de conseguir al menos que su día, por una vez, empezara bien.

En la cocina devoró una barrita de cereales con chocolate en apenas dos bocados, fiándose del acorde trompeteo que llegaba hasta ella y que le garantizaba que todavía estaba a salvo; cogió su carpeta y salió rápidamente por la puerta. No había tiempo que perder ni quería arriesgarse a sufrir en propias carnes los malos despertares del celador. Porque su mala sangre innata mezclada con la resaca de una noche de fiesta, podía resultar una combinación mortífera. Con un poco de suerte no le vería hasta bien entrada la noche. Más tiempo, si él decidía rematar la jugada saliendo con sus amigotes. Sonrió ante semejante probabilidad.

En la calle el contacto gélido y húmedo de la niebla la abofeteó en un ramalazo paralizante. Resultaba imperativo salvar la distancia que la separaba de la facultad a todo correr con el fin de refugiarse en el calor de la cafetería. Si no se encontraba con ningún obstáculo por el camino que ralentizara sus pasos, podría incluso tomar un café con leche para calentarse por dentro. Esa perspectiva la incentivó a apurar el paso. La niebla era tan densa que, al doblar la esquina, no se percató de la presencia de Hugo hasta que lo tuvo delante y casi choca de bruces con él. Lo que no resultaría ninguna novedad teniendo en cuenta su elevado grado de torpeza descontrolada.

—Hola —dijo con expresión divertida, seguramente sintiéndose muy consciente de haberla pillado desprevenida. El corazón de Clara apenas tuvo tiempo de reaccionar a la altura de la sorpresa inicial, así que se limitó a saltarse un par de latidos. El rostro, a su vez, se apresuró a colorearse para rematar el conjunto.

—Hola —se colocó un mechón por detrás de la oreja en un gesto que reflejaba perfectamente su timidez y toda su esencia, en definitiva.

—¿Todo ha ido bien? Ayer le vi llegar borracho como una cuba,

apenas podía sostenerse en pie…

Clara esbozó una sonrisa trémula. Y de hecho, no se había tenido en pie.

—Ha quedado grogui nada más llegar y, por suerte, así permaneció toda la noche —se encogió de hombros—, de hecho todavía sigue tumbado en medio del pasillo.

Hugo sonrió y su sonrisa fue una prueba más que evidente de su alivio.

—Temí que pudiera hacerte algo —balbuceó de forma atropellada, mirándola con una urgente necesidad reflejada en las pupilas—, hubiera subido y le hubiera partido la cara si lo hubieras necesitado.

—Lo sé —inclinó la cabeza provocando que una cortina de cabello castaño descendiera sobre su rostro. Hugo adelantó una mano para colocarle el pelo por detrás del hombro. La descarga que entonces sacudió a Clara alcanzó dimensiones sobrenaturales—. Pero no quiero que hagas nada de eso, ¿lo entiendes, verdad? —Hugo asintió—. No quiero que te pongas a su altura. Creo que tú no eres así.

—No, no lo soy —aseguró—. Pero tampoco voy a quedarme de brazos cruzados sabiendo que le están haciendo daño a alguien que me importa, y mucho.

Ella solo pudo mirarle y por un instante deseó que los relojes del mundo se pararan para que sus miradas permanecieran cosidas de forma indefinida.

—Creo que aún estamos a viernes y tenemos clase. ¿Me permites que te acompañe? —preguntó con fingida ingenuidad. Clara no pudo evitar sonreír ante la patética representación. Su sonrisa llamó la atención de Hugo por otros motivos más allá de los obvios. Con el dedo pulgar resiguió suavemente la línea sonrosada del labio superior, deteniéndose un segundo sobre la fina costra negruzca y ligeramente hinchada que asomaba desde dentro. Sus ojos negros se achicaron bajo un profundo ceño fruncido. Clara tembló cuando se dio cuenta de la situación—. Malnacido hijo de perra…

Sus ojos se encontraron un eterno segundo y no fue necesario decir nada. Ambos fueron conscientes de las emociones que confluían

en el interior del otro. El brillo funesto en las pupilas de Hugo reflejaba una rabia homicida; las de Clara, un dolor profundo y largamente acumulado, sumados a una resignación lamentable.

—No voy a permitir que te vuelva a poner la mano encima —siseó. Sus ojos brillaban, tal vez por la presencia de lágrimas no derramadas, fruto de la rabia más intensa—. ¡Dios, no puedes esperar que lo haga…!

Clara se sintió sacudir de arriba a abajo, como si una inesperada descarga hubiera entrado por su cabeza y la recorriera entera, para liberarse finalmente a través de sus pies. Un chispazo casi olvidado que solo recordaba a través de la lejana nebulosidad de sus recuerdos: la dulce sacudida del amor.

—Hugo, yo…

Pero Hugo la atrajo hacia él en un abrazo urgente y a la vez desesperado, estrechándola con fuerza entre sus brazos, deseando protegerla para siempre de aquel monstruo y del resto del mundo en realidad. Clara se dejó hacer, inmóvil y cohibida al principio, aunque en seguida reaccionó aferrándose ella misma con fuerza a aquel tablón de salvación surgido en medio de la marejada. Un exquisito aroma y una agradable calidez traspasaron sus sentidos. Cerró los ojos y se dejó embriagar por las sensaciones agradables que aquel abrazo despertaba en ella.

—¿Dónde demonios has estado metida, santo Dios? —gimió Hugo por encima de su cabeza, y se alejó un poco para mirarla fijamente. Clara parpadeó con nerviosismo, devolviéndose a la realidad.

—Esperando a alguien como tú.

Fue todo lo que tuvo que decir antes de que Hugo volviera a atraparla en el dulce abrigo de sus brazos. Y parecía que no tuviera la menor intención de soltarla. De hecho permanecieron así, fuertemente abrazados, durante un espacio de tiempo que Clara no supo ni quiso calcular. Toda consciencia temporal parecía haberse detenido de pronto y ya solo existían ella, él y la indestructible burbuja que se había formado en torno. Al cabo de un buen rato, Hugo se apartó un poco para traspasarla de nuevo con la fuerza insondable de sus ojos

negros.

—Vámonos —dijo, agarrándola de una mano. Algo le insinuó a Clara que no se estaba refiriendo a la facultad. Cerró su mano sobre la de Hugo, absorbiendo su calidez, su suavidad y la firmeza de aquellos dedos que prometían no soltarla jamás.

—¿Adónde? —En realidad daba lo mismo. De su mano, con aquellos ojos mirándola de ese modo, se iría con él de cabeza hasta el fin del mundo.

Hugo se obligó a esbozar una sonrisa que pretendía aliviar el torrente de lava que borboteaba aún en su interior.

—Me prometiste que hoy hablaríamos de todo lo que quisiera, tanto tiempo como quisiera, ¿verdad? Pues eso quiero hacer: hablar, saber todo de ti y tratar de entender muchas cosas.

Clara cabeceó. Era cierto. Se lo había prometido. Y él merecía saber todo lo que necesitaba saber.

—Hoy quiero tenerte todo el día para mí —y en su tono no existía exigencia, sino una dulce súplica. Y eso era lo más maravilloso de Hugo: al contrario de Álex, él jamás exigía ni reclamaba, tan solo parecía atreverse a suplicar un poco de su cariño. Por estúpido o ridículo que pareciera, él necesitaba de su cariño.

“Te daría todos y cada uno de mis días…”

—Pero ¿y las clases?

Hugo apretó más fuerte su mano, lo que provocó que su corazón sintiera también la dulce opresión sobre sí mismo.

—Hoy no iremos a clase. Creo que tanto Jane Austen como John Keats serán capaces de entenderlo, ¿no te parece? —le guiñó un ojo y ella se sintió derretir como la mantequilla en pleno verano. Sonrió, asintió, sus ojos brillaron en una dulce confirmación y se dejó arrastrar calle arriba de la mano de aquel joven que, de forma inesperada, se había convertido en su héroe particular. El valeroso Lancelot de una apocada y sufridora Ginebra que, de pronto, se había cansado de sufrir.

CAPÍTULO 9

Hugo se acercó al mostrador para pedir dos cafés con leche mientras Clara esperaba en la mesa más apartada del local. Jamás había estado en aquella cafetería y, sin embargo, parecía un sitio seguro para pasar desapercibidos. Desde luego un discreto local lleno de abueletes echando sus partidas de dominó y cartas sería el último lugar donde Álex iría a buscarla; o al menos, el último lugar donde podría coincidir con alguno de sus estúpidos colegas.

Desde su posición se permitió observar a Hugo con detenimiento, hasta el punto de ser consciente de no hacer ya otra cosa más que deleitarse con lo que veía. Debruzado sobre el mostrador, Hugo le ofrecía una visión más que perfecta de su anatomía, y más concretamente, de su magnífico trasero. Atrapó el labio inferir entre los dientes y suspiró. Hugo no resultaba tan despampanante a simple vista como Álex, pero su cuerpo era fibroso, delgado, atlético y, desde luego, no tenía nada que envidiar a la belleza artificiosa del celador. Ladeó la cabeza y siguió torturando el labio entre los dientes. Su trasero se veía tan prieto, tan compacto y seductor bajo los ajustados vaqueros que se obligó a desviar la mirada a riesgo de acabar babeando como una idiota. A falta de babas, una oleada de calor ascendió desde lo más profundo de sus entrañas para aposentarse en su pecho y en su cara y abrasarla por dentro. *"Oh vamos, ¿en serio? ¡Perfecto!"* Y de poco o nada sirvió tratar de abanicarse con la mano o alargar con los dedos el cuello de su camiseta para que entrara un poco de aire. Todo atisbo de frescura se desbarataba en el acto ante el simple contacto con su piel en plena combustión.

Hugo regresó a la mesa al poco rato. Su rostro reflejaba una felicidad tan indescriptible por el simple hecho de tenerla allí, a su lado, que Clara no pudo menos que sentirse como una reina por primera vez en toda su vida. Porque podía ser que para el resto del

mundo no fuera nadie, de hecho estaba segura de no serlo, pero parecía evidente que, de un modo que aún no alcanzaba a comprender, para Hugo ella suponía el mundo.

Ajeno a sus cálidos pensamientos, él alargó la mano por encima de la mesa para acariciar dulcemente con el pulgar el borde aún hinchado del labio superior.

—¿Te duele? —fueron sus ojos los que en ese instante reflejaron un dolor muy profundo.

Clara negó con la cabeza muy despacio. En realidad estaba temblando. El más mínimo contacto con Hugo conseguía sacudir la más miserable de las fibras de su cuerpo. Dios, parecía una colegiala en su primer año de instituto y en compañía de su primer novio.

—Ahora ya no.

—Pero te ha dolido. Y mucho —Hugo frunció el ceño, furioso consigo mismo, y se obligó a apartar la mano de los labios de Clara—. No puedo ni imaginar todo lo que has tenido que soportar tú sola. —Clara fue consciente de la violenta opresión a la que estaba sometiendo sus mandíbulas—. Ahora mismo me siento muy dolido e indignado con Lenny.

"¡No, no, no! Lenny no tiene la culpa de mi cobardía."

—Lenny no podía hacer más porque nunca le he dado opción a intervenir —cortó, saliendo en defensa de su amiga. Y era justo, porque en realidad jamás había sentido, tal y como Hugo pretendía hacer ver ahora, que su amiga le hubiera fallado. Lenny nunca había sido consciente ni de la cuarta parte de la realidad. Simplemente habría sacado sus propias conclusiones gracias al conocimiento previo que tenía de Álex y a algunas pruebas del delito más que evidentes en su cuerpo. Y es que, por más que se esmerara en ello, existían evidencias difíciles de disimular.

—¡De todos modos debería haber hecho algo! —rugió—. Debería haber denunciado la situación, aunque fuera a través de una denuncia anónima —inhaló profundamente por la nariz antes de clavar los ojos en ella y hablar en un registro bajo y sombrío—. Yo no hubiera esperado tanto. Yo le habría partido la cabeza a la primera sospecha.

Clara tragó saliva y deslizó la mano con avidez por encima de la

mesa, buscando la de él con desesperación. Una vez con ella en su poder, acarició el dorso con el pulgar, trazando pequeños círculos para tratar de insuflarle un atisbo de calma. Pareció funcionar. Con Hugo todo parecía ser tan fácil…

—De hecho se la partiré mil veces como vuelva a acercarse a ti —remató, apoderándose ahora de la tierna mano acariciante. Después de sostenerla unos segundos con firmeza, se la llevó a los labios para besar los nudillos uno a uno, cada falange y hasta el tierno interior de su muñeca—. No volverá a acercarse a ti, Clara, no voy a consentirlo.

Clara abrió mucho los ojos, siendo consciente de las intenciones de Hugo.

—Sabes que eso no es tan fácil.

—¿Por qué no? —Sin dejar de acariciar su mano con el pulgar, clavó en ella sus ojos del color de la brea, cuya profundidad insondable consiguió desestabilizarla por completo una vez más—. ¿No esperarás que ahora que sé el infierno que te espera en ese piso, consienta que vuelvas a él? Yo no soy capaz de mantenerme indiferente, Clara, yo… —apretó la mandíbula hasta que los músculos faciales palpitaron— ¡… yo te quiero!

—No es tan fácil… —fue lo único que pudo repetir. La eterna cantinela con la que, en su cabeza, excusaba continuamente su cobardía. ¡Pero es que de verdad no lo era, no era nada fácil!

Hugo exhaló en profundidad y se obligó a silenciarse cuando un renqueante camarero entrado en carnes llegó con los cafés. Una vez se hubo alejado lo suficiente, prosiguió su discurso con ánimos renovados.

—¡Es tan fácil como tú quieras que sea! —exclamó, y el énfasis que aplicó a sus palabras quedó mitigado por el tono casi susurrante a que se veían obligados para no llamar la atención. Miró con discreción a ambos lados antes de continuar, pero los ancianos seguían más que ensimismados con sus partidas de mus y su dominó—. No tienes por qué seguir a su lado y soportar que te trate peor que a un animal.

Clara negó con la cabeza. Ante el tono decidido de Hugo, que aparentemente no tenía la menor intención de dar marcha atrás, sus tripas se retorcieron en un baile frenético consecuencia de la

anticipación y de los terribles retortijones que provoca el miedo. Como siguiera tan empecinado en sus ideas, ella corría serio peligro de ensuciar los pantalones, lo que no resultaría nada, pero que nada agradable.

—No tengo a donde ir —murmuró sintiéndose perdida. Empezaba a quedarse sin argumentos para hacer que el héroe desistiera de sus propósitos, lo que acabaría por llevarla a aceptar lo que fuera que él propusiera. Y eso podía ser muy imprudente por parte de ambos—. El piso de Lenny es el primer lugar donde iría a buscarme; y no quiero ni pensar las repercusiones que mi huida podría tener para ella. —Alzó una mirada vibrante para fijarla en él—. No tengo familia, no tengo a nadie que me espere, no tengo escapatoria…

Hugo atrapó ahora también la otra mano entre las suyas para asirlas con determinación, exigiendo a Clara que no apartara su mirada de él.

—¡Hasta ahora! —su tono, de tan ansioso y susurrante, resultó esperanzador para Clara hasta el punto de no poder evitar que las lágrimas empañaran sus ojos.

—No puedo obligarte a soportar mi carga —trató de zafar sus manos del refugio improvisado que Hugo les había ofrecido. Por supuesto, él no permitió que las retirara ni medio milímetro.

—¡Quiero hacerlo! —siseó, atravesándola con los profundos pozos sin fondo que tenía por ojos—. Y voy a hacerlo, Clara. No pienso dejarte. ¡No voy a abandonarte, maldita sea!

Clara inclinó la mirada y tragó saliva. Aunque le costara admitirlo –pues el miedo era tan grande como su desolación ante la idea de inmiscuir a Hugo en su propia guerra-, aquellas eran las palabras más maravillosas que había escuchado en las últimas horas. Después, por supuesto, de aquel mudo *“te quiero”* compartido la pasada noche.

—Así que no esperes que lo haga —remató, dando por finalizada la discusión y soltándola para dedicarse a remover su café.

Clara no era capaz de permanecer tranquila. No tenía ni idea de lo que Hugo tenía en mente para expresarse con tanta certeza, y eso la ponía nerviosa.

—¡Me buscará! No importa donde me esconda, ni lo lejos que vaya, ¿no lo entiendes? dará conmigo y… —se vio obligada a silenciarse de golpe ante el nudo que comprimió su garganta—… me matará.

Pero Hugo parecía siniestramente tranquilo. Se limitó a dar un sorbo a su café antes de clavar de nuevo sus ojos en ella y seguir hablando en baja voz.

—No voy a permitírselo, ni siquiera tendrá opción de acercarse a ti. —Ella alzó una ceja, escéptica. ¿Cómo iba a ser eso posible? Ni el mismísimo demonio en persona podría apartarlo de ella si se empeñaba en alcanzarla.

—Me inquieta ver que estás tan tranquilo y —contuvo el aliento —… decidido.

Él se humedeció los labios.

—Haría por cualquier mujer lo que estoy dispuesto a hacer por ti —ahora sus ojos se iluminaron a juego con su sonrisa—, con la salvedad de que tú me importas más que ninguna otra mujer.

—Todo esto es tan… —replegó los labios al interior de la boca mientras permitía que un profundo ceño fruncido se adueñara de su semblante—. Creo que me supera.

Hugo se inclinó hacia delante y recuperó las manos de Clara para acunarlas entre las suyas. En verdad en esos momentos aquella hermosa y frágil criatura parecía perdida en un limbo mareante. Miraba a todas partes sin parecer capaz de ver nada, y cuando le miraba a él, sus ojos reflejaban el terrible torbellino de emociones que se agitaba en su interior.

—Yo quiero ayudarte, pero no puedo hacerlo si tú no estás segura. ¿Todavía le quieres?

Clara le miró horrorizada.

—¿A Álex? ¡No! —exclamó con rotundidad—. No me juzgues mal. Creo que en algún momento sí le he querido, pero hay cosas capaces de matar incluso el amor más fuerte.

—¿Quieres continuar a su lado?

—No —igualmente rotunda. Si continuaba a su lado no tardaría mucho tiempo más en aparecer muerta.

—Pues entonces hagámoslo juntos —susurró, acariciando sus manos, atrapadas aún entre las suyas, con los pulgares—. Estoy aquí para ayudarte a huir de ese infierno. No voy a dejarte sola, te lo prometo.

Clara buscó sus ojos para encontrarse con una firme determinación pintada en sus pupilas. Y supo que no mentía. Jamás la dejaría sola. Aunque le fuera la vida en ello. Deslizó sus manos de entre las de Hugo e inclinó con tristeza la mirada sobre su café para empezar a remover la espuma de la leche con parsimonia. Estando Álex de por medio muy probablemente le fuera la vida en ello. A los dos.

—Sálvate, Clara, solo tú puedes hacerlo. Sálvate alejándote de él… y de paso sálvame a mí quedándote conmigo.

El teléfono móvil vibró en el interior del bolsillo trasero de los vaqueros por enésima vez durante la última media hora. Como permanecía silenciado, más por costumbre que por necesidad, solo ella fue consciente de este hecho. Aprovechó un instante de intimidad en el que Hugo se ausentó yendo al servicio para comprobar lo que ya sabía a ciencia cierta: se había despertado. El monstruo se había despertado. Un nudo insoportable se formó en la boca de su estómago, y apretaba fuerte. Casi en el mismo instante se sintió una completa imbécil por haberse atrevido a soñar con una posibilidad de escape para aquel infierno. Jadeó desesperada. Una oleada de calor ascendió desde el fondo de su estómago para asentarse en su pecho, en su cuello y en su rostro, y abrasarla por dentro. Con él despierto y dispuesto a seguir combatiendo, resultaba estúpido soñar con escapar.

Deslizó el dedo por la pantalla táctil y sus certezas se confirmaron. Diez llamadas perdidas, con intervalos de apenas unos minutos entre una y otra. Debía de estar de verdad desesperado. Tragó saliva aterrorizada. Y eso no era para nada bueno, puesto que la desesperación de él suponía su propia caída. Siempre acababa pagando con su sangre cada segundo de rabia que aquel monstruo

albergara en su interior.

La enésima vibración había sido provocada por un mensaje de whatsapp, también de él. Dudó unos segundos entre abrirlo o no, pero al final su propia desesperación la llevó a tocar con el dedo encima de la burbujita verde.

—*Te dije que no salieras de casa sin mi consentimiento. ¿Cómo te atreves a desafiarme, puta? Cuando vuelvas vas a saber lo que es bueno. Te voy a matar.*

El corazón paró de golpe y el calor que abrasó su cara y todo su cuerpo fue en verdad demoledor. Trató de tragar saliva, pero ahora el nudo había ascendido hasta la garganta, impidiendo el paso a todo lo que pudiera reportarle un mínimo de alivio. Como pudo, guardó de nuevo el teléfono en el bolsillo trasero. Cielo santo. Estaba furioso. Era la primera vez que ella se había atrevido a desafiarlo y, al despertarse y no encontrarla en casa, sumisa y asustada como de costumbre, se lo habrían llevado los demonios. El dolor de cabeza y el malestar digestivo provocado por la resaca, eran tan solo la guinda perfecta de aquel amargo pastel.

—Dios, ¿qué he hecho? —susurró aterrada. Se dio cuenta entonces de que estaba temblando. El miedo sacudía su cuerpo y dentro de pocos segundos acabaría por llevarla a convulsionar y a castañetear los dientes. Iba a resultar demasiado evidente y no tardaría en llamar la atención de todos los tranquilos abuelitos allí presentes. Al final sus piernas dejarían también de obedecer y la llevarían a desplomarse por el suelo. Y no era necesario dar un espectáculo en un escenario distinto al habitual. Además estaba Hugo. Álex lo mataría también si sospechaba que él estaba involucrado en su huida. Le despellejaría vivo si llegaba a intuir siquiera los sentimientos que ambos compartían. Se agarró al borde de la mesa para ayudarse a levantar. Tenía que irse de inmediato porque estaba segura de que la obediencia de sus piernas se limitaría a unos pocos minutos más. Tenía que volver a casa. Todavía estaba a tiempo. Quizás Álex no fuera demasiado violento esta vez si se arrepentía de su arrebato y se humillaba debidamente ante él. Tan solo era cuestión de soportar su maldita rabia una vez más. Cerrar los ojos, apretar los dientes y

aguantar. Quizás todavía estaba a tiempo de salvar a Hugo de su furia destructiva. Quizás podría apartarlo de su punto de mira y conseguir que su rabia se centrara exclusivamente en ella. No quería ser tan solo la pobrecita doncella rescatada por su caballero andante, si no que ahora estaba en su mano salvarle a él. E iba a salvarlo. Después ya se salvaría a sí misma. Solo tenía que levantarse, salvar los escasos pasos que la separaban de la puerta y rezar para que sus pies –bastante más sensatos que ella misma-, consiguieran arrastrarla hasta casa.

Una mano se posó con delicadeza sobre su espalda. Cerró los ojos un instante, tragó saliva y se obligó a volver la cabeza sin marearse. Era consciente de que el penetrante poder de su mirada conseguiría abortar de inmediato su plan, por lo que resultaba imperativo no mirarle a los ojos.

—¿Te vas? —El doloroso interrogante que apreció en sus pupilas provocó una desgarradora fisura en su corazón. *"¡Mierda, acabas de mirarlo a los ojos! Tocada y hundida. Para siempre. Estabas avisada."*

—Es mejor que lo haga —fue lo único que pudo decir sin desmoronarse. Hugo fue consciente de la debilidad de sus piernas y la sujetó rápidamente por la cintura, ajustándola a su cuerpo y rescatándola de una caída inminente.

—¿Por qué parece que siempre te empeñes en huir de mí? —El ceño fruncido de él estaba a la altura del dolor que reflejaba su voz—. ¿Por qué insistes en apartarme de ti?

—¡Porque no soy buena para ti, entérate de una vez! —A pesar de ser un susurro, consiguió manifestar una vehemencia asombrosa. Hugo la rodeó con mayor firmeza por la cintura, obligándola a mirarle. Cualquier observador curioso solo podría ser consciente del impulsivo abrazo de dos adolescentes.

—¡Mírame, Clara! —urgió con desesperación. Ella así lo hizo—. No voy a obligarte a seguir a mi lado si no es eso lo que quieres. Nunca te obligaré a hacer nada que tú no quieras hacer, ¿está claro? —Ella inclinó la mirada, conmovida por el dulce significado de aquellas palabras—. Nadie puede coartarle a otro su libertad. ¡Nadie! Te dejaré marchar si eso es lo que quieres, aunque al hacerlo rompas mi corazón en mil pedazos. —Su tono se ensombreció de pronto en

base a una infinita tristeza—. Es un riesgo que estoy dispuesto a correr en pos de tu propia felicidad.

Ella apenas podía hablar por culpa del nudo de su garganta. Con todo, hizo un esfuerzo para expresarse.

—El hecho de que decida permanecer a tu lado puede ser un problema para ti.

—¡Noooo!

—Te pondré en peligro.

—Me arriesgaré a ello —atrapó la cara de ella entre sus manos —, soy libre de elegir y te elijo a ti.

—Y yo quiero elegirte a ti pero no quiero condenarte… —Hugo la silenció depositando un beso suave e inocente sobre sus labios. Clara lo recibió cerrando los ojos. Fue más una cuestión de practicidad que de otra cosa, puesto que la sacudida que el contacto con sus labios le provocó desestabilizó por completo el mundo a su alrededor.

—Quédate a mi lado… —susurró él, acariciando su cara con el suave aleteo de sus labios. La besó por todas partes; en los párpados inclinados, en la frente, en los pómulos, en la punta de la nariz, en la barbilla… para terminar de nuevo sobre sus labios cálidos y entreabiertos. Puede que el momento no exigiera nada más, pero Hugo tomó aquellos labios ligeramente separados como una invitación difícil de rehusar. Con suavidad, midiendo cada movimiento, con cuidado de no lastimarla en su labio herido, empezó a besarla, a saborearla, a beber de ella; la ternura de sus besos consiguió que los labios de Clara se abrieran aún más, lo que le permitió deslizar la lengua hasta el interior de su boca para explorarla con delicadeza.

Y entonces todo lo demás dejó de tener importancia. Clara ya solo fue capaz de pensar en Hugo y en el calor que desprendía su propio cuerpo, en el olor de su colonia y, por debajo de este, en el aroma puramente masculino de su piel; en el modo en que respiraban juntos cuando se besaban, acompasando su aliento y muy probablemente hasta los latidos de su corazón. Atrapada en el momento, sintió un millón de mariposas en el vientre y un hormigueo por todo el cuerpo.

—Deberías alejarte a toda prisa de mí —el aliento entrecortado

de Clara acarició los labios de Hugo cuando se separaron brevemente. Jadeaba, y todo su cuerpo permanecía vestido de piel de gallina. Sentía además que todo le hormigueaba: la punta de los dedos, las piernas y, muy posiblemente, hasta la punta de sus cabellos. Él deslizó los dedos hasta sus caderas para arramblarla con fuerza contra su cuerpo.

—Debería, pero me gusta el riesgo —sonrió mientras atrapaba con ternura su labio inferior entre los dientes. Clara solo pudo ofrecerle una mirada arrobada y una coloración sublime en sus mejillas. Seguramente parecía una cría ridícula ante su primer beso; ¡santo Dios, no era su primer beso, pero era *EL BESO*, con mayúsculas! No quería ni pensar en el atropellado torbellino de sensaciones que aquel chico podría despertar en ella durante un encuentro más íntimo si ya solo con un beso conseguía enervarla hasta el delirio.

—Eres un suicida.

Hugo le sujetó la cara entre las manos y ambos se estremecieron.

—Si te pido que confíes en mí es porque yo mismo te confío mi vida. Es tuya. Desde el primer momento en que te vi, es tuya.

Las pupilas de Clara vibraron a causa del ejército de lágrimas que se agolpaba sobre ellas.

—Quiero estar contigo, Clara, pase lo que pase —depositó un beso más casto en su frente, queriendo dar a entender que aquel dulce momento debía tocar a su fin—. Y ahora vámonos de aquí antes de que acabemos por pervertir a esta tranquila panda de abueletes.

Clara sonrió y se encendió todavía más, comprendiendo la imagen que debían haber ofrecido hacía un rato. Tampoco nada del otro mundo: dos adolescentes besándose de forma apasionada en una cafetería, nada que aquellos viejecitos no pudieran soportar.

—¿Tienes hambre? —ella se encogió de hombros. No sabía si con el estómago en semejante estado de efervescencia sería capaz de probar bocado. Con mirarlo durante el resto del día y no caerse de bruces en su presencia, se daba por más que satisfecha —. Conozco una pizzería aquí cerca. Comeremos algo y después seguiremos hablando —la miró con fijación. Aquello no sonaba nada bien.

CAPÍTULO 10

Clara no dejaba de mirar el teléfono. Durante toda la tarde no había recibido más llamadas o mensajes amenazantes, lo que era de esperar teniendo en cuenta que Álex entraba a trabajar a las dos, por lo que al menos durante su jornada laboral la dejaría en paz. Pero ¿y después? ¿Qué pasaría después? No quería ni pensarlo. No en ese momento. Ya habría tiempo para morir de ansiedad más tarde.

Comieron en la colorida pizzería que Hugo le había referido, ella solo pudo probar una pequeña porción y un vaso de coca cola, era lo máximo a lo que su cuerpo podía aspirar después de todas las emociones vividas y de la anticipación ante las que aún estaban por llegar. Después tomaron un bus urbano y se fueron a recorrer la parte vieja de Santiago –una de las más bellas de la ciudad-, bajo la húmeda neblina que reptaba por las calles, arañaba los edificios y parecía enredarse en los tobillos de los transeúntes. No importaba; un día soleado y cálido no podría haber resultado más perfecto ni más idílico a los ojos de ambos, lo único que parecía importar eran aquellas miradas entrelazadas que se dedicaban a cada paso, o ese caminar cogidos de la mano que conseguía que Clara se sintiera en la gloria, a punto de derretirse, como una niñita con zapatos nuevos. En su caso: con sentimientos y emociones nuevas y recién desperezadas. En un puesto ambulante bajo los soportales de la plaza de Platerías, Hugo le compró un pequeño peluche con forma de corazón, que ella recibió como si se tratara del más valioso de los presentes. Y a sus ojos, lo era. Se hicieron fotos en la fuente de los caballos como un par de turistas de los muchos que deambulaban por el lugar y, sin soltarse de la mano, continuaron callejeando entre los grupos dispersos de peregrinos, bajo la atenta mirada de los solemnes edificios de piedra y

los regios balcones de forja que engalanaban las puertaventanas. Como una pareja más, como si la felicidad fuera lo único que imperara en sus vidas y ninguna sombra funesta los amenazara.

—¿Cuánto hace que te gusto? —preguntó ella de pronto.

Hugo esbozó una amplia sonrisa mientras perdía la mirada en el infinito, destapando el cúmulo de escenas que conformaban su propio álbum mnemotécnico de recuerdos de Clara Balboa. Había tantos y en momentos tan dispares…, aunque por desgracia, la mayoría de ellos habían sido tomados desde lejos, de forma impersonal, y archivados en su memoria con un cierto viso de melancolía. Ahora que la tenía a su lado era el momento perfecto para iniciar un nuevo y duradero álbum en común, mucho más cercano, cálido y afectivo.

—La primera vez que me fijé en ti fue en clase de latín.

Clara alzó las cejas en un gesto escéptico.

—¿Por qué habrías de fijarte en mí entonces? —Hugo la miró con expresión divertida, e incrédula—. Es decir, más allá de lo obvio. ¿Rompí algo? ¿Me caí de bruces en medio de la clase? —le miró ruborizada—. ¿Le di un cabezazo al primer chico amable que se dignó a acercarse a mí?

Hugo ahogó una carcajada.

—No, pero le aplastaste el pie con la pata de tu silla al chico que se sentaba detrás.

Ella abrió una boca gigantesca.

—¡Oh Dios, es verdad! —Se llevó la mano a los labios y trató de disimular, en vano, su vergüenza—. Lo había olvidado.

Hugo parecía realmente divertido, a juzgar por el juguetón balanceo de su brazo, unido de forma perenne al de Clara a través de sus manos enlazadas e inseparables.

—Creo que el pobre chico no volvió a sentarse detrás de ti nunca más. Ahora está en las primeras filas.

Clara puso los ojos en blanco.

—Chico listo. Cuanto más lejos de mí, mejor.

Hugo dio un repentino tirón a su mano, atrayendo a Clara hacia sí, que no pudo evitar impactar contra su torso. La sorpresa que se reflejó en su rostro ante lo inesperado de aquel gesto dio pronto paso

a una sucesión imparable de rubores. Y a una serie de miradas arrobadas que ninguno de los dos fue capaz de disimular.

—Discrepo.

Su corazón se silenció de golpe. Todo su organismo, de hecho, parecía haber confabulado para dejar de funcionar en el preciso instante en el que Hugo habló. Sus rostros permanecían ahora tan cerca que Clara sintió que en cualquier momento podía llegar a desmayarse si Hugo seguía mirándola de aquel modo o respirando con los labios ligeramente entreabiertos. Debería estar prohibido que la mirara así, y debería estar prohibido que una tía como ella se derritiera tan fácilmente ante la simple perspectiva de una mirada o de unos labios separados. ¡Su sitio era un sanatorio mental, por el amor de Dios!

—Tú eres un loco suicida, así que tu opinión no tiene validez en este caso —jadeó, retomando de nuevo la necesaria costumbre de respirar, olvidada durante varios segundos. Los dedos de Hugo descendieron lentamente por su espalda y su aliento cálido rozó el rostro de ella aún más de cerca. Parecía que pretendiera captar hasta el más insignificante átomo del aroma que desprendía su piel y, de algún modo indescriptible, parecía que le gustaba lo que percibía. Clara cerró los ojos y trató de mantenerse de una pieza, algo que parecía difícil de conseguir con Hugo tocándola y permaneciendo tan cerca.

—Mi opinión es la más válida de todas —susurró acariciado con la punta de su nariz la nariz helada de Clara. Como siguiera comportándose como un gatito mimoso, iba a acabar desplomándose por el suelo completamente sin sentido. Y desde luego no estaba dispuesta a perder la consciencia en un momento tan sublime como aquel.

—No lo entiendo… —musitó ligeramente aturdida—, ¿por qué te gusto? ¿Por qué me elegiste a mí?

Dado su nivel de confusión no pudo percibir cómo Hugo se envaraba para mirarla a través de un ceño fruncido con severidad.

—Es decir… —continuó hablando con los ojos entornados y el corazón a punto de emitir su último zumbido—, mírame, y mírate a ti.

Yo soy… un caos ambulante, mientras que tú eres un chico muy guapo —parpadeó con nerviosismo, tratando de bajarse de una vez de su idílica nube rosa para centrarse en el gesto contrariado de Hugo—. ¿Nunca te han dicho que te pareces muchísimo a Hugo Silva?

Aunque era su intención, Hugo no pudo permanecer serio por más tiempo. Espurreó una carcajada antes de separarse ligeramente de ella, concediéndole al fin a su cuerpo la oportunidad de volver a funcionar de un modo aceptable. Su mano permaneció unida a la de ella mientas retomaban el paseo.

—Todos los días —dijo en un claro tono de mofa—. ¿No te he dicho que me llamaron para que le doblara en *El corazón del Océano?* Pero pagaban poco y tampoco era mi intención eclipsar al original.

Clara le propinó un codazo a modo de amonestación.

—No te burles.

Él paró en seco y deslizó un dedo bajo su barbilla, obligándola a encararle. El mohín que ella compuso con los labios consiguió arrancarle una sonrisa.

—Hay algo de lo que pareces no darte cuenta —Clara le dirigió una mirada tan desconfiada como interrogante—, y es el hecho de que eres preciosa.

Ella no pudo evitar resoplar, disconforme con sus palabras.

—Si te dignaras a levantar la mirada del suelo por una vez, te darías cuenta de que no pasas desapercibida. Eres preciosa —deslizó una mano entre su pelo para colocárselo por detrás del hombro—, me gusta todo de ti: tu cara, tus labios —conforme hablaba, acariciaba con los dedos cada zona mencionada—, tus preciosos ojos color chocolate, tu pelo, tu cuello fino y largo, tu naricilla respingona, tus cejas perfectas…

Clara se obligó a tragar saliva mientras permanecía con la mirada fija e inamovible en sus pupilas oscuras.

—Me gusta la arruguita que se te forma en la frente cuando algo te disgusta o la forma en la que te muerdes el labio inferior. Me gusta cómo escondes las manos bajo los puños de tus camisetas y cómo incluso los sujetas con los dedos para tratar de cederlos más —deslizó un dedo frío y lento por su mejilla—, me gusta cómo te sonrojas cada

dos por tres o cómo se te iluminan los ojos cuando te digo algo bonito —detuvo el dedo sobre su labio inferior para perfilar dulcemente el borde—, comprendo que para ti todo esto resulte un poco precipitado, Clara, pero yo llevo enamorado de ti en secreto mucho tiempo. Para mí, este momento es el culmen perfecto de un sueño que creía inalcanzable.

Clara besó la yema de aquel dedo acariciante sin apartar sus ojos de los ojos de él.

—Vamos, todavía es temprano y hay mucho que ver por aquí — Clara protestó un poco pero Hugo, sujetando su mano, tiró de ella suavemente para continuar callejeando por el casco viejo de la ciudad, como otra pareja de enamorados más.

A la pensativa hora del crepúsculo Clara recibió un whatsapp de Lenny. Hugo y ella llevaban un buen rato merendando chocolate y gofres en un pub diminuto de estética americana que descubrieron bajo un soportal. ¡Lenny, se había olvidado completamente de ella! Deslizó el dedo con impaciencia por la pantalla, temiendo encontrarse con lo peor. En realidad era poco probable que pasara nada de lo que ella más temía puesto que, como se obligó a razonar después en su cabeza durante al menos diez minutos, Álex *tenía* que estar por fuerza en el hospital. Y de allí no saldría al menos hasta las nueve. No había nada que temer… de momento.

—¿Dónde estás? No te he visto por la cafetería. ¿Estás bien?

No se había acordado de avisarla del repentino cambio de planes de esa mañana, por lo que su amiga debía estar muy preocupada. Y siendo consciente como era del estado de embriaguez en el que ya se encontraba Álex la noche anterior en el pub de Carlos, no resultaba descabellado que incluso temiera por su vida. Tecleó con rapidez sintiéndose tremendamente culpable.

—Estoy bien, perdona, no me he acordado de avisarte.

—¿Avisarme de qué? Creí que vendrías a casa esta tarde. Seguro que estás en pijama aburriéndote como una ostra con los documentales de la 2.

Se mordió el labio inferior sintiéndose a cada segundo más

culpable. Por fortuna, Hugo consiguió distraerla lo suficiente besando con delicadeza el interior de los dedos uno a uno. ¡Rayos, no era la mejor distracción para un momento como ese!

—No te preocupes, no estoy en casa. Y tampoco aburrida.

Aquello seguro que la descuadraba por completo. Lenny debía pensar que si no se encontraba ni en casa ni en la facultad, sus únicas salidas permitidas por Álex, no había muchos más sitios en los que pudiera estar. ¡Pero sí, los había! ¡Había todo un mundo por descubrir! Una innovadora sensación de independencia y autosuficiencia se apoderó de ella, y se sintió muy bien.

—No te creo. Me parece que voy a agarrar un paquete de birras y me voy hasta tu casa.

—Te repito que no estoy en casa. Y que tampoco estoy sola, Lenny.

Una sonrisa asomó a sus labios al imaginar el gesto de sorpresa que en esos momentos se debió dibujar en la cara de su amiga. No pudo contenerse y replegó la sonrisa al interior de la boca mientras Hugo seguía haciéndole cosquillas en los dedos. Le dirigió una mirada amonestante, que él respondió con la más encantadora de las suyas.

"Embaucador…"

—¿No estás en casa? ¿Dónde estás? ¿Con quién estás? ¡No me digas que…! ¡Oooooh my God!

No pudo reprimir una carcajada cuando vio el emoticono que su amiga le envió, y que representaba a una chica de pelo rosa haciendo un gesto de victoria con un brazo.

—¡Madre mía! Creo que es la mejor decisión que has podido tomar —escribió. Y acto seguido—. ¡*Adelante, es tu oportunidad!*

La sonrisa se desvaneció en la expresión de Clara. Se mordió el labio inferior y se apresuró a teclear.

—¿Qué quieres decir? —sabía lo que quería decir, pero necesitaba contar también con el beneplácito de su amiga. Necesitaba saber que no estaba sola en eso y que contaba con dos fuertes pilares a cada lado sobre los que apoyarse.

—¿Estás tonta? ¡Que no vuelvas a ese maldito piso nunca más!

Tragó saliva. Volver al piso de Álex, a la vista de las circunstancias, era un auténtico suicido.

—No puedo ir a tu casa, Lenny. Sabes que es el primer lugar donde me buscaría. Álex sabe perfectamente dónde vives.

—Pero no donde vive Hugo, ¿verdad?

Verdad. Su corazón se aceleró de golpe, amenazando con pillar carrerilla y despeñarse, y las tripas empezaron a borbotear. Parecía que últimamente las muy oportunas poseían la mala idea de esperar a que Hugo se encontrara cerca para entrar en ebullición.

—Creo que eso es…

"Temerario. Y a la vez, lo más sensato que podrías hacer".

—Una buena idea.

—¿Y si lo acaba averiguando? Santiago no es tan grande y él tiene muchos contactos.

—¡Ya se os ocurrirá algo! Pero por favor, si sabes lo que te conviene, ¡no-vuelvas-a-ese-maldito-piso! Es ahora o nunca, Clara.

El mensaje de esa mañana cruzó por su mente con la rapidez del rayo. Y esta vez no traducido en la amenaza silenciosa de un mensaje de texto, sino con el rotundo y atronador tono de aquella voz masculina que tan bien conocía.

"*¿Cómo te atreves a desafiarme, puta? Cuando vuelvas vas a saber lo que es bueno. Te voy a matar".*

—Y harás que sea ahora, ¿verdad? Dime que lo harás.

Miró a Hugo, que a su vez la miraba embelesado con la más dulce de las sonrisas dibujada en sus labios, y no pudo negarle a su corazón el deseo de dejarse llevar. Inhaló en profundidad por la nariz y escribió todo lo rápido que sus dedos trémulos le permitieron.

—Será ahora.

Conforme pasaban las horas Clara se sentía cada vez más nerviosa, hasta el punto de que llegó un momento en el que empezó a sentirse aterida de frío y ya no fue capaz de dejar de temblar. Hugo, eternamente caballero, le dejó su cazadora de cuero y le rodeó los hombros con el brazo, atrayéndola hacia sí, para tratar de darle calor. Pero el frío no procedía del nuboso microclima de Santiago, sino de su propio interior. Y ese tipo de frio resulta imposible de combatir con

prendas de abrigo o abrazos, por más bienintencionados que resulten estos últimos. Las rodillas se entrechocaban, las manos aparecían tan trémulas y vacilantes que optó por refugiarlas en los bolsillos de la cazadora para evitar males mayores, y ya se sentía incapaz de hablar sin un evidente temblor en la voz. Además, por dentro las cosas no iban mucho mejor. La garganta se había secado hasta tal punto de que ahora tenía la sensación de contar con cientos de alfileres arañando su tráquea. El corazón zumbaba en su pecho a punto de taquicardia; y sí, hacía ya un buen rato que tenía palpitaciones y se sentía falta de aire. La sangre latía en los pulsos y en las sienes y una agitada coreografía se daba cita en su vientre. Si alguien hubiera conectado un altavoz a su ombligo, la sonata sería de órdago. Exhaló en profundidad hasta que la sensación de vacío en el pecho llegó a dolerle.

Era consciente de que una vez que llegaran las nueve y media y Álex volviera a casa, el hecho de que ella se encontrara o no allí resultaría trascendental. Si decidía no regresar, ya no habría vuelta atrás. La mecha se prendería sola y la resulta de su decisión sería inexpugnable. Ya solo le quedaría aceptarla con todas las consecuencias que acarreara y que, estaba segura de ello, resultarían terribles. ¿Pero acaso su vida no era terrible tal y como estaba?

Miró a Hugo con ternura mientras caminaban despacio, dejándose llevar, bajo la luz anaranjada de las farolas, con los ojos y los dedos entrelazados, y fue consciente de la ligera opresión en su mano con la que él pretendía hacerle sentir su presencia, evidenciándole que permanecería a su lado fuera cual fuera su decisión. Le sonrió, infinitamente agradecida. Estaba ahí para ella, tal y como le había prometido. De hecho, desde aquel encuentro fortuito en la cafetería, jamás le había defraudado una sola vez.

“Nunca más estarás sola”, le había dicho. Y era cierto.

Inhaló por la nariz hasta que en su pecho no cabía ya ni una sola partícula de oxígeno. Había tomado una decisión. Sabía que era lo mejor, lo más sensato y prudente. Y que Dios la ayudara a partir de entonces.

Hugo insistió en ir a tomar algo caliente un par de veces, sobre todo teniendo en cuenta que Clara castañeteaba los dientes a pesar de la cazadora y del abrazo irrompible con el que la rodeaba mientras paseaban, y que sus labios ya empezaban a tornarse morados. Pero ella rehusaba una y otra vez. En su fuero interno no quería admitir que le aterrorizaba permanecer encerrada entre cuatro paredes, presa fácil de sus emociones, y que tan solo caminando y moviéndose era capaz de aliviar su desazón. O al menos, de intentar que su cerebro se distrajese. Había tomado una decisión, sí, pero eso no impedía que se sintiera muerta de miedo. ¿O acaso los gladiadores no temen a las fieras a las que han de enfrentarse en el circo, en plena arena, aunque no sea la primera vez que lo hacen?

Eran las nueve y cuarto cuando Hugo se detuvo para erguirse frente a ella, sujetarla con firmeza por los hombros y hablarle en un tono que no admitía réplica.

—Creo que es mejor que dejemos de dar vueltas tratando de retrasar lo inevitable, ¿no crees? No tiene demasiado sentido.

Ella cabeceó nerviosa. En el fondo sabía que eso era lo que había estado haciendo: mareando la perdiz y engañándose a sí misma.

—Vámonos —dijo de pronto.

Hugo parpadeó incrédulo. A pesar del temblor en su voz, había sido capaz de percibir la firme decisión inculcada en ella. Y aquello le sorprendió. Confiaba en que Clara no fuera tonta y que, a pesar del profundo temor que la devoraba, supiera elegir lo que era mejor para ella. Y teniendo en cuenta el infierno que vivía al lado de aquel imbécil, cualquier cosa sería *lo mejor.* Desde luego él permanecería a su lado para brindarle todo el apoyo necesario. La quería, la quería con toda el alma, y no iba a dejarla sola en un lance como aquel; sin duda el más duro al que ella había tenido que enfrentarse.

—¿A dónde quieres ir?

—A tu casa. Solo por esta noche. —Hugo recibió el comentario alzando mucho las cejas. No iba a negar que llevara todo el día barruntando esa posibilidad, pero también era cierto que no deseaba

presionar a Clara ni hacerle sentir que esa era la mejor opción, sino la única. Prefería que fuera ella la que diera el paso, la que tomara las decisiones que considerara correctas. Porque al fin y al cabo se trataba de su vida. Él permanecería a su lado fueran cuales fueran sus decisiones.

—Me parece buena idea.

—Allí estaremos a salvo —razonó ella. Y Hugo seguía maravillado con la determinación que apreció en su mirada. La delicada y desvalida damisela, a la hora de la verdad, resultaba tan valiente como la propia doncella de Orleans—. Después ya pensaremos en otra salida. Debemos analizar las opciones que me quedan.

Lo había dicho. Y al decirlo en voz alta y sacar las palabras de su cabeza, parecía que el asunto iba más en serio que nunca. Ahora sí que las tripas iniciaron su particular orquestina con gran estruendo, viniéndose arriba hasta el punto de volverla loca. *“En realidad no creo que esté a salvo en ningún sitio. Acabará por encontrarme y esta vez sí que me matará.”* Negó con la cabeza tratando de alejar de sí tales pensamientos. Hugo la miró muy serio para, en cuestión de segundos y muy despacio, esbozar una sonrisa radiante.

—No te tocará ni un pelo —dijo como si de repente le hubiera leído el pensamiento—. Confía en mí.

Quería hacerlo, pero el fantasma del miedo se deslizaba a pasos agigantados dentro de su corazón. Porque este miedo no era el mismo miedo abstracto y desconocido que penetra en las mentes más volubles hasta encogerlas por dentro; este miedo tenía forma y hasta nombre propio. Y una fuerza descomunal.

—Jamás le había desafiado hasta ahora —esbozó una sonrisa trémula—. Creo que me tiemblan las piernas.

No pudo evitar inclinar la mirada para frotárselas con ahínco por encima del pantalón.

Hugo atrapó su cara entre las manos y se inclinó ligeramente para que los ojos de ambos quedaran al mismo nivel.

—¿Confías en mí?

Ella asintió y un millar de lágrimas vidriaron su mirada. La

barbilla y el labio inferior empezaron a temblar ante la dudosa contención del llanto, por lo que Hugo trató de aliviar su desazón acariciando con el pulgar la superficie del labio trémulo. Clara cerró los ojos y se dejó mimar.

—No te tocará —repitió, recalcando cada sílaba—. No se lo permitiré mientras viva. Ese infierno ha terminado, Clara, a partir de ahora es momento de soñar y ser feliz. ¿No quieres ser feliz?

Clara despegó los párpados muy despacio para fijar en él sus ojos color chocolate.

—Sí, quiero. Contigo.

“Y tener al menos la posibilidad de serlo”.

CAPÍTULO 11

Cuando llegaron al piso compartido de Hugo se encontraron con que Lois, su compañero, abandonaba el lugar en ese mismo instante tirando de un pequeño *trolley*. Sin duda volvía a casa para pasar el fin de semana con su familia. Los chicos se saludaron entrechocando los dedos en un juego de manos que imitaba el saludo de ciertas pandillas americanas. Se hicieron a un aparte e intercambiaron comentarios en baja voz, dirigiendo de vez en cuando miradas de soslayo a Clara. Ella se removió incómoda, abrazándose a sí misma, consciente de ser el tema principal de la conversación de aquellos dos. ¡Y por Dios que detestaba ser el centro de atención de nadie, aunque en este caso uno de los interesados fuera el propio Hugo! Secundando su incomodidad, tres braseros inesperados se instalaron en sus mejillas y en la zona del cuello, lo que provocó su absoluto disgusto. Ser consciente de encenderse como una bombilla cada dos por tres para regocijo de los demás, y no ser capaz de controlarlo, era algo que la sacaba de quicio. Inclinó la cabeza y rezó para que el pelo que cayó en cascada sobre su rostro ocultara aquel indeseable tono bermellón, que a esas alturas debía ya de llegarle hasta el nacimiento del cabello.

Al cabo de un par de minutos los chicos se separaron. El compañero de piso de Hugo se volvió hacia ella con una sonrisa radiante ensanchando su rostro y levantó la mano a modo de despedida.

—Espero que disculpes el desorden de nuestro piso. Ya sabes, dos chicos solteros… —Clara le regaló una sonrisa tímida—. Siéntete en tu casa.

Vaciló un segundo, entonces se giró como si se hubiese olvidado algo importante.

—Por cierto y ya que este jeta no nos ha presentado, me llamo Lois.

Hugo se defendió propinándole en broma un puñetazo en el hombro.

—Clara —anunció, recogida sobre sí misma, levantando apenas una mano para hacerse notar.

—Lo sé —respondió provocando en ella una nueva e igualmente indeseada oleada de rubores.

"¿Lo sabe? ¿Por qué lo sabe?.

El chico acogió esta delatora coloración con una sonrisa condescendiente, lo que terminó por incomodarla aún más. Seguro que sentía incluso compasión de ella y de sus pobres capilares sanguíneos, tan alterables y volubles bajo el dominio de una tía tonta de remate. Cuando Lois y su maleta hubieron desaparecido en el ascensor, Clara se volvió hacia Hugo, que forcejeaba con la cerradura hasta conseguir por fin abrir la puerta.

—Sabía mi nombre —reprochó muy seria.

—¿Y? Muchos chicos saben tu nombre.

Clara puso los ojos en blanco y resopló.

—¡Sí, seguro!

Hugo se hizo a un lado para dejarle pasar con un gesto exagerado que pretendía imitar una reverencia. En su rostro perduraba una sonrisa divertida.

—¿Es que todos tus amigos me conocen?

—Bueno, es lo que tiene llevar mucho tiempo detrás de una chica.

Entró detrás de ella y cerró la puerta tras de sí.

—Juegas con ventaja, no es justo.

—La vida no lo es.

Hugo la liberó del peso de la carpeta para dejarla sobre la cómoda de la entrada. Pero aquella liberación no le causó alivio, al contrario, de repente se sentía despojada de su escudo y algo le decía que lo iba a necesitar.

—Parece que desde un tiempo a esta parte tu vida girara en torno a mí…

—Y así es —admitió.

—Sin embargo yo te acabo de descubrir. ¡No es justo! —cruzó

los brazos sobre el pecho, enfurruñada.

Hugo se acercó a ella y, valiéndose de ambas manos, desplazó su melena por detrás de los hombros, lo que provocó una inesperada descarga eléctrica sobre la columna vertebral de ella. Sin duda no estaba preparada para semejante sacudida, pues el escalofrío que la recorrió fue de órdago.

—Yo no tengo la culpa de que seas tan despistada —se burló—. Si te hubieras fijado más en tus compañeros de clase y menos en la punta de tus zapatillas, habrías advertido al bobo que se sienta unas mesas a la izquierda y que lleva meses sin ser capaz de quitarte la vista de encima durante toda la hora.

Ella achicó los ojos e hizo un mohín.

—Mmmmm me pregunto si además de bobo usa gafas, puesto que desde ya estoy convencida de que debe de estar muy mal de la vista.

Él meneó la cabeza, defendiéndose de la pulla con una mueca.

—O de la cabeza —continuó pinchando.

La atrapó por la cinturilla del pantalón y la arrambló contra sí, consiguiendo que sus cuerpos quedaran unidos en un abrazo juguetón.

—Estoy fatal de la cabeza —la besó en la frente—, pero sobre todo del corazón —y la besó con ternura en los labios—, y me temo que solo tú eres la culpable.

Clara recibió sus besos como un regalo del cielo y un agradable paliativo contra su alterado estado de nervios; e incluso sintió una inesperada sensación de desamparo cuando se separó ligeramente de ella.

—No sé si debería fiarme de ti, chico loco y cegato —bromeó. Y se sintió bien con el juego. Resultaba agradable poder bromear de igual a igual sin temor a ser castigada por sus palabras. Con Álex algo así era tan peligroso como impensable. Entre ellos hacía mucho que no existía ningún tipo de camaradería o complicidad, solo temor y mero instinto de supervivencia.

—Ven, te enseño esto.

La sujetó de la mano y la condujo por el pasillo dispuesto a ejercer de anfitrión. Clara se dejó llevar con una sonrisa permanente

dibujada en sus labios. Con él se sentía libre, se sentía feliz, se sentía plena… como una niña pequeña que ya no debiera preocuparse más por el alcance de sus juegos. Porque el niño mayor y abusón que habitualmente se propasaba con ella al menor descuido, ya no estaba cerca.

El piso era completamente diferente al que ella compartía con Álex. Si bien este era muy moderno y de nueva construcción, nada que ver con el edificio *Amanecer* que, como bien rezaba el nombre, debía estar allí precisamente desde el amanecer de los tiempos; la decoración del interior era sofisticada, visiblemente cara y a la altura de un nivel de vida que ella no se podría permitir ni en sueños.

"¡Cielo santo, el alquiler tiene que ser sanguino!".

Acto seguido se puso encarnada por pensar siquiera en algo tan frívolo. Al menos se permitió palmotearse la espalda mentalmente por haber sido tan cuerda como para no decirlo en voz alta.

Muy luminoso, muy espacioso y enooooorme. Paredes de un blanco impoluto, techos elevados, suelo de tarima y muebles de madera hechos a medida, de líneas simples y rectas, nada que ver con su mobiliario pintoresco del Ikea. Sin apenas cuadros, todo perfecto e impoluto dentro de un marcado estilo minimalista.

Por fortuna fue capaz de guardar la compostura y no ponerse a babear mientras paseaba la mirada por todas partes. En un momento dado miró a Hugo y se atrevió a imaginar por primera vez la clase de vida que habría dejado atrás, antes de entrar en la universidad. Estaba claro que su poder adquisitivo, al igual que el de su compañero, debía de ser alto. De otro modo, dos simples estudiantes no podrían costearse un piso de más de cien metros cuadrados solo para ellos dos. Aquello sin duda era un lujo innecesario. Puro hedonismo.

—Y esta es mi habitación —anunció, abriendo la puerta del final del pasillo y haciéndose a un lado. Clara entró en aquel espacio sin haber sido capaz de cerrar la boca desde el inicio de la visita guiada. Era un cuarto enorme, todo pintado de blanco, con un ventanal inmenso que ocupaba toda la pared del fondo y una cama baja de matrimonio en madera oscura. Ningún cuadro en la pared, ningún póster o estantería. Todo perfectamente blanco y aséptico. Solo una

lámpara de pie más alta que ella misma en una esquina, una cómoda oscura a un lado, una mesa de estudio abarrotada de libros perfectamente apilados, y una pequeña mesita oscura en un costado de la cama, a juego con el resto del mobiliario. Entre ambos, una estantería de cristal para DVD y CDS.

Su cabeza solo pudo emitir un silencioso pero magnificado *"Wooow"*. ¿Por qué aquel lugar tenía que parecer perfecto mientras que su propia su habitación de adolescente, y aún la de ahora, siempre había sido lo más parecido a una leonera?

—¿Arrepentida de la decisión que has tomado? —Hugo la tomó de las manos para tratar de reclamar su atención.

—No —balbuceó, tratando de emerger entre la marea de fascinación que la embargaba—. Aunque a estas alturas tampoco tendría mucho sentido estarlo. A estas horas mi suerte está echada.

—No te tortures más —le besó las manos con ternura—, todo saldrá bien. Te lo prometo.

Asintió. Tenía que salir bien o, de lo contrario, aquel sacrificio, aquella temeridad, no tendría sentido.

—Iré a preparar algo para picar —anunció con voz melosa—, ponte cómoda.

Clara asintió mientras le vio salir de nuevo de la habitación. Un suspiro prolongado llenó la estancia. Reposó las manos sobre las caderas y miró a todas partes. No se le podría sacar ni un pero a aquel lugar, ni al resto del piso en realidad. ¿Tendrían asistente? Meneó la cabeza y jadeó.

"*¿Dos estudiantes? ¿Estás loca?"*

Se acercó a la estantería de CDS y empezó a leer los lomos. Una amplia sonrisa asomó a sus labios cuando reconoció a algunos de sus grupos favoritos: *Love of lesbian, Sidonie, Dorian, Le mans…* Una oleada de calor, tibia y placentera, la recorrió por dentro y fue agradable sentir esa sensación de familiaridad con una persona que hasta hacía bien poco era una completa desconocida. Otro punto en común de los ciento y más que parecían tener.

Una vibración en el bolsillo trasero de los vaqueros la sobresaltó, haciéndole hipar. Cogió el teléfono y se quedó embobada mirando la

pantalla que continuaba iluminada.

"*Ya se estaba tardando mucho",* sollozó desesperada.

Su corazón brincó en el pecho y las tripas protestaron por milésima vez aquel día.

Ya se estaba tardando demasiado, cielo santo.

Deslizó el dedo por la pantalla y el mensaje quedó perfectamente a la vista:

—¿Dónde coño estás? ¿Con quién estás? ¡Vuelve a casa, maldita ramera, o te juro que te traeré a rastras!

Tragó saliva mientras apretaba los dientes hasta que le dolieron las sienes. El miedo que creía aletargado en su interior empezó a resurgir cobrando forma. Y su aspecto, por el amor de Dios, era monstruoso. Su primera reacción fue la de arrojar el teléfono lo más lejos posible de sí misma, como si se tratara de una bomba a punto de autodestruirse y llevársela por delante. Quizás alejando de sí aquel portador de amenazas, aquel maldito aparato que, a modo de cordón umbilical, la mantenía aún unida a Álex, podría alejarlo a él también de su vida. Apretó los dientes todavía más hasta que el dolor se volvió insoportable. Ojalá fuera tan fácil.

Solo cuando intentó teclear una respuesta fue consciente de hasta qué punto estaba temblando.

—No voy a volver, Álex, he tomado una decisión.

Ya estaba hecho. Lo peor ya estaba hecho. Porque por más que hubiera estado barruntando durante todo el día el modo en el que cortaría con él, el efecto no era ni remotamente comparable a decírselo al propio Álex. Mientras esperaba una respuesta, ¡porque la habría, por su vida que Álex no se iba a rendir sin presentar batalla!, encogía y estiraba los dedos de la mano libre en un tic frenético y obsesivo. Los dedos le picaban de ansiedad y las palmas de las manos estaban ya a esas horas completamente empapadas.

—*¿Con quién estás? ¿Quién coño te ha estado metiendo pájaros en la cabeza?*

El corazón zumbaba como un loco bajo el frenético compás que imponían sus tripas.

—*No estoy con nadie* —mintió. Lo esencial en esos momentos era

salvar a Hugo, apartarlo del punto de mira de aquel obsesivo francotirador—. *Creo que no hace falta que nadie me haga ver que mi vida a tu lado es un infierno.*

—Vuelve a casa. Si vuelves ahora puede que perdone lo que has hecho —¡Ja, seguro que sí!—. *Porque sabes lo que has hecho, ¿verdad? ¡Me has clavado una puñalada rastrera en toda la espalda! ¡Estás mordiendo la mano que te da de comer, puta!*

"La misma mano que me mancilla. La misma puñalada que me atraviesa el alma cada día."

—No voy a volver —repitió—. *Te abandono Álex, he tomado una decisión y no hay vuelta atrás.*

Casi pudo percibir esa venita latente en su sien o el modo en el que se le dilatarían las fosas nasales en un acceso de rabia.

—¡Maldita zorra! ¡Sabes que te voy a encontrar, solo estás retrasando tu regreso un poco más! Y cuando vuelvas… desearás no haber nacido.

Clara boqueó, sintiéndose como un pez arrojado fuera del agua. Era consciente de que Álex debía de sentirse en verdad desesperado y que, muy probablemente al llegar a casa y no encontrarla allí, se habría desfogado con todo lo que encontrara cerca. No quería ni pensar en el estado que debía mostrar su piso en esos momentos. Pero era mucho mejor que aquel aspecto lo mostrara el piso en vez de ella misma.

—*¿Tanto te cuesta entenderlo? Te dejo, Álex, se acabó.*

Y acto seguido abandonó la aplicación, apagó el teléfono y lo arrojó desganada sobre la cama. Ya estaba hecho. No había vuelta atrás, que Álex lo asumiera de una vez. Exhaló todo el aire que guardaba en el interior de sus pulmones hasta que sintió una enorme flojera dentro de sí. Tal vez se tratara del vacío que provoca la liberación de un lastre largamente soportado y que, a modo de caparazón, jamás había imaginado poder quitarse de encima, sino que había imaginado ya como una parte de sí misma.

Hugo regresó en ese momento. Portaba una bandeja con un par de sándwiches, dos latas de coca cola y una bolsa de patatas fritas. Todo un festín. Seguramente ella debía de mostrar una expresión

descompuesta pues, nada más verla, se quedó parado y lívido en mitad de la estancia.

—¿Todo bien?

Clara le miró durante un largo minuto. ¿Por qué Álex y él eran tan distintos? ¿Por qué Álex no podía parecerse ni remotamente a Hugo? ¿Y por qué diablos había conocido al monstruo antes que a su ángel benefactor?

—Álex está desesperado. Quiere que vuelva.

Hugo dejó la bandeja sobre la cama y salvó la distancia que la separaba de ella en dos amplias zancadas. Sin mediar palabra la atrajo hacia sí para envolverla en un cálido abrazo. Clara se dejó abrazar, cerró los ojos y usó su pecho a modo de almohada. Podía escuchar los latidos acelerados de su corazón bajo su oreja, y aquel sonido rotundo, sumado al calor que emitía su cuerpo, la invitó a la relajación. Nada podía pasarle con Hugo a su lado; eso era lo que quería y necesitaba creer. Él apretó el abrazo y hundió el rostro entre su pelo, aspirando su dulce aroma a coco.

—Quiero que estés tranquila —susurró sobre su cabeza—, nada malo va a suceder.

Clara se mordió el labio inferior, dejándose mecer por el amoroso puerto que le era ofrecido.

—Lo sé.

Y aunque en realidad tenía un mal presentimiento, no era el momento de llenar aquella luminosa estancia con los negros cuervos que graznaban en su corazón. Aquellos malditos cuervos, tan familiares por otra parte, debían emprender vuelo de regreso a lo más profundo de su alma y permanecer allí hasta el momento en que pudieran ser liberados.

Cenaron tranquilamente sentados en la cama, escuchando la música de *Love of lesbian* como acorde de fondo, si se podía definir como *tranquilamente* el hecho de que Clara no fuera capaz de tragar más de dos bocados consecutivos de su emparedado sin sentirse al

borde de la náusea. Se le había cerrado el estómago y no era capaz de deslizar nada por la garganta, a ratos incluso ni su propia saliva. Apenas hablaron durante ese tiempo. Ella permanecía ceñuda, inmersa en sus pensamientos y en los frenéticos sonidos que surgían de su interior, y Hugo parecía respetar y comprender su deseo de mantenerse en silencio.

Ya era cerca de medianoche cuando Hugo apagó la cadena musical y bajó la luz, obligándola a desconectar y descansar un rato. Clara, todavía vestida, se deslizó bajo la colcha y se tumbó sobre un costado, encogiendo las piernas en una perfecta imitación del modo en el que acostumbraba a dormir: sin ocupar más de lo necesario, recogida en un espacio mínimo, procurando no estorbar. Apenas medio segundo después, el brazo de Hugo la rodeó bajo la colcha y se acurrucó contra ella, atrayéndola hacia su cuerpo y besando su oreja.

El corazón de Clara amenazó con salírsele del pecho. ¿Cómo no hacerlo? ¡Él permanecía pegado a su espalda, abrazándola, consiguiendo que su pequeño cuerpecito aovillado encajara a la perfección en el hueco que le era ofrecido! Trató de no hiperventilar, pero su contención en esos momentos resultaba irrisoria. Por fortuna, Hugo parecía bastante más cuerdo que ella misma.

—Duerme, relájate —susurró contra su oreja.

—No sé si voy a poder contigo tan cerca —jadeó, conteniendo una risotada nerviosa.

Aún sin verla, pudo sentir la sonrisa de Hugo a su espalda.

—Si quieres me voy a la habitación de Lois.

Ella jadeó de nuevo.

—¡Faltaría más, es tu habitación y esta tu cama! Si alguien se tiene que ir, esa soy yo —y se removió sobre el colchón, haciendo ademán de levantarse. Un ligero movimiento y Hugo la apretó un poco más contra su cuerpo, evidenciando así su intención de no dejarla marchar.

—No seas ridícula, nadie va a marcharse —y a continuación en un tono aterciopelado—, te quiero Clara, pero creo que ambos sabemos que este no es el momento ni el lugar. Tienes muchas heridas que cerrar antes de pasar al siguiente nivel. Soy muy consciente de

ello —de nuevo depositó un millar de besos sobre su pelo, desparramado sobre la almohada—, te esperaré todo el tiempo que sea necesario.

Su voz sonaba muy persuasiva; era imposible negarle nada.

—¿Y si te cansas de esperar?

De pronto un nuevo e inesperado miedo la embargó. Porque él decía quererla, de hecho lo demostraba a cada segundo, pero también era un hombre. ¿Y cuánto tiempo podría esperarla un hombre y permanecer a su lado sin sexo? A ella le gustaba, ¡sí, muchísimo! de hecho estaba completamente enamorada de él. Y también le deseaba. A esas alturas resultaba una necedad ponerlo en duda. Todo su cuerpo actuaba con vida propia cada vez que él se encontraba cerca, como en ese instante, acalorándose, enervándose, vibrando y poniéndose en peligro ante el olvido de algo tan necesario como la respiración. Pero no estaba segura de poder entregarse por completo, no aún, sin reservas, como él merecía y ella deseaba, después de todo lo que había pasado con Álex. Después de haber sido vejada sexualmente, de haber sido agredida y forzada por el monstruo cada vez que a él le venía en gana, no iba a resultar tan fácil disfrutar de nuevo del sexo, plenamente, sin que los fantasmas del pasado acudieran a empañar el momento.

—¿Por qué iba a cansarme? Llevo esperándote todo el curso sin albergar la menor esperanza de conseguirte; ahora que te siento a mi alcance, que noto tu piel entre mis dedos, sé que mi sueño no es inalcanzable. Te esperaría mil años, si mi vida se prolongara tanto.

—Exagerado…

—Soy un tipo romántico, ¿qué le voy a hacer? —bromeó. Y Clara se acurrucó más plácidamente entre sus brazos. Romántico… y maravilloso. Era una suerte que se hubiera fijado en ella. Después de tantas jornadas de tormenta, la visión al fin de la calma chicha era más que apetecible.

Bostezó de forma involuntaria.

—Deberías dormir —susurró Hugo contra su oído.

—¿No te vas a marchar?

—Te lo prometo. Me quedaré contigo toda la noche. Además, ¿a

dónde voy a ir? —Su tono reflejó el propósito de una broma—, no olvides que esta es mi cama.

—No creo que pueda olvidarlo —jadeó.

—Duerme.

Debía estar más cansada de lo que creía después de un día larguísimo en constante tensión mental y emocional, puesto que no replicó, ni porfió, ni bromeó. Después de un último suspiro decidió dejarse llevar hasta que un sueño profundo la sorprendió.

CAPÍTULO 12

Hacía un buen rato que Lenny se había despertado. La noche anterior, pese a ser viernes, no había salido, si no que se había decidido por quedarse en casa viendo una película en blanco y negro subtitulada que pasaban por la *Paramount.* Al final, entre palomitas, coca colas y peli, le habían dado las tantas de la madrugada espatarrada en el sofá. De todas formas ahora se encontraba fresca como una lechuga; no era lo mismo haber trasnochado en casa, permaneciendo adormecida en un constante estado de duermevela, que pasarse toda la noche de fiesta loca, bebiendo, fumando y bailando encima de unos tacones imposibles.

El sonido chirriante del timbre la sorprendió, obligándola a dar un respingo y llevarse una mano al pecho, no fuera a ser que el corazón saltara al exterior. Odiaba aquel ruido arcaico e insufrible; tendría que decirle al casero que renovara las instalaciones y cambiara aquel maldito timbre de botón de los años sesenta con sonido taladrante y aspecto amarillento, por un timbre normal y corriente con algún tipo de musiquita agradable. Total, con lo que le clavaba cada mes por el alquiler bien podría él mismo tocarle el violín al lado de la puerta ante cada visita.

Dirigió una mirada rápida al reloj de la cocina. Las ocho y media. Demasiado temprano para visitas inesperadas, salvo que se tratara de algún amigote que se pasara por su piso de reenganche. ¿A qué hora cerraba el último *after*? Resopló, no le apetecía nada soportar la post borrachera de ninguno de sus colegas. No se le daba demasiado bien el papel de mamaíta condescendiente. Se levantó a desgana, arrastrando las zapatillas de zarpas de oso y la bata de casa que se descolgaba sobre un hombro, de mala manera, dejando parte de su

cuerpo al descubierto, hasta llegar a la puerta y ponerse de puntillas para observar a través de la mirilla de rueda. Casi se le congela el corazón en el pecho en ese instante, del mismo modo que se truncó la respiración, suspendida en el borde del labio inferior. ¡Álex! ¡Álex, maldita sea!

—¡Joder! —la palabra escapó de sus labios de forma inconsciente, mientras se retiraba de la mirilla en un acto reflejo en el mismo momento en el que él alzaba la vista hacia allí. Tragó saliva y se llevó la mano al cabello, cepillándolo hacia atrás con los dedos en un único y frenético movimiento. Había esperado algo así en cualquier momento, pero no estaba segura de poder lidiar con ello ahora que lo tenía delante.

Un nuevo chirrido procedente del timbre la sobresaltó. Y otro, y otro más. Hasta que el Cromañón se aburrió, perdió la paciencia y empezó a aporrear la puerta con ambos puños.

—¡Sé que estás ahí, Lenny, así que abre la maldita puerta de una vez! —bramó desde el otro lado.

¡Iba a despertar a todos los vecinos con aquellos malditos mamporros! Se abrazó a sí misma, apretándose la cintura en un gesto sobre protector, replegó los labios al interior de la boca y su cabeza empezó a trabajar a marchar forzadas. Tenía que reaccionar e idear algo o sino, aquel cavernícola acabaría por echar la puerta abajo. Y estaba claro que tampoco se marcharía por más que se hiciera la loca y pasara de contestar. Había podido ver sus ojos durante una fracción de segundo y esos ojos, santo Dios, eran los ojos de un auténtico demente.

—¡Piensa Lenny, piensa…!

Inhaló y exhaló un par de veces tratando de insuflarse ánimos hasta que la bombillita de la intuición se iluminó en su cabeza. Corrió a la cocina. Una vez allí rebuscó en el cajón de los cubiertos hasta que encontró un cuchillo enorme y, sujetándolo con firmeza por el mango como si se tratara de una prolongación de sí misma, lo escondió tras la espalda para encaminarse decidida hacia la puerta. Sabía lo que tenía que hacer y lo que haría si titubear en caso de ser necesario. Estaba al borde de la hiperventilación, pero la suerte estaba echada. Exhaló con

nerviosismo justo antes de descorrer el cerrojo y hacer girar la llave. Justo en ese momento la puerta se abrió con una violencia brutal, como si un huracán hubiera cargado contra ella llevándose por delante todo lo que abrigara detrás. Eso incluía a Lenny, que se vio obligada a retroceder hasta quedar empotrada literalmente contra la pared en el mismo instante en el que una masa enorme, pesada y furiosa, cargaba contra ella, apresándola con rudeza por el cuello y obligándola a resollar como un animal herido. Quedarse sin aliento, al borde del infarto, con los ojos desorbitados y la tráquea aplastada por una argolla de carne y hueso fue todo uno. Además y, de algún modo, se sintió flotando en el aire, porque aquel energúmeno la empotraba con tal ímpetu contra la pared que incluso había conseguido alzarla unos milímetros del suelo; suelo que ahora ya solo era capaz de rozar con la punta de los dedos de los pies.

—¿Dónde está? —siseó contra su cuello. Y pudo percibir su apestoso y acre aliento a alcohol a tan tempranas horas de la mañana. ¿Acaso aquel tío desayunaba con orujo?—. ¿Dónde la has escondido?

—¿A quién? —sabía perfectamente a quien se refería, solo quería ganar un poco de tiempo. Álex, visiblemente irritado y escaso de paciencia, cerró más la manaza sobre su cuello, amenazando con quebrarlo. En su rostro asomó una sonrisa pérfida, la sonrisa mezquina del que se sabe en disposición de la vida de otro.

—¡Ya sabes a quien! ¡A la zorra de tu querida amiga! —recorrió la estancia con la mirada en una visualización rápida—. ¡Acabemos con esto de una maldita vez! ¡Dile que salga!

Lenny intentó tragar saliva y solo consiguió hacerse daño en la garganta. Apenas podía respirar, de hecho su respiración era tan entrecortada como jadeante.

—¡Dile que salga o las dos lo vais a pagar! ¡No estoy de broma! ¡Sal, Clara, maldita zorra!—ella pateó, forcejeó y se revolvió bajo la dura opresión de su mano, notando de pronto un pequeño bulto a su espalda, bajo el brazo que permanecía retorcido entre su cuerpo y la pared. Eso le recordó…

En un movimiento rápido y desesperado deslizó el brazo, perfectamente armado, para interponerlo entre los dos. La visión de

aquel cuchillo de dimensiones enormes obligó a Álex a soltar su presa y retroceder en un primitivo instinto de supervivencia. Lenny sintió entonces que las tornas cambiaban y que ahora ella era la que dominaba la situación. Una sonrisa siniestra asomó a sus labios, que en realidad no era otra cosa más que la satisfacción de ver tan cercana la posibilidad de desarmar al monstruo.

"¡Tu vida por la mía, cabrón!".

—Clara no está aquí —farfulló con voz entrecortada. Todavía le dolía la garganta después de la agresión, era como un resquemor molesto, un picor insoportable—. Y aunque estuviera, no se iría contigo, hijo de perra. Ha decidido empezar de cero sin ti, lo que me parece muy bien. Es más, debería haberlo hecho mucho antes —rumió con desprecio.

Álex la miró de forma sesgada, sesgando también una sonrisa traicionera. Debía de estar calibrando lo que había de cierto en las palabras de aquella rubia desmelenada, si en verdad Clara no estaba con ella o si simplemente ambas le estaban tomando el pelo.

—Clara es mía, y ella lo sabe —rotundo—. Me la llevaré lo quiera o no. Lo quieras tú o no.

Lenny pateó el suelo con impaciencia.

—¡Que no está aquí, te digo!

—Dile que salga, sé buena chica, y procuraré ser benévolo contigo. Tú no me interesas, solo la quiero a ella —y dicho eso, dio un paso al frente.

Lenny reaccionó enarbolando con nerviosismo el cuchillo, lo que obligó a Álex a detenerse en seco y levantar las manos, exponiendo las palmas a modo de rendición.

—¡No te acerques o te rajo, maldito cabrón! —gruñó—. ¡No te atrevas a volver a tocarme ni a tocar a Clara, porque te abro en canal como el cerdo que eres! —él apretó la mandíbula hasta que las sienes vibraron—. ¡Y ahora vete de aquí o llamo a la policía!

—Vaya, no sabía que fueras una gatita tan valiente, creo que me equivoqué de amiga —siseó, mirándola ahora con un halo de lascivia en las pupilas—, pudimos haberlo pasado muy bien, Lenny, ¿por qué no me he fijado antes en ti?—su voz se transformó de pronto en un

asqueroso tono zalamero—, todavía podemos pasarlo muy bien gatita, baja ese cuchillo…

A Lenny se le revolvió el estómago de puro asco. Enarboló de nuevo el cuchillo hacia él, obligándolo a retroceder un par de pasos. Quizás no se tratara solo de la visión de aquel filo enorme, si no de la expresión desquiciada de aquella chica que le miraba con aspecto de lunática, abriendo unos ojos como platos, totalmente inyectados en sangre, y apretando los dientes como un perro rabioso. En verdad en esos momentos solo le faltaba espumar por la boca para parecer infectada de rabia.

—¡Yo no soy Clara, maldito cerdo! —rugió—. ¡Lárgate de mi casa y no vuelvas nunca más, o te rajo!

Decidida, dio un paso al frente, trazando círculos en el aire con el filo amenazante. Álex expuso todavía más sus palmas, dando a entender que no quería problemas. Además, estaba claro que aquella estúpida de Clara no estaba allí o de lo contrario habría salido en el mismo instante en el que él arremetió contra su amiga. Aquella boba era tan ridícula que no hubiera permanecido oculta en su escondrijo mientras la vida de su querida amiga del alma se viera comprometida. No, hubiera salido con el rabo entre las piernas, como hacía siempre, la muy perra.

—¡Que te vayas te digo!

—Está bien, ya me voy —dijo, torciendo los labios en una sonrisa siniestra—. Piénsatelo, Lenny, guapa, todavía podemos pasárnoslo de vicio.

Y dicho eso le guiñó un ojo, justo antes de desaparecer, retrocediendo de espaldas, por el hueco bajo el umbral. Lenny se abalanzó contra la puerta para pasar la llave y el cerrojo con gran dificultad; las manos le temblaban tanto que la cadenita se escapaba una y otra vez entre sus dedos, decidida a no pasar por la rendija correspondiente. Al final, cuando consiguió ponerse a salvo, se dejó caer de espaldas contra la puerta, exhaló hasta que consiguió vaciar todo el oxígeno de los pulmones y cerró los ojos, tratando de acompasar la respiración. Ojalá hubiera tenido a mano una bolsa de papel, porque en ese instante se encontraba al borde de un ataque de

ansiedad. De forma involuntaria empezó a sollozar entre hipidos y fuertes convulsiones. Ahora que el subidón de adrenalina empezaba a remitir, parecía estar siendo verdaderamente consciente de lo que acababa de suceder. Boqueó de forma exagerada, sintiendo que le faltaba el aire, apoyándose tambaleante contra la pared. ¡Santo Dios! ¡Había cogido un cuchillo y se había enfrentado a él a pecho descubierto, como la heroína de una película gore! Aquello había sido una temeridad. Miró el cuchillo, que aún sostenía en la mano, con horror, para arrojarlo lo más lejos posible. Se abrazó a sí misma y empezó a temblar de forma convulsa.

Ahora sabía cómo se las gastaba Álex y fue consciente del infierno que Clara había tenido que soportar durante todos aquellos años. ¿Cómo había podido hacerlo? ¿De dónde había podido sacar las fuerzas necesarias para llevar a cabo semejante resistencia? Aquel tío era un demonio, un sádico y un psicópata. Y había estado en su casa, la había empotrado contra la pared, la había aferrado por el cuello… (¡A saber todo lo que le habría hecho a Clara, libremente, cómodamente, bajo el amparo de saberse en su propio hogar!), pero ella… ella no se había amilanado, ella le había hecho retroceder con ayuda de un cuchillo.

El miedo la atenazó por dentro, revolviendo todas y cada una de sus vísceras hasta el punto de que tuvo que agarrarse al vientre y marchar corriendo dirección al WC, donde finalmente se liberó.

Clara se despertó muy temprano a pesar de lo cómoda que se había sentido bajo el amoroso contacto de aquellas mantas y de los brazos de Hugo, que durmió toda la noche pegado a ella, meciéndola y rodeándola con sus brazos para tratar de proporcionarle calor y calma.

Mientras Hugo remoloneaba aún en la cama se levantó con sigilo, procurando no despertarlo, se encerró en el cuarto de baño integrado en la habitación- otro lujo a tener en cuenta en aquel piso-, se desnudó con calma y se dio una ducha más larga de lo normal.

Sentir el chorro caliente, casi hirviendo, que manaba de la alcachofa para llover sobre sus hombros y su pecho era altamente reconfortante y acabó por despertarla del sueño. El amplio habitáculo dentro de la mampara de cristal se transformó al cabo de escasos segundos en una auténtica cabina de humo debido a las elevadas temperaturas del agua, empañándose completamente de vaho; todo su cuerpo, pálido como si jamás hubiera visto la luz del sol- y muy posiblemente así fuera-, empezó a vestirse de un millón de ronchas rojizas que se extendían por todas partes como una enfermedad vírica. Cerró los ojos y tragó un cálido chorro de agua, dejándose embriagar por la sensación de libertad y ahogo que le proporcionó el gesto. Apoyó ambas manos, abiertas como ventosas, contra los azulejos, y continuó bebiendo con violencia hasta casi ahogarse. Había sido valiente. Había intentado recuperar las riendas de su vida y por el momento el resultado no había sido tan malo; claro que con Álex no había que confiarse. Su mente era tan retorcida y él tan rencoroso, que no perdonaría con facilidad el hecho de que le hubiera abandonado. Seguramente había creído que la tenía asegurada a su lado de por vida, a sabiendas de que dependía de él, y por ello el sablazo a su autoestima habría sido bestial. A esas horas debía estar furioso como un animal herido. Su vanidad había quedado tocada.

Salió de la ducha, se secó con fruición y se cepilló la melena con todo el brío que pudo concederse para no arrancar la cabellera de raíz. Su larga y abundante melena resultaba muy difícil de domesticar por las mañanas, por lo que el intento de conseguir de ella algo aceptable para la vista se reducía a que, con el paso de las horas, no pareciera la pelambrera de un león recién salido de una refriega. Después de invertir en el proceso sus buenos diez minutos y acabar desistiendo con un suspiro de hartazgo, se vistió con la ropa del día anterior. No era la mejor opción, pues estaba muy arrugada después de haber dormido con ella, pero era lo único que tenía y debía servir. Había salido de casa con lo puesto, nadie la había advertido que el plan de abandonar a Álex fuera a ser tan inmediato, por lo que había salido de casa con lo mínimo para ir a clase y pasar el día. Por fortuna sí llevaba encima la documentación personal, pues la cartera era algo que la

acompañaba siempre dentro de cualquiera de sus bolsillos.

Cuando regresó a la habitación Hugo ya no estaba allí. En su defecto vio la cama perfectamente abierta, ventilándose gracias a la hoja oscilante de la ventana que permitía entrar una ligera corriente de aire, suficiente para mecer las cortinas y proporcionar un viso de aire fresco a la estancia. También para hacer que Clara se estremeciera de arriba abajo ante la invasión de la temperatura que imperaba en el exterior. El chisporroteo de aceite sobre una sartén y el agradable olor que llegó en volandas hasta ella hicieron rugir sus tripas. Tenía hambre, ¡y mucha!, ahora se daba cuenta de que podría comerse un elefante entero si olía tan bien como lo que sea que fuese aquello que enardecía su olfato de tal manera. Siguiendo un instinto de lo más primario persiguió aquel apetecible aroma hasta que acabó irrumpiendo en la cocina. La imagen que Hugo le ofreció, ataviado con un simpático delantal con motivos eróticos que solicitaba que besaran al cocinero, trajinando en total concentración con sartenes, cartones de huevos, cartones de zumo y recipientes de plástico para depositar en ellos todo el contenido recién cocinado, la obligó a esbozar una sonrisa. Resultaba de lo más… agradable, verlo así, en *casa*, tarareando tranquilo alguna canción que no fue capaz de descifrar. Por fin, después de tanto tiempo, una mañana familiar y tranquila, como la de cualquier pareja normal.

Algún sonido debió emitir arrebujada bajo el umbral, apoyada al descuido sobre el dintel, pues en un momento dado se volvió hacia ella, dándole la bienvenida con una sonrisa radiante.

—Buenos días —dijo.

La sonrisa que Clara le devolvió no tenía nada que envidiarle. Dio un paso al frente para situarse a su lado y deleitarse con la contemplación de los huevos fritos, las salchichas, las tostadas con mermelada y los vasos de zumo que había preparado para los dos. Definitivamente aquel chico era un tesoro.

—Eso tiene muy buena pinta —dijo, señalando con el dedo el maravilloso buffet libre.

—No sabía lo que solías desayunar, así que he hecho un poco de todo —encogiéndose de hombros.

Clara arrancó una esquinita de la tostada que pilló más a mano y la mordisqueó con timidez ante la mirada satisfecha del chef.

—No acostumbro desayunar nada más que cosas rápidas: barritas de cereal, un zumo, un yogurt… —esbozó una sonrisa condescendiente—, creo que te has pasado.

—No, lo que sucede es que tú deberías alimentarte mejor —riñó. Ella puso los ojos en blanco y acabó por robarle la tostada entera y pegarle un bocado cómico, de tan exagerado, en ademán provocativo. Mmmmmm, con mermelada de melocotón estaba realmente deliciosa —. O elegir mejor al cocinero —remató.

Clara le miró con ternura, una ternura almibarada que rebordeaba de sus pupilas y de las comisuras elevadas de sus labios.

—Lo sé, cada minuto que comparto a tu lado me doy cuenta de lo pésimas que han sido mis elecciones en el pasado. —Retiró una de las sillas que flanqueaban la mesa de cristal de la cocina -¡de cristal, santo Dios, menudos sibaritas estaban hechos aquellos dos!-, y se sentó complacida. Y cómoda. En aquel piso, al lado de Hugo, se sentía *en casa*; algo que jamás había podido experimentar en todo el tiempo que había permanecido al lado de Álex. Con él todo estaba perfectamente medido: los sentimientos, las emociones, cada palabra y cada gesto cotidiano. A su lado ya solo era capaz de sentir miedo, respeto o retraimiento. Jamás se había sentido verdaderamente libre.

Hugo llevó todo a la mesa, disponiendo los servicios para los dos, y antes de sentarse, sorprendió a Clara con un beso en la frente. Clara permaneció con el bocado en suspenso en la boca. Aquel gesto, tan tierno como inesperado, acababa de descolocarla por completo. Hugo por entero la descolocaba. Era tierno, detallista y siempre estaba pendiente de ella. Algo que Álex jamás le había hecho sentir. Aunque bien mirado, nadie más intenso y pertinaz que Álex para demostrar estar constantemente encima de ella, acosándola y haciéndole sentir prisionera de su propia vida. Por supuesto, con él de carcelero.

Una insistente vibración en el bolsillo trasero de los vaqueros la trajo de vuelta al mundo real, amenazando con empañar el perfecto momento relax del desayuno. Se obligó a tragar el bocado con dificultad, mientras las tripas empezaban a brincar anticipándose a lo

que intuían que estaba por venir. Casi dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio que no se trataba de Álex, si no de Lenny. Aunque el hecho de que fuera Lenny, un sábado por la mañana, tampoco resultaba muy tranquilizador.

—¿Lenny, ha pasado algo?

Por el tono atropellado de Lenny, que hablaba soltando las palabras por la boca a velocidad de locomotora, estaba claro que sí había pasado algo. Y lo que fuera, no era bueno.

—¡Tenéis que iros de Santiago! —fue lo único que Clara consiguió entender de una larga frase de incongruencias. Lenny farfullaba tan rápido que apenas podía entenderse nada de todo cuanto decía, pero por el tono empleado estaba claro que blasfemaba sin contención.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué?

—¡Ha estado aquí!

De forma inconsciente Clara miró a Hugo, que a su vez la miraba a ella con gesto interrogante, y apretó la tecla de manos libres para hacerlo partícipe de la conversación. Ahora le necesitaba más que nunca o, de lo contrario, todo el aplomo y la sangre fría mostrados hasta el momento se desvanecerían como nieve de julio.

—¿Quién ha estado ahí? —su voz sonó en un registro demasiado bajo y sombrío. Sabía de sobra a quien se refería Lenny. Solamente existía una persona en el mundo con la capacidad de manipular y enturbiar toda su vida hasta reducirla a una mierda. Solo *él* poseía esa supremacía.

—¡Álex, Álex ha venido a mi casa! —Estalló desde el otro lado de la línea—. ¡Se ha ido hace apenas diez minutos!

Por supuesto se abstuvo de enumerarle la retahíla de insultos y amenazas que el muy imbécil escupió en su cara, su olor rancio a alcohol y el lado lascivo de la conversación, amén de la presencia redentora de aquel maravilloso cuchillo al que, de ahora en adelante, iba a adorar como a un dios pagano. Clara envió saliva y notó que, deslizándose por su garganta, la sensación era la misma de tragar un puñado de grava. Miró a Hugo, que la miraba tenso, con los puños apretados y el ceño fruncido.

—¿Te ha hecho algo? —Su voz, vibrante y apenas audible, sonaba en verdad preocupada. A continuación bajó el tono para expresarse apenas en un murmullo—. Dime que no te ha hecho nada, por Dios…

—Más bien he estado a punto de hacerle algo yo a él—dijo la otra en tono socarrón, recordando el cuchillo redentor y la mirada desquiciada del celador sexy cagadito de miedo—, le hice huir con el rabo entre las piernas.

El suspiro de alivio de Clara se hizo audible por toda la estancia, aunque no consiguió insuflar alivio al alma contrita de su compañero. Hugo estaba en esos momentos que se lo llevaban los demonios, aunque tampoco podía negar que en su fuero interno se esperara algo así. Clara no estaba en casa. ¿Dónde buscarla? ¡En casa de Lenny!

—¡Oh Dios, Lenny, —empezó a sollozar sin contención—, lamento que hayas tenido que pasar por algo así por mi culpa! ¡Lo siento, lo siento!

—No pasa nada cariño —se oyó un suspiro prolongado que trataba de marcar un antes y un después en la conversación. La exaltación inicial daba ahora paso a la mente fría—. Yo sí que siento todo lo que has tenido que vivir al lado de ese hijo de puta.

Miró a Hugo, que a esas alturas ya estaba totalmente crispado en su asiento, y sintió el peso de un agujero enorme empezando a formarse en su pecho. El silencio se prolongó durante más de un minuto mientras ambos se miraban, calibrando cada uno los sentimientos del otro. Lenny, de forma sorprendente, también parecía sumida en un mutismo extraño.

—Debéis iros de Santiago —insistió por fin después de una pequeña tregua—. Es cuestión de tiempo que os encuentre y, teniendo en cuenta lo desquiciado que está, no será nada bueno que lo haga. Ese tío está como una puta regadera.

—No creo que huir sea la mejor opción… —gimió Clara, sintiéndose perdida.

—¡Es-la-única-opción! —intervino Hugo de pronto, enfatizando cada sílaba. Clara le miró de hito en hito, sintiendo cómo las tripas iniciaban un baile en cuadrilla en el interior de su vientre—. Lenny,

Lenny, ¿me escuchas? —Hugo alzó la voz, levantándose de su asiento para acercarse a Clara y hacerse oír.

—Te escucho, Hugo, dime.

—Vamos a irnos, ¡ya mismo!, haremos las maletas y nos iremos de la ciudad. ¿Crees que podrías dejarle algo de ropa a Clara? —ella le miró muy seria, parpadeando de forma nerviosa para tratar de asimilar la intervención de Hugo, pero sin contradecir sus palabras. Al contrario, se sentía feliz y orgullosa de que, incluso en un momento apremiante como aquel, Hugo decidiera continuar a su lado. Sería tan fácil evitar una carga que no era la suya y continuar con la vida acomodada y tranquila que parecía llevar… y sin embargo renunciaba a todas sus comodidades por ella. Arriesgaba incluso su vida por ella. Por ayudarla a soportar su lastre.

—Sí, prepararé una bolsa de viaje y la dejaré en algún lugar convenido. No es bueno que nos veamos por si ese lunático me tiene vigilada —jadeó—, lo que no me extrañaría nada en un psicópata como él. Es una buena idea, Hugo, podría funcionar.

Hugo asintió, como si la camarera se encontrara frente a él y no del otro lado de la línea telefónica.

—Bien, estaremos en contacto entonces. Gracias por todo, Lenny.

Clara apenas podía articular palabra, tal era el estado de nerviosismo que la embargaba. La inminencia de una huida, así como el miedo irracional –o racional, siendo precisamente eso: racionales-, que sentía hacia Álex, empezaba a arrastrarla al borde del histerismo.

—Gracias, Lenny, estamos en contacto —consiguió balbucir. Y aplastando los labios contra el teléfono, le envió un sonoro beso antes de colgar. Entonces miró a Hugo con ojos brillantes a causa de los cientos de lágrimas no derramadas—. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Nunca lo había estado tanto —rotundo. Aunque su tono se dulcificó en el acto cuando se dirigió a ella de nuevo—. ¿Prefieres quedarte y enfrentarlo? —Clara abrió mucho los ojos—. Si es lo que quieres, nos quedaremos y le haremos frente. Tú y yo, juntos. Podremos hacerlo.

Clara parpadeó, tratando de ahogar el indeseado ejército de lágrimas cegadoras. ¿Plantarle cara a Álex? Cierto que la presencia de

Hugo conseguía insuflarle seguridad y confianza, pero no la suficiente dosis de insensatez como para esperarle a puerta gayola.

—¿A dónde iremos? —fue su respuesta.

—No sé, tengo que pensar en algo. —Se llevó la mano al cabello y se lo cepilló con los dedos con impaciencia—. Mis padres tienen un apartamento en Mallorca, quizás…

Clara meneó la cabeza, llenando la estancia de jadeos y suspiros. Se llevó las manos a la frente y retiró el cabello hacia atrás. ¿Era justo? ¿Lo era para él?

—Hugo, no tienes por qué seguirme en esto, de verdad.

—No voy a dejarte sola —fue tajante.

—Pues creo que es precisamente lo que deberías hacer; dejarme marchar sola.

—¿Crees que voy a dejarte ir? ¿Con ese psicópata suelto? —jadeó con impaciencia—. Me conoces muy poco.

—La verdad es que así es. —Hugo le dirigió una mirada rauda y dolorida—, demasiado poco como para inmiscuirte en algo así. Me has acompañado hasta aquí, pero es el momento de que me dejes seguir sola. Es mi guerra y soy yo la que debe luchar en ella.

—No, ¡no! —Tomó sus manos con desesperación para llevárselas a los labios y cubrirlas de besos—, quiero que seas tú quien tomes las decisiones que consideres oportunas, que seas tú la que elijas, se hará lo que tú quieras… pero por favor, permíteme continuar contigo. Hagámoslo juntos, —estrechó sus manos con fuerza llevándoselas al pecho, al lugar bajo el cual zumbaba el corazón—. Quiero estar contigo, no me alejes de ti, permíteme seguirte.

—¿A dónde…? ¿No ves que esto no tiene salida? —jadeó, inspirada por las lágrimas que hacían ya acto de presencia.

—Ya pensaremos en algo. Como te digo, mis padres tienen un apartamento en Mallorca. Quizás sea buena idea empezar por ahí, luego ya pensaremos en otra cosa. Cualquier otra cosa.

—No es justo que te arrastre… —sollozó. Pero Hugo la cortó en el acto.

—Lo que no es justo es que no me permitas decidir por mí mismo. Si yo he tomado la decisión de seguirte, de estar a tu lado,

¿por qué pretendes impedírmelo? Creo que soy mayorcito para saber lo que quiero —se inclinó para buscar su mirada—, salvo que tú no me desees a tu lado, entonces aceptaré tu decisión y me apartaré.

Clara negó con rapidez. ¡Por supuesto que le quería a su lado! Estaba completa y perdidamente enamorada de él. Él era savia nueva en su vida, sin él, sin su presencia, se sentiría ahogar.

—Las clases…

Hugo meneó la cabeza.

—Ya pensaremos algo, lo importante es ponerte a salvo. Es lo único que me preocupa en este momento. Por lo demás, ya habrá tiempo de retomar las clases en cualquier otro lugar. Estamos terminando el último cuatrimestre, no perderíamos el curso entero. ¡Y como si lo perdiéramos! Nos tomaremos un año sabático.

Clara le miró fijamente, deseando creer en sus palabras. Había tomado una decisión, había dado un paso en su vida que, de haber estado sola, jamás hubiera sido capaz de dar; no había llegado tan lejos para asustarse ahora como una chiquilla y arrepentirse y lloriquear por las esquinas.

—Todo va a ir bien, Clara. —Tiró de sus manos para acercarla a su cuerpo y rodearla en un abrazo protector—. Vas a estar a salvo, te mantendré a salvo.

CAPÍTULO 13

Apenas tres cuartos de hora más tarde y tras organizar un pequeño *trolley* con sus pertenencias, Hugo abandonó el piso para acudir al lugar acordado con Lenny a través de un mensaje de texto. La había citado en una cafetería-pastelería unas cuantas calles más abajo; no quería exponerla a callejear por Santiago a riesgo de que aquel celador lunático la tuviera vigilada, pero tampoco quería conducirla directamente hacia su piso porque sabía que ella era el cebo perfecto para aquel tiburón hambriento de carnaza. Y estaba seguro de que lo que encontraría tras seguir su rastro le resultaría más apetecible que la rubia intrépida.

Clara esperó en el piso, dándole vueltas a la cabeza y sintiéndose incapaz de estarse quieta. En realidad paseaba de una estancia a otra como un animal enjaulado, recorriendo cada habitación sin fijarse en absolutamente nada de lo que había en ellas, mientras retorcía frenéticamente los dedos, mordía el labio inferior y permanecía con el ceño fruncido y semblante sombrío. Sabía que aquel era un paso necesario. Nunca había confiado en que Álex la dejara ir sin más. Era demasiado posesivo y orgulloso como para permitir que le arrebataran algo de su propiedad, y ella, en la cabeza de aquel lunático, lamentablemente era solo eso: un juguete de su propiedad que solo dejaría cuando se cansara de él o decidiera sustituirlo por otro mejor.

Alguien sabio había dicho en una ocasión que jamás se debe huir de los problemas porque estos te persiguen hasta que te alcanzan, tarde o temprano. Por más que corras, por más que escondas la cabeza cual avestruz, el problema (traducido en la persona de Álex en este caso) seguirá estando ahí, correrá contigo, pegado a tu sombra, para torturarte hasta el fin de los días y amenazar toda tu existencia con la negra silueta de su sola presencia. Pero como todo en esta vida, existen excepciones. Y hay casos en los que resulta más liberador

escapar en sentido opuesto que correr de frente en busca del problema. Entre otras cosas, porque con Álex resultaba imposible razonar. A esas alturas sería como un toro enajenado persiguiendo un pañuelo rojo. Y hasta que lo alcanzara y lo destrozara bajos sus astas, no iba a detenerse. Con él, y estaba completamente segura de ello, era cuestión de matar o morir.

Una chispa de intuición cruzó de pronto por su mente, todos los engranajes de su cabeza encajaron a un tiempo y una pequeña grieta de esperanza rasgó el manto opaco que velaba su horizonte. Matar o morir. Quizás esa fuera la mejor solución, la forma de encarar el problema para no tener que arrastrarlo toda su vida como un pesado lastre que le impidiera avanzar. Y estaba Hugo. Tenía que pensar en Hugo y no solo en sí misma. Aquel chico, empecinado en permanecer a su lado, no merecía cargar de por vida con un lastre tan pesado como incómodo. Y que, aún por encima, ni siquiera le pertenecía.

Fijó su mirada en el vacío justo en el preciso instante en que las piezas de su rompecabezas mental empezaban a encajar. Despacio, muy despacio, sus pensamientos formaron una idea repentina, tal vez descabellada, pero que quizás, y solo quizás, podía funcionar. Tenía que quedarse con eso: con la posibilidad de que llegara a funcionar. No tenía ninguna garantía, nada que le asegurara que aquel plan forjado en su mente a la desesperada, pudiera salvar la vida de ambos, pero era lo único que tenían en ese momento y debían sacarle partido. Álex no era un tipo razonable que aceptara negociaciones así que, por más vueltas que le diera en su cabeza, era la única opción. Matar o morir. Tenía que intentarlo.

Hugo paladeó muy despacio las últimas palabras del plan de Clara. Al fin y al cabo, mirándolo bien, no parecía tan descabellado. Puede que incluso llegara a funcionar a pesar de las pinceladas dignas de novela negra que rebordeaban por todas partes. ¿De dónde habría sacado la inspiración? ¿De la maestra del suspense, Agatha Christie? ¿Del perverso Faulkner? No, sin duda la iluminación para tan *brillante*

idea provenía de Virginia Wolf. No le cabía la menor duda. Virginia Wolf y su tétrico final. Y al tiempo. En realidad lo mismo daba. No tenían mucho más a lo que atenerse y tampoco mucho que perder. Iban a irse de Santiago de todos modos, así que ¿por qué no adornar el mutis con una justa dosis de tragedia? Puede que existiera una posibilidad, aunque remota, de que aquel pequeño disparate saliera bien. Al fin y al cabo, tiempos desesperados requieren medidas desesperadas. Y aquel sin duda era un tiempo desesperado acorde con la medida que iban a tomar.

Paseó la mirada por el autobús que los llevaría a su primer destino. Una pequeña parada antes de lanzarse a la verdadera aventura. La mayoría de los asientos estaban vacíos. Algún estudiante de instituto tecleando absorto en su teléfono móvil, una muchacha enfrascada en su Ipad que no paraba de mover la cabeza al son de la música, un par de ancianas con bolsas de la compra sobre las rodillas que no dejaban de hablar de sus achaques y de comparar las respectivas medicaciones que les habían recetado para combatirlos. Ellos se habían sentado al fondo, lo más apartados posible del resto de viajeros. Clara miraba por la ventanilla, viendo alejarse a través del cristal aquella ciudad tan bonita que no le habían permitido disfrutar con total plenitud. Su mano permanecía ahuecada en la de él, con los dedos entrelazados, mientras las calles familiares pasaban rápidamente a su lado. Hugo no se molestó en mirar más: le bastaba con tener a Clara junto a él, eso era más que suficiente; el escenario le daba igual.

—¿Estás seguro? —le había preguntado ella mientras sacaban los billetes de autobús.

Él había asentido para, a continuación, besarla con dulzura en los labios.

—El hogar está donde está nuestro corazón, así que no importa donde vaya mientras lo haga contigo, siendo así mi corazón seguirá estando donde debe —reposó su mano en el pecho oscilante de ella—, aquí, junto al tuyo.

Y junto al suyo seguía, en aquel renqueante autobús que los alejaba del infierno para conducirlos hacia lo desconocido. No valía la

pena permitirse más dudas o ansiedad. Ella había trazado el camino; ahora solo había que seguirlo.

Antes de abandonar el piso le había dejado una escueta nota a Lois avisando que estaría ausente durante una temporada, pero que no se preocupara: seguiría pagando su parte de alquiler hasta fin de curso. También había telefoneado a sus padres para decirles que se marchaba una temporada al apartamento de Mallorca, que no se alarmaran, que se presentaría a los finales y sacaría el curso adelante. Por supuesto sí se habían preocupado, aún pese a ser conscientes del espíritu bohemio de su hijo; le preguntaron si estaba metido en algún lío, si tenía deudas de cualquier tipo o problemas de drogas. Si necesitaba dinero o si había dejado embarazada a alguna chica. Esta última posibilidad le arrancó una carcajada. Él no era el tipo de chico que pondría tierra de por medio si hubiera dejado embarazada a una chica. Jamás eludiría sus responsabilidades y sus padres lo sabían, por lo que al final acabaron sintiéndose incluso culpables por haber barajado semejante posibilidad. Solo parecieron tranquilizarse un poco cuando les aseguró que estaba bien, que tan solo necesitaba aclarar sus ideas y decidir qué camino seguir en la vida porque ahora mismo se encontraba en *stand by*. La clase de respuesta filosófica con tintes inofensivos -o al menos no demasiado sospechosos-, que parece tranquilizar mínimamente a los padres.

—Si no estás cómodo con la carrera que has elegido, hijo, tómate un tiempo para recapacitar —le había dicho su padre con cierto alivio, pues siempre había conservado la esperanza de que su hijo se decidiera por empresariales y no por una inútil carrera de letras—, respetamos tu decisión de aclarar las ideas.

Por su parte, Clara escribió un mensaje de texto a Lenny después de haber intentado contactar con ella y no haber obtenido respuesta. Su mensaje había pretendido ser claro:

“Oigas lo que oigas no hagas caso, Lenny, estaremos bien. No te preocupes, todo forma parte de un plan. Estaré sin teléfono unos días, pues este me ata demasiado a un pasado que deseo olvidar y no quiero que Álex me localice a través de él. Cuando lleguemos, me pondré en contacto contigo. Te quiero.”

El lugar era luminoso e imponente. Desde donde estaba sintió la fuerza del viento agitar su melena castaña y sus ropas, zarandeando ambas con violencia. Un intenso olor a salitre llegó en volandas hasta ella, invadiendo sus fosas nasales hasta alcanzar el cerebro. Cerró los ojos, descolgó la cabeza hacia atrás y aspiró el aroma, dejándose embriagar completamente. Con razón aquel lugar era conocido como el *Finis Terrae*, el fin del mundo conocido. Y así sería: el fin de su mundo conocido. De su vida, de su pasado.

Abrió los ojos de nuevo. Frente a ella solo el cielo inmenso cosido con puntadas invisibles a un mar oscuro, bravío e infinito. Un mar que mostraba una furia perenne e insaciable arañando el cielo con rabiosos brazos de agua coronados de espuma. Un mar que rugía a sus pies, colérico, amenazando con salirse de un espacio que pretendía limitarle para descolgarse por aquellos escarpados acantilados que recibían impasibles sus envites. Cielo y mar confluían ante sus ojos formando una única e indivisible acuarela. Una acuarela sobrecogedora capaz de volver pequeñito el ánimo envalentonado de cualquier mortal. Aquel era el fin de todo lo conocido, la embocadura hacia el otro mundo, la abertura a lo desconocido. El escenario perfecto para la escena final.

Se inclinó y, sobre el precario saliente de roca donde descansaban sus pies, dejó la carpeta y el móvil, perfectamente alineados. En su interior una nota de despedida que esperaba no tardaran mucho en descubrir y donde enumeraba las catastróficas desdichas de su corta vida, una vida que ya no deseaba seguir soportando. Con eso quedaría más que justificada su decisión. Que la entendieran o no, que Álex la entendiera o no, le importaba más bien poco.

Un muchacho observaba todos los movimientos de la joven desde una distancia prudencial. Fue testigo de cómo el viento arreciaba con fuerza, imbatible, en aquel lugar abierto a la inmensidad, y cómo arremetía con violencia contra aquel obstáculo insignificante que osaba alzarse gallardo contra su furia. Parecía tan

pequeña y desvalida allí de pie, en aquel saliente de roca, que por un instante tuvo ganas de correr hacia ella y abrigarla entre sus brazos. Pero no era tiempo de eso. Era su decisión y se había prometido respetarla. A hacer las cosas, hacerlas bien.

Contempló en silencio cómo la larga melena castaña ondeaba como una delicada bandera atada a un precario mástil. La vio abrazarse a sí misma, y no supo si a causa del miedo o del frío acerado que reptaba imprudente por aquel acantilado del fin del mundo. Tal vez por ambas cosas a la vez. Pese a todo, sabía que ella no se volvería atrás. La vio inclinarse para dejar en el suelo sus pertenencias, aquellas que sirvieran para identificarla: apuntes, carpeta, teléfono móvil. Y a un movimiento de cabeza de ella supo que había llegado el momento. Sabía cuál era su papel, era consciente de lo que tenía que hacer.

Marcó raudo el 112 para alertar de que acababa de ver a una persona arrojarse al mar desde un saliente del acantilado. No dio ningún dato más aparte de la localización exacta del lugar y cuando intentaron que se identificara, colgó. Acto seguido arrojó el teléfono al mar.

EPÍLOGO

Doce días más tarde.

PERIÓDICO LA VOZ DE GALICIA, Edición de Santiago.

Los servicios de emergencia de La Coruña, así como la lancha de salvamento Salvamar Altair y el helicóptero Helimer Galicia, suspendieron en la tarde de ayer la búsqueda de la joven Clara Balboa Martínez, desaparecida en las inmediaciones de los acantilados que rodean la zona de Finisterre.

La voz de alarma fue dada doce días atrás por un senderista que alertó al servicio de emergencias 112 al presenciar cómo una persona se lanzaba al mar desde un saliente cercano. Los servicios de emergencia que llegaron al lugar, confirman el hallazgo de varios efectos personales de la joven. El protocolo de búsqueda ha permanecido abierto desde ese día hasta el presente, sin que se haya hecho avance o descubrimiento alguno sobre el paradero de la mujer".

Álex arrojó el periódico contra la pared sintiéndose incapaz de leer más. Un sonido seco y rotundo se escuchó en la estancia cuando sus dientes encajaron. Apretó los puños y los descargó con saña contra la pared hasta que sus nudillos se mancharon de rojo. La rabia que borboteaba en su interior solo era comparable a la furia de un volcán acumulando lava y violencia hasta el momento de entrar en erupción. Porque algo le decía que, por mucho que así lo insinuaran todas las circunstancias, aquella zorra no estaba muerta.

AGRADECIMIENTOS

Quiero hacer mención especial a varias amigas que me acompañaron durante el proceso de este libro, que respondieron a mis peticiones de ayuda y aportaron su granito (o granazo) de arena para que esta pequeña locura saliera adelante. Gracias a Patricia Rodríguez Huertas por tanto como que me has enseñado en un corto espacio de tiempo, porque sin ti, y lo sabes, ni Clara ni Hugo –tampoco el bicho de Álex-, serían lo mismo. Gracias a Claudia Cardozo por esa maravillosa forma de racionalizarlo todo que te hace tan tú, y que sabes que adoro. Tu punto de vista en los sinsabores de Hugo y Clara ha resultado de gran ayuda. Gracias a Kelly Dreams, por todo; por leer el borrador terminado de esta historia y darme tu amable opinión, mostrándome los puntos flacos y la forma de mejorarlos. Gracias a las tres por dar alas a esta historia -y a la sin remedio que la escribió-; sin vosotras, no sería posible.

[1] *C.H.U.S. Complejo Hospitalario Universitario de Santiago de Compostela*